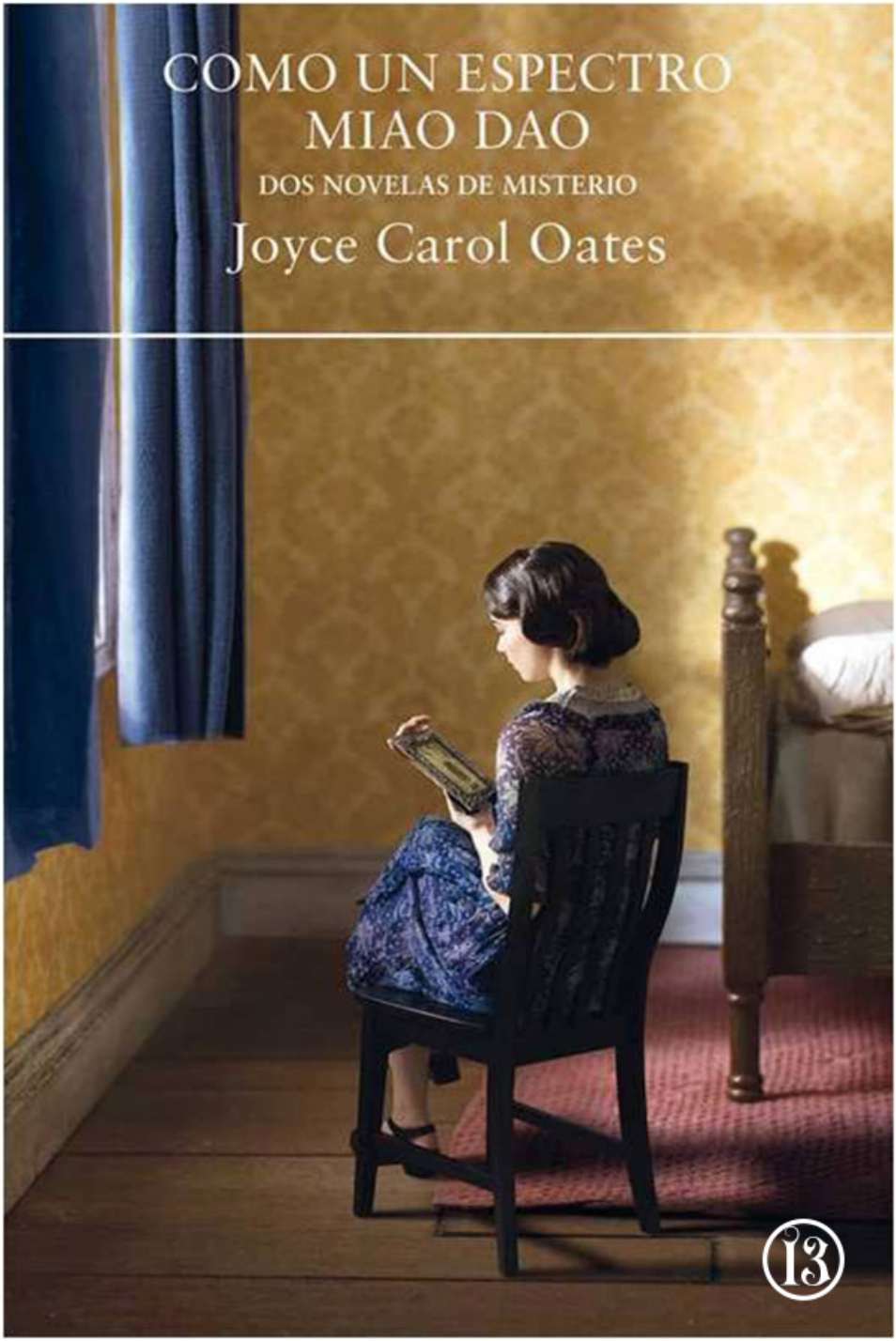
COMO UN ESPECTRO
MIAO DAO

DOS NOVELAS DE MISTERIO

Joyce Carol Oates



El soberbio homenaje al género gótico de una de las grandes narradoras contemporáneas.

En Como un espectro, la excelente estudiante Alyce Urquhart carga con un embarazo no deseado que hace añicos sus planes de futuro. Las cosas parecen volver lentamente a su cauce cuando por fin encuentra apoyo en la figura de un poeta invitado por la universidad, quien la toma bajo su tutela y la contrata como asistente. Sin embargo, los oscuros y nada desinteresados motivos de este no tardarán en revelarse.

Desde que empezó a madurar, a Mia, la protagonista de Miao Dao, le han estado sucediendo cosas malas: su padre las abandonó, los chicos en la escuela no pueden tener las manos quietas, el nuevo y amenazante novio de su madre acaba de mudarse a vivir con ellas… Su único refugio es un cul-de-sac, donde se reúnen los gatos callejeros del barrio. Uno de ellos, blanco como un fantasma, se convertirá en el nuevo amigo de Mia, y también en su más fiero protector, como muy pronto descubrirán todos los que la atormentan.

En estas dos aceradas y escalofriantes historias, cuyas protagonistas han de lidiar constantemente con las amenazas del pasado y del presente, Joyce Carol Oates lleva a cabo, además de una valiente y certera denuncia del poder subyugante de la misoginia, un soberbio homenaje al género gótico.

Joyce Carol Oates

Como un espectro
Miao Dao

Dos novelas de misterio

INSURGENTES

Título original: *Phantomwise: 1972/Miao Dao*
Joyce Carol Oates
Traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones, 2022

-

Revisión: 1.0

23/09/2022

COMO UN ESPECTRO

Sale del escarpado barranco cubierto de nieve. Se agarra a las rocas con las manos ensangrentadas. Mientras, nieva sin cesar y la temperatura desciende a dieciocho grados bajo cero.

¡Cuánta quietud reina en la nieve que cae mansamente entre las rocas! El anhelo, la tentación de tumbarse y dormir.

Él quería que ella muriera. Quiso matarla con sus propias manos. Pero ha logrado escapar de él y no la seguirá. (Ella jura que) no la encontrará jamás.

1

Para cuando pudo pensar *me ha pasado… a mí*, ya era demasiado tarde.

Había comenzado de un modo tan inesperado. Casi, pensaría Alyce después, como si lo hubiera hecho otra persona. Ella se había quedado mirando perpleja a corta distancia.

No fue que estuviera *borracha*. Solo tan emocionada, tan exultante, tan… *eufórica*.

Que él incluso se había fijado en ella. La invitó a acompañarle después de la recepción. Después de la conferencia. Él conocía al orador, un profesor visitante de la Universidad de Edimburgo. Antes de la ponencia, lo había visto hablar con el distinguido profesor de cabello blanco; los había visto sonreír y darse un apretón de manos.

Una teoría del lenguaje. Teorías del lenguaje. ¿Cómo se origina el lenguaje?: ¿es la conciencia una pizarra en blanco (como alguna vez habían pensado filósofos como John Locke) o es la conciencia algo así como un campo de relucientes posibilidades, generadas por las singularidades del cerebro humano?

Si la conciencia se puede desencarnar, ¿existe la posibilidad de que la conciencia persista después de la muerte física? ¿Existe la posibilidad de un *encantamiento*?

Le preguntó qué le había parecido la conferencia y Alyce respondió que no podía darle una opinión, ya que no tenía suficientes conocimientos de la materia. Y él le contestó algo que sonaba a «Bueno, los tendrás. Solo acabas de empezar».

Qué halagador para Alyce Urquhart, a sus diecinueve años.

Cruzaron el campus, ya de noche. Más tarde, se daría cuenta de con qué sutileza la guio: un leve roce en el brazo, una indicación. «Sí, por aquí. Vamos».

Después recordaría cómo, al anochecer, los antiguos edificios góticos del campus adquirían un aire sepulcral. Y cómo una velada niebla parecía irradiar de las farolas, como si el mismísimo aire se hubiera vuelto borroso.

Los altos y rectos abetos se elevaban hasta donde alcanzaba la vista. Adentrarse en la arboleda era como penetrar en un bosque encantado que delimitaba la linde occidental del campus.

Tenía el corazón henchido de tanta felicidad. Si fuera a morir, si ya hubiera muerto, ese sería el momento que recordaría más vividamente: los preciosos abetos y el joven profesor de Filosofía a su lado, que la había elegido a ella para prestarle toda su atención aquella noche.

Pero ella no conocía a su profesor lo suficiente como para exclamar: «¡Oh, qué hermoso! Mire».

Fuera lo que fuera lo que Simon Meech le hubiera dicho a Alyce Urquhart aquella noche, Alyce no lo recordaría con exactitud. Incluso en presencia de personas que conocía, Alyce tendía a mostrarse tímida, y a Simon Meech no lo conocía en absoluto. Sin embargo, de repente, significó mucho para ella; no se había figurado cuánto. Y solo vagamente recordaría, como quien no quiere la cosa, cómo la alejó de su residencia. Lejos del comedor iluminado, demasiado cálido y bullicioso, donde a esa hora de la noche habría estado empujando una bandeja de cafetería en compañía de otras chicas y escuchando o medio escuchando su parloteo en un estado mental plácidamente neutral, con la mente en blanco, y sin tener que preguntarse: *Pero ¿quién soy yo para estar haciendo esto? ¿Y qué resultará de todo ello?*

Lo que resultará: el barranco escarpado y cubierto de nieve, las manos ensangrentadas agarradas a las rocas, la determinación de auparse, no rendirse y no morir.

Un otoño brumoso, azotado por la lluvia. Se había imaginado su segundo año en la universidad como una especie de isla flotante, un oasis entre los escombros de su vida familiar.

Y qué resultará de ello. Qué será de mí.

La clase preferida de Alyce era un seminario de escritura creativa de poesía, impartido por un anciano poeta visitante de Boston. En una ocasión, Roland B___ había conocido a Edna St. Vincent Millay y Robert Frost, a Ezra Pound y T. S. Eliot, a Wallace Stevens, William Carlos Williams y Marianne Moore. Afirmaba haber mantenido relaciones cordiales con Robert Lowell, Elizabeth Bishop y Anne Sexton. Conocía a Sylvia Plath «desde hacía un tiempo provocativamente corto».

Tenía una cabeza calva y lisa con forma de cúpula que parecía demasiado grande para ser tan estrecho de hombros. Ojos sensuales, profundamente hundidos en las cuencas, como los de una tortuga, pero luminosos. Roland B___ siempre parecía tener frío, aunque fuera vestido como para afrontar los inviernos del norte del estado de Nueva York: chaquetas de *tweed* Harris con coderas de cuero, chalecos de punto y bufandas de lana colgadas del cuello con elegancia. El dorso de sus delicadas manos era inusualmente pálido, y la piel parecía suave y flácida. Alyce tenía la impresión de que, si se inclinaba sobre la mesa del seminario y presionaba el dedo índice en esa piel, el hueco se rellenaría muy despacio.

En voz alta, con un tono grave y solemne, el anciano poeta leía, o a veces recitaba, poesía como si estuviera solo y los estudiantes tuvieran el privilegio de escucharlo si aguzaban el oído. Alyce se quejó de un dolor en el cuello después de tres horas en el seminario, inclinada hacia delante para no perderse una sola sílaba.

No se trataba de una verdadera queja, por supuesto. Su corazón latía de asombro por el distinguido poeta, tan dichosamente egocéntrico que parecía un buda regodeándose en su propia divinidad.

En la primera reunión de clase, Roland B___ le pidió a cada joven poeta que recitara uno de sus poemas favoritos: «un poema de una grandeza indiscutible». La solicitud cogió a todos desprevenidos. Nadie estaba preparado para aquello.

Alyce recitó un poema poco conocido de William Butler Yeats: *A una amiga cuyo trabajo ha sido en vano*[1]. Desde un punto de vista técnico, el poema le resultaba fascinante: áspero, contundente, acusatorio, con un esquema de rima formal, la rabia atemperada por el arte. Cuando estaba en el primer año, había memorizado el poema de su antología de literatura inglesa de manera inconsciente; un día, se había percatado de que se lo sabía de memoria.

Le gustaba la furia silenciosa de los últimos versos: «En medio de un lugar pétreo / sé discreta y regocíjate, / porque de todas las cosas conocidas / eso es lo más difícil».

Fuera lo que fuera lo que Roland B___ se esperara de una estudiante universitaria, estaba claro que no esperaba este apasionado poema de Yeats.

—¡Vaya! Una elección única, señorita… —dijo, mientras repasaba con los ojos entrecerrados la lista de clase al tiempo que Alyce pronunciaba su apellido en un avergonzado murmullo—: Urquhart.

—Ah, Urquhart. —Como si el nombre le dijera algo.

Roland B___ miró a Alyce con gesto perplejo.

Claramente, Roland B___ no sabía qué pensar de ella, todavía.

2

Era la época de los grandes cambios. Un otoño templado, seguido de una brusca tormenta de nieve a principios de noviembre. Hojas arrancadas de los árboles, el cielo blanquecino salpicado de nubes, el aire húmedo en los edificios «históricos» del siglo XVIII inspirados (se decía) en la Universidad de Cambridge.

No era una época propicia a las historias románticas. No era una época para la sensiblería. Si las demás compañeras de la residencia hubieran podido adivinar que Alyce Urquhart estaba embarazada de muy poco tiempo, se habrían quedado pasmadas, boquiabiertas. Por el amor de Dios…, *¿cómo era posible?*

Nadie había visto nunca a Alyce Urquhart en público con ningún hombre o muchacho. Su amante era su profesor del departamento de exámenes de Filosofía 101, pero cada uno de los dos se comportaba con discreción en presencia del otro, y Alyce se aseguraba de comportarse con tanta frialdad con Simon Meech como él con ella.

Aun así, Alyce levantaba la mano en clase a veces para responder a alguna pregunta que Simon había realizado a varias filas de estudiantes, pregunta a la que nadie más sabía responder o, al menos, responder correctamente.

—¿Sí? Señorita…

A veces Simon esbozaba una sonrisa apenas perceptible.

Pero Alyce no confundía la mueca con una invitación a devolverle la sonrisa.

Así había llamado la atención de Simon Meech, por supuesto.

Siempre la joven y brillante alumna decidida a impresionar a sus profesores.

Como buen profesor joven, Simon propendía a la altivez, al desdén. Una especie de Kinch: la idea que James Joyce tuvo de sí mismo como Stephen Dedalus, un brillante joven infeliz de unos veinte años, vanidoso e indeciso, inseguro y consumido por el orgullo. Sin embargo, a su manera, quiere ser *bueno*.

Antes de ir a la universidad para obtener un doctorado en Filosofía, Simon había sido seminarista durante tres años. Había intentado ser sacerdote católico, jesuita, pero, como le contó a Alyce, sus planes no habían salido bien.

Otra chica le habría preguntado: «¿Y por qué no?». Pero Alyce comprendió que Simon no quería que le hicieran esas preguntas.

¡Nada personal ni íntimo! Nada que se adentrara en el alma del joven. Alyce lo entendía porque tampoco ella deseaba que le hicieran esas preguntas.

Con la mirada baja, observó a su amante desde la primera fila del aula. Aunque no pensó conscientemente en la palabra «amante».

¿Había amor entre ellos? Ella no había oído pronunciar la palabra «amor» entre ellos.

En clase, Alyce tomaba apuntes con denuedo. O parecía que tomaba apuntes con denuedo. Se inclinaba sobre el cuaderno en un estado de suma concentración, con el cabello cayéndole por la mejilla, mientras movía el bolígrafo rápidamente por la página.

Ahora sus febriles apuntes tenían un único tema. Lo que no podía pronunciarse en voz alta tomaba forma bajo su pluma. «Tengo miedo, Simon…».

Pero no. ¿Por qué debería reconocer que tiene miedo?

En cambio, ella decía: «Simón, yo creo…».

Pero eso también era mostrarse débil y cobarde. ¿Por qué debería decir simplemente «yo creo»?

Con valentía afirmaría: «Simón, estoy…».

Pero su determinación se esfumó. Su arrojo se desvaneció formando un charco a sus pies. ¿Cómo podría armarse de valor para decirle a su sardónico amante de estilo Kinch: «estoy embarazada»?

No le saldrían las palabras. Era incapaz de regurgitar semejantes vocablos, banales y terribles a la vez. Su lengua se había entumecido y un escalofrío había recorrido su cuerpo.

Se alejaba del aula a toda prisa en cuanto sonaba el timbre. No quería reparar en si Simon la miraba con gesto de sorpresa por abandonar el aula con tanta ansia incluso cuando otros estudiantes se rezagaban para hablar con él. *Lejos, lejos. Tengo que alejarme*.

Estaba ansiosa por esconderse en el baño de mujeres, debajo de las escaleras. Para comprobarlo una vez más. Para determinar *si*…

Aunque sabía que no. *No seas ridícula*.

En menos de una semana se había vuelto obsesiva y comprobaba, de manera compulsiva, su ropa interior para verificar si había comenzado a sangrar. Aunque sabía que no.

Por la mañana, después de un sueño agitado, examinaba su camisón y las sábanas. *Pero… ¿será…? No*.

Ahora le obsesionaba la oscura sangre menstrual que se negaba a aparecer. Como una sombra que, cuando levantas la vista, sobresaltada, se ha desvanecido; no ha estado allí en absoluto.

Simon había intentado retirarse de su cuerpo en el momento crucial.

Lo había intentado, pero no lo había hecho, o no lo había hecho exactamente. *No del todo*.

Un gemido como de dolor, de angustia. Torció el gesto afilado y duro de su cara de Kinch durante mucho tiempo, enseñando los dientes.

Ella apenas lo había visto. La parte inferior de su cuerpo. Su pene, que era (trataría de recordar después como quien intenta recordar una pesadilla, para dominar el sueño) romo y duro, ardiente y cargado de sangre, y con aspecto fiero.

Sin embargo, de piel suave. Asombrosamente suave y flácido. Cuando yacían juntos, jadeando y sudando, fuera lo que fuera lo que los hubiera recorrido como una descarga eléctrica, se había esfumado, como si nunca hubiera existido; ella lo había sentido, lo había sentido *a él* contra su vientre, el cuerpo pegajoso.

Porque aquello era amor, ¿verdad? Había querido pensar con ingenuidad: *Es una promesa. Ya llegará el amor*.

La verdad era que apenas comprendía lo que estaba pasando. Lo que Simon le estaba haciendo, o intentando hacer (torpemente); algo que no le producía ningún placer, solo un dolor punzante y agudo entre las piernas que le había parecido como una evisceración.

Estaban acostados juntos desmañadamente en un sofá, demasiado estrecho para los dos, en el apartamento de Simon. El sofá no estaba muy limpio, con una pátina de mugre sobre una rugosa tela beis; no estaba muy limpio, y ahora lo iba a estar menos aún. Sin proponérselo, Alyce había reparado en la alfombra deshilachada, en las manchas del suelo de madera y en el papel pintado descolorido. Olores a cocina emanaban del piso de abajo. El apartamento ya venía amueblado, había explicado Simon encogiéndose de hombros con una sonrisa, como para eximir cualquier responsabilidad.

Era una vida interina, dijo Simon. Una vida entremedias. Ni aquí ni allá. Aún no.

Ella no sabía a qué se refería. Alyce no entendió gran parte de su discurso etéreo, ingenioso y cohibido, pero comprendió que esperaba que ella reaccionara con una sonrisa, una risotada y un gesto de admiración.

Cuando habían hecho el amor, Simon había jadeado como un animal cazado y no como un cazador. Sin embargo, Alyce era consciente de que había sido él quien la había cazado, perseguido, acorralado y casi coaccionado.

No había sido una violación. Nada tan coercitivo físicamente. En cambio, él la había hecho sentir vergüenza, como si ella hubiera hecho algo que le hubiera llevado a malinterpretarla.

—¿Por qué volviste aquí conmigo entonces? ¿Por qué estás siendo fementida ahora?

Había mostrado sorpresa y reproche cuando Alyce pareció resistírsele.

«Fementida». Ella sabía lo que significaba esa palabra, aunque supuso que él podría pensar que ella no lo sabía.

—Yo… No lo sé… Pensé… que tú querías…

Pasar tiempo conmigo. Hablar conmigo. Sobre lingüística, filosofía de la mente…

Estaba desconcertada. Su cerebro no funcionaba con la precisión habitual. Como un mecanismo delicado en el que se han introducido interferencias para confundirlo.

Simon la había perturbado al dirigirse a ella con una mueca de desprecio y sarcasmo tan radicalmente distinta a la forma en que se había comportado en la recepción, o al modo en que se mostraba en el aula. Ah, pero ¿es que no le *gustaba*? Ella pensaba que le gustaba.

Como una niña pequeña, se sintió abochornada y dolida. Quería decirle ingenuamente: «Yo pensaba que te gustaba…».

Pero entonces, al advertir el tono petulante de su propia voz, Simon sonrió y volvió a mostrarse cariñoso y encantador; le cogió la mano, le acarició el brazo y el hombro. Le dijo que era muy guapa, y que desde el primer día del curso se había fijado en que ella era preciosa y comprendía enseguida lo que otros tardaban mucho en entender o no comprendían nunca. Se había dado cuenta de que era especial. Era infrecuente que un estudiante universitario presentara una comprensión tan instintiva de la filosofía, sobre todo una estudiante femenina. (¿Había estado Simon a punto de decir «chica»? Pero no lo había dicho). Afirmó que le costaba apartar la mirada de ella para prestar la debida atención a los demás alumnos. Había mostrado su primer trabajo corto, con el intrigante título «Las paradojas de Zenón y las nuestras», al profesor titular del curso, que también había quedado impresionado. Ambos habían acordado calificarlo con un sobresaliente.

Se inclinó muy cerca de Alyce con una respiración ronca y ardiente, como alguien que no está acostumbrado a tanta intimidad, pero cree que es su deber.

Aun así, Alyce se mantuvo rígida e inflexible. Su corazón latía deprisa, como el corazón de un animal que está atrapado, pero que todavía no es del todo consciente de que lo está.

—Bueno. Podemos marcharnos. No tenemos por qué quedarnos si no estás a gusto aquí, Alyce.

La voz de Simon sonaba apagada e inflexible. Articuló «Alyce» de un modo nada halagador.

—Yo… creo que… sí, me gustaría irme…

Su voz enmudeció. El malentendido había sido suyo, no cabía la menor duda. Sin embargo, no se le ocurría nada que decir. ¿Disculparse? Simon vio cómo ella vacilaba, intentando sonreír, y puso sus manos sobre ella y apoyó sus labios en los suyos, y así una especie de furia se interpuso sobre ellos.

No fue una violación. No… exactamente.

Aunque su cuerpo se tensó contra el suyo, de manera inconfundible. Se puso rígida, presa de puro pánico físico, de pavor. Otro hombre, un amante más verdadero, habría mostrado compasión y se habría retirado. Habría calmado a la joven asustada, la habría reconfortado y habría hablado con ella. Pero no este hombre, que no había dejado de sentir que Alyce no era más que un cuerpo físico, enfrentado a él, aunque más débil que él, incapaz de resistirse ante su mayor fuerza.

—¡Ay, Dios! ¡Dios santo!

El grito salió como si se lo hubieran arrancado.

No de placer, ni con una emoción tan intensa. Un grito convulso y angustiado.

Sin imaginarse, en ese momento, que la culparía a *ella*.

Después, Alyce se había vestido rápidamente en el cuarto de baño de su apartamento, un espacio tan angosto que apenas podía moverse sin chocar con el lavabo, el inodoro o una pared. Se lavó con torpeza, evitando el reflejo de sus ojos aturdidos e inyectados en sangre en el espejo, y se pasó los dedos mojados por el pelo desgreñado.

Él la acompañó de regreso a la residencia, la mayor parte del tiempo en silencio. Unas piernas largas como las de Kinch, ansiosas por adelantarse a ella. El aire estaba más fresco, y la niebla, más densa. Los abetos altos y rectos casi ni se veían. Ella recordaría —insistiría su orgullo— que Simon la había cogido de la mano durante al menos una parte del camino, aunque en realidad solo la había cogido del codo de vez en cuando, no tanto para consolarla

como para apremiarla.

—Te dejo ir sola desde aquí. No es buena idea que nos vean juntos.

Se había detenido en la acera que conducía a la residencia y ya estaba retrocediendo.

Sin un beso. Sin un último apretón de manos. Ella se dijo a sí misma, por supuesto, que lo que pasaba era que él se preocupaba por ella; tanto por ella como por sí mismo.

> No volvería a verlo. Se mantendría alejada de sus clases, que tenían lugar los jueves a última hora de la tarde. Él había mostrado tanta indiferencia hacia ella en aquel momento…; la había olvidado por completo en el mismo instante en que la había penetrado.
>
> Lo odiaba. Estaba tan avergonzada de no haber podido resistirse al hombre.

No dejaría de ir a clase. ¡De ninguna manera!

¿Por qué iba a tener que renunciar a la filosofía? Amaba y veneraba los textos que leía por primera vez: Platón, Aristóteles, Marco Aurelio, Spinoza, Locke y Hume. John Stuart Mili. Era absurdo que dejara de asistir a clase por culpa del hombre y se arriesgara a suspender el curso.

Y volvería a ver a Simon Meech. Si él decidiera convocarla, ella acudiría.

En total, cinco veces. En el apartamento amueblado. Llegaba a escondidas, después del anochecer. En ese sofá. Conforme avanzaba el invierno. Conforme oscurecía más temprano cada día, la nieve amortiguaba las aceras de piedra y las manos impacientes del hombre tenían cada vez más ropa que arrancarle a Alyce. Y después, se lavaba con torpeza, con el cuerpo en carne viva, irritado y febril, evitando su reflejo en el espejo: *¿Esta soy yo? ¿Alyce? ¿Haciendo estas cosas?* Con una mezcla de asombro, temor y orgullo.

Se tocaba la boca, con suavidad. Sentía los labios hinchados de

los besos, de los chupetones.

Sí. Eres tú. Ninguna otra.

3

Y entonces Roland B___ irrumpió en su vida.

Nadie podía habérselo imaginado. (Alyce no podía habérselo imaginado). Al cruzar la plaza nevada que había delante de la biblioteca de la universidad, unos días después de aquel momento en que no tuvo más remedio que darse cuenta de que debía de estar embarazada, oyó una voz familiar que la llamaba por su nombre:

—¿Alyce?

Ella iba caminando sin mirar. Cabizbaja, la mente anegada de susto y miedo. *No. No puede ser. No es posible*.

La sorpresa de oír su nombre en ese lugar público como un estallido de música.

Se volvió y vio… ¿quién era? Un hombre mayor con aspecto caballeroso, y abrigo marrón de invierno con cuello de piel de foca y gorra de punto de color calabaza calada en la cabeza, la miraba encantado con los ojos fruncidos.

—¿Señorita Urquhart? Es usted.

Alyce estaba atónita y el caballero le cogió las manos. Ella se mostraba demasiado sorprendida como para retroceder tímidamente.

—Alyce…, ¿verdad? Hola.

—Ho… Hola…

Resultaba asombroso que la saludara de esa manera el mismo poeta visitante que había pronunciado un discurso tan formal en el seminario. Rara vez, de hecho, nunca que recordase Alyce, había llamado el profesor B___ a ningún estudiante por su nombre de

pila. Ella jamás se habría atrevido a pensar que el poeta siquiera supiera su nombre de pila, o que, fuera del auditorio, la reconociera.

—¿Ha visto la Casa del Poeta, Alyce? ¿No? Venga conmigo entonces. Será mi primera invitada.

—Ojalá pudiera, profesor, pero…

—Está muy cerca. En esta dirección. ¡Vamos, querida!

Enganchó su brazo al de Alyce en una muestra de fingida galantería.

¡Qué dicharachero era Roland B___ al aire libre con un sol radiante! No era un hombre tan pequeño y retraído como parecía en el auditorio, sino que era de la misma estatuara que Alyce y bastante enérgico.

La Casa del Poeta, como se la conocía, era una hermosa y antigua residencia eduardiana que parecía mantenerse en pie gracias a la espesa mata de hiedra que cubría las paredes. Situada detrás de una valla y una puerta de hierro forjado, presentaba el aspecto de una pintoresca obra de época; en el pequeño jardín delantero había una estatua de mármol negro del pastor presbiteriano que había fundado la universidad en 1847.

En el vestíbulo, una placa de bronce señalaba que poetas tan insignes como Robert Frost, Amy Lowell, Theodore Roethke y Galway Kinnell habían residido en la casa. El interior exudaba una atmósfera de opulencia decadente: muebles antiguos, chimenea de ladrillos mohosos, papel pintado de seda francesa, un piano de cola Steinway con varias teclas (enmudecidas) que Roland B___ pulsó alegremente al pasar por delante cuando conducía a su invitada al salón.

—Permítame su abrigo, querida. Se quedará un rato, espero.

—Yo… no puedo quedarme mucho tiempo. Me dirigía a la biblioteca…

—¿Y le gustaría una taza de té, querida? Iba a preparar un poco de té para mí.

¡No, no! Tengo que irme.

—Sí…, sí. Gracias.

Roland B___ estaba de pie bastante cerca de ella, sonriente.

Ella solo veía sus dientes inferiores, que eran algo pequeños y desiguales, y estaban manchados.

Roland B___ la observaba con una sonrisa. El rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos hicieron que Alyce se preguntara si no habría estado bebiendo por la tarde.

No cabía duda de que se sentía solo ahí, lejos de sus amigos y compañeros de Boston. En el seminario había hablado varias veces de Boston con aire melancólico.

—¿Su elección de té, querida? ¿Té verde, Darjeeling, Earl Grey, Lapsang?

Alyce respondió que tomaría el mismo que fuera a tomar Roland B___

—¡Es usted muy afable, querida Alyce! En el seminario, no se convence con tanta facilidad.

Aquello le pareció a Alyce un comentario tan provocador como un buen empellón en las costillas. Como si, a lo largo de las semanas de aquel semestre, el poeta hubiera estado esperando convencerla… ¿de qué?

¡Qué poco sabía de ella, o qué poco podía adivinar! La propia Alyce no podía soportar pensar en su situación, en lo que crecía en su vientre como una pequeña bellota, imparable.

Condujo a Alyce por un pasillo hasta un dormitorio en la parte de atrás con elaboradas molduras blancas en el techo. Una cama con dosel con cabecero de latón, una alfombra india deshilachada, unas mesas repletas de libros y revistas. Una pequeña lámpara de araña, también de latón y que necesitaba ser pulida, colgaba del techo.

—He aquí, querida, una brizna de la estoica vida de un soltero. Cuando era joven, anhelaba estar solo y se cumplió mi deseo. Ahora soy mayor y el peligro ya pasó.

Al ver que la descolorida colcha estaba torcida, Roland B___ alisó hábilmente las arrugas.

La cama con dosel no era grande, una cama de matrimonio anticuada, pero se notaba que el ocupante solo utilizaba la mitad, con grandes almohadas cuadradas apuntaladas contra el cabecero; en la mesilla de noche, un cuaderno y una pila de libros. Hasta las fosas

nasales de Alyce llegó un leve olor a ropa de cama en absoluto recién lavada.

—¿Lee en la cama, Alyce?

Alyce asintió con la cabeza, *sí*.

—¿Escribe en la cama? ¿En un cuaderno?

Alyce asintió con la cabeza, *sí*.

—Lee poesía, garabatea poesía, sueña poesía. Sí, estoy seguro de que hace todo eso.

Roland B___ estaba de pie, demasiado cerca de Alyce. Ella soltó una risa nerviosa y se alejó.

En todas las habitaciones de la Casa del Poeta que Alyce había visto, el poeta guardaba libros, documentos y borradores. Se podía observar que, dondequiera que fuera, Roland B___ necesitaba tener un libro a su alcance, así como su obra.

Había colocado un escritorio antiguo delante de un ventanal para poder sentarse y contemplar el patio de paredes de ladrillo, que se estaba cubriendo de nieve.

—¡Mi querida Alyce, siéntese! Siéntese aquí.

Roland B___ instó a Alyce a sentarse en el escritorio, y puso las manos sobre sus hombros. Después, se inclinó sobre ella y su barbilla le rozó la coronilla.

A Alyce aquello le pareció muy extraño. Como si Roland B___ se imaginara que pudiera ver a través de los ojos de Alyce.

A Alyce le habría gustado apartar las manos del poeta, levantarse y escapar. Pero una sensación de letargo se apoderó de ella, como si sus extremidades hubieran perdido toda fuerza. Apenas podía moverse.

Él ve que soy infeliz. Una herida abierta.

—Es bienvenida aquí. Cuando quiera.

En el patio, la nieve caía a un ritmo constante. Un remolino blanco e hipnótico. Pronto el viejo ladrillo descolorido acabaría oscurecido por el blanco polvoriento. Las pisadas quedarían amortiguadas. Las voces quedarían amortiguadas. Dentro del movimiento de la nieve que fluía hacia la tierra todo estaba en calma. Alyce Urquhart y Roland B___ podrían haber estado a solas

en un lugar remoto, en un tiempo remoto. El anciano poeta de pie detrás de Alyce, con las manos sobre sus hombros, en silencio, mirando por la ventana hacia la vista en escorzo llenándose de nieve.

Así empezó.

Todas las cosas comienzan en la inocencia.

Es decir, en la ignorancia.

4

Ayúdame, Dios mío. Aunque Tú no me quieras.

5

Su cerebro funcionaba febrilmente. Pensaba en sí misma como en una rata acorralada. Garabateaba versos y más versos hasta que le dolían los dedos.

Sin embargo, no hizo nada. Como alguien que espera… ¿qué?

Cada mañana, después de una noche febril. Sofocaba las arcadas que no soportaba pensar que eran náuseas matutinas.

¡Tan banal! Qué vergüenza.

¿Qué era lo que había echado raíces dentro de ella sin que ella se diera cuenta? Lo que crecía, amenazante, y florecía. Esa pequeña, gelatinosa y dura babosa que no debía ser nombrada, y mucho menos confrontada.

Lo que ella no podía admitir y no había revelado a nadie. Y nunca podría llegar a revelarle a su amante.

Porque él era Kinch, y ella le repugnaría.

Era inútil darse puñetazos en la tripa, tal y como haría un niño pequeño, conteniendo las lágrimas de ira y autoescarnio. Cada mañana comprobaba el camisón y las sábanas. Deseaba tan desesperadamente ver gotas de sangre del tamaño de una moneda, vetas ensangrentadas, que sus ojos nublados por la congoja estuvieron a punto de verlas en las sábanas arrugadas.

Ayúdame, Dios mío; solo esta vez. Nunca volveré a dudar de Ti.

También es tu hijo, Simon. Somos responsables a partes iguales. Por lo tanto, debes ayudarme.

No se atrevía a acercarse al hombre. Desde luego no en el aula ni en el despacho de la universidad que compartía con otro joven

profesor.

Tampoco podía visualizarse a sí misma cruzando (¿lentamente?, ¿de forma enérgica?) el campus y dirigiéndose a la vetusta casa victoriana en la que el hombre al que amaba (porque amaba a Simon Meech, ese era el hecho vergonzoso) tenía alquilado un apartamento amueblado. Una silueta solitaria en una película, vestida de negro contra el fondo blanco nevado. Subiendo las escaleras, levantando la mano para llamar a una puerta. Dios santo, *no*.

Estaba atormentada por esa cosa dentro de ella, en el hueco de su vientre, en su útero, ¡tan diminuta! Sin duda podría pasarle algo. ¿Cómo de frecuentes eran los abortos espontáneos? Si Alyce seguía sin comer, sin dormir, aturdida y con paso vacilante, bajando escaleras y cruzando calles concurridas…

Lo cierto era que Alyce no tenía la más remota idea de cómo conseguir abortar, y no tenía dinero para pagar un aborto, ni siquiera tenía una idea aproximada de cuánto dinero hacía falta para hacerlo. ¿Cien dólares? ¿Quinientos? ¿Mil? En el instituto había oído rumores…

Desapariciones inexplicables de chicas, muertes.

Lo que sí sabía era que el aborto era ilegal. No había ni un solo estado en todo el país donde el aborto fuera legal. Tan solo preguntar sobre abortar podía ser ilegal y motivo suficiente para que la expulsaran de la universidad. No se arriesgaría a dar por sentado que otra chica se apiadaría de ella y la ayudaría sin denunciarla a las autoridades.

Solo estaba Simon. Solo a él le podía implorar. Y, sin embargo, no estaba Simon.

Él la miraría con incredulidad y consternación. Con asco.

Parecía alabar, según algunos de sus comentarios, la vida «célibe». La vida que «trasciende» el yo meramente individual, prosaico y biológico, que es una refutación del yo espiritual. La vida monacal era muy superior a la vida conyugal. Varias veces se había mostrado impaciente con Alyce cuando ella intentaba discutir esos temas con él, como si pudiera haber dos puntos de vista en un asunto y no solo el suyo.

Los sentimientos del hombre hacia ella semejaban la llama de una vela apagada por un único y rudo soplo. El deseo sexual no podía soportar una necesidad tan descarnada. Alyce no podía arriesgarse a eso.

¿Cómo «abortas» un feto tú misma? No es fácil.

Había medicinas, Alyce lo sabía. Poderosos abortivos, disponibles solo para los médicos, capaces de provocar abortos espontáneos cuando algo se tuerce en el embarazo. Pero podían ser letales si no eran administrados por un médico. Y, en cualquier caso, no estaban disponibles.

Una percha metálica: el remedio más común. Posiblemente, un picahielos, un cuchillo de hoja larga, un palillo chino… Alyce comenzó a marearse, aturdida solo de imaginárselo.

6

Se sentía tan sola que no pudo negarse.

A Alyce le asombró descubrir, con el tiempo, que Roland B___ no era viejo, nada *viejo*. Solo tenía sesenta y un años.

Era lo bastante mayor como para ser el padre de Alyce (por supuesto), pero (posiblemente) no tan mayor como para ser su abuelo…

Recordó entonces: Sylvia Plath, santa matrona de las almas perdidas, tenía solo treinta años cuando se suicidó.

A pesar de la coronilla calva y la formalidad de sus modales en público, Roland B___ era una persona sorprendentemente juvenil. Su rostro daba la impresión de no tener arrugas, aunque (como pudo comprobar Alyce al verlo de cerca) su piel presentaba una red de pliegues tan finos como telarañas. Sus ojos de color guijarro a veces mostraban los párpados pesados, como los de una tortuga, aunque en otras ocasiones se veían vivaces y curiosos. Lo que parecían manchas de la vejez, diseminadas por el dorso de las manos, no eran más que pecas. Reservado y taciturno en el seminario, era capaz de rápidas y espontáneas carcajadas en la intimidad de la Casa del Poeta, sobre todo, si antes se había tomado un par de copas.

Vino tinto y, en ocasiones, *whisky*. Alyce aceptaba una copa, pero (por lo general) la dejaba intacta.

En el seminario, cuando Alyce hablaba, Roland B___ la solía mirar con los ojos entrecerrados, como si no fueran sus palabras, sino su voz lo que le dejaba fascinado. Ella le recordaba a alguien, ¿verdad? Al principio se había preguntado si él sabía siquiera quién

era ella, cuál de los nombres de la lista de alumnos era el suyo.

Y, en la Casa del Poeta, Alyce se preguntaba si sabía quién era ella entre las muchas mujeres y chicas con las que había intimado a lo largo de su vida.

Por sus poemas, Alyce sabía que Roland B___ había tenido unas cuantas amantes. Hablaba de la estoica vida de soltero como si lo lamentara, pero la suya no había sido una vida de soltero que se diga, ni probablemente tampoco había sido estoica. Solo se emparejaban diversos nombres de pila a las presencias espectrales que habían entrado y salido de la vida del poeta cuando era joven.

Pero nunca olvidó el nombre de Alyce una vez que lo aprendió. Con suma delicadeza lo pronunciaba: «Alyce».

Le dijo que una vez había llegado a conocer a la Alice original: «Alice Liddell».

¿Alice Liddell? En un primer momento, Alyce no reconoció el nombre. Luego recordó: por supuesto, la pequeña Alice, que había servido de modelo para *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo*. La soñadora niña de siete años, de ojos negros y cabello negro, a quien el matemático de Oxford Charles Dodgson (Lewis Carroll) había fotografiado en poses de extraordinaria ternura e intimidad, de un modo que hoy día estaría prohibido.

—La familia de Alice Liddell repudió a Lewis Carroll al final, nadie sabe exactamente por qué, aunque podemos imaginárnoslo. A él se le partió el corazón.

Pobre Alice Liddell, siempre atormentada por la otra Alicia, la niña que nunca había sido en realidad y de cuya sombra no podía escapar; cuando era ya una anciana, la llevó a los Estados Unidos su ambicioso hijo, que deseaba vender un libro que había escrito sobre ella. La mujer se vio obligada a reunirse con la prensa, posar para los fotógrafos y firmar ejemplares del libro del hijo. Roland B___ era un hombre joven por aquel entonces, recién llegado a la ciudad de Nueva York, y, en una reunión en el National Arts Club, estrechó, por un momento fugaz, la mano de la Alice «original».

Le pareció que seguía siendo una mujer atractiva, a pesar de ser explotada tanto por el hijo como por los editores. Al año siguiente,

en 1934, murió a la edad de ochenta y dos años.

¡Mil novecientos treinta y cuatro! Alyce no salía de su asombro: hacía muchísimo tiempo de aquello.

Roland B___ dijo, pensativo:

—Toda su vida había tenido que soportar ver fotos de sí misma envejeciendo cada vez más, junto a las tristemente célebres fotografías suyas de cuando era niña, que había tomado Lewis Carroll: la pequeña belleza de ojos negros y cabello negro, una seductora precoz con un hombro desnudo. Cuando la tenían delante, los periodistas de la prensa escrita la adulaban, pero luego escribían reseñas mordaces de ella retratándola como a una mujer adulta envejecida.

Una seductora precoz. ¿Cuántos años tenía la pequeña Alice en aquellas fotografías? ¿Siete, ocho años? Alyce recordó que aquellos retratos de Alice no pretendían presentarla como a una niña inglesa de una típica familia de clase media con estudios universitarios, sino como a una niña gitana muy espabilada para su edad.

Qué doloroso debía de ser eso, pensó Alyce. Estar atormentada por tu propio yo infantil. Ser siempre joven por mucho que envejecieras.

Alyce le dijo a Roland B___ que los libros de Alicia le habían parecido terroríficos cuando era niña. Incluso las ilustraciones de John Tenniel la asustaban. ¡Tan grotescas! Y tan a menudo se veía a Alicia maltrecha, demasiado grande o encogida, obligada a llevar criaturas extrañas en brazos y huyendo de una reina loca que no paraba de chillar: «¡Qué le corten la cabeza! ¡Qué le corten la cabeza!».

Recordaba a aquella Alicia de los libros como una niña muy diferente de ella misma. Más bien, la niña británica le había parecido a Alyce bastante adulta. Y huérfana.

¿Huérfana? Roland B___ sintió curiosidad.

Bueno, Alicia no tenía padres en los libros. Deambulaba completamente sola, por la madriguera del conejo hacia el país de las maravillas, y a través del espejo hacia el mundo mágico, perdida y sin portar siquiera un apellido.

—Supongo que tienes razón, querida. He leído los libros hace tanto tiempo que apenas recuerdo algún detalle. Nunca se me ocurrió pensar que, como has dicho, Alicia estaba *sola*.

Roland B___ comenzó a recitar:

Avanza una barca bajo un cielo soleado,
lenta y soñolienta se desliza
inexorable en una tarde de julio…
Cerca tres niñas se acurrucan,
el oído atento y la mirada febril;
por escuchar un simple cuento dichosas…
La fuerza del tiempo ha palidecido ese cielo soleado,
enmudecen los ecos y mueren los recuerdos…
A manos de las heladas otoñales ha sucumbido julio.
Sigilosa, me atormenta, como un espectro,
Alicia deambulando bajo cielos
nunca vistos por ojos despiertos.

La voz del poeta se apagó con un aire de melancolía y lamento.

Alyce se sintió incómoda. En medio del salón sobrecalentado del poeta, la invadió una sensación de frío.

Le estaba haciendo recordar fragmentos de los libros *de Alicia* como quien evoca fragmentos de sueños perturbadores. Como murciélagos batiendo las alas, esos versos revoloteaban por su cabeza. «Curiorífico y curiorífico»; «era el bullir, los tersos lagartejos»; «zúrralo si se pone a estornudar»; «seis cosas imposibles [de creer] antes del desayuno». Los gemelos locos Tweedledee y Tweedledum gritándose el uno al otro. El anciano Rey Blanco dormitando bajo un árbol, soñando con Alicia, y, si se despierta mientras sueña con ella, ella desaparecerá. ¡Ay, qué aterrador! La morsa y el carpintero, paseando por la playa y devorando crías de ostras «una tras otra». La mismísima Alicia va a ser devorada, es solo cuestión de tiempo. A Alicia solo la protege permanecer fascinada en el país de las maravillas y en el mundo del espejo, el juego de

ajedrez donde la (improbable) promesa es que se convertirá en reina. Recuerda a la anciana Reina Blanca que desaparece en una sopera, a punto de ser devorada por una pierna de cordero, mientras unas velas se elevan locamente hacia el techo: «¡Algo está a punto de suceder!».

Alyce se estremeció. Había odiado y temido los libros de *Alicia* y había tenido pesadillas donde acababa ella misma cautiva dentro de sus páginas. Solo ahora se estaba dando cuenta de eso.

Roland B___ calculó con los dedos su edad cuando Alyce tenía siete años:

—¡Cincuenta, al menos! Una diferencia de años mayor que la que había entre Charles Dodgson y Alice Liddell.

Pero ¿por qué le decía esto Roland B___? ¿Y con una sonrisa tan extraña?

El poeta se atrevió a cogerle las manos, para reconfortarla.

—Sigue atormentándome, como un espectro.

Alyce intentó sonreír, incómoda. El poeta sostenía sus manos con una fuerza sorprendente.

—Eres una chica inusualmente preciosa, Alyce. Quiero decir que tu belleza es inusual. No es en absoluto convencional, y algunos podrían decir, aquellos que carecen de un ojo perspicaz, que no eres atractiva de un modo convencional en absoluto. Me recuerdas a la pequeña Alice Liddell, en realidad, con esos ojos negros y melancólicos.

Alyce respiró hondo.

—Bueno. No soy Alice Liddell, profesor. Y creo que ahora me voy a marchar.

Y así las manos reconfortantes soltaron las suyas, sobresaltadas. Los párpados caídos como los de las tortugas pestañearon, alarmados. Alyce se incorporó, sonriendo mientras pensaba: *Basta de malditos ojos negros y melancólicos. Te he desconcertado por fin, ¿verdad?*

7

Cada mañana, la pequeña babosa se mantenía firme. En las entrañas de la muchacha de cabello negro y ojos negros que una vez había sido —no, nunca había sido— Alice Liddell.

Ningún flujo de sangre menstrual, ninguna mancha fresca y oscura en las sábanas. No.

Ayúdame, Dios mío. Aunque Tú no me quieras.

Y la respuesta, contundente e inexpugnable, le llegó de inmediato: *Entonces, muérete. El poder está en tus manos*.

La posibilidad de quitarse la vida.

A primera hora de la madrugada, el suicidio parecía más factible que el aborto, desde luego más conveniente, ya que no involucraba a terceros y no conllevaría ningún gasto.

Resultaba ridículo considerarlo tan solo. Un embarazo duraría solo nueve meses, y nueve meses no es mucho tiempo en una vida normal. *Sí, pero no quedaría nada de una vida normal después del embarazo*.

Alyce se armó de valor para intentar preguntarle a una de las chicas mayores de la residencia si podía hablar con ella en privado sobre algo importante, algo íntimo, ensayando las vacilantes palabras que le diría, pero su débil coraje flaqueó y no fue capaz de exponerse tanto, pues no podía confiar en nadie. No pudo hacerlo.

Lanzarse desde una altura, desde un puente, sería una forma

eficaz de lograrlo. Ponerse delante de un vehículo que llegara a toda velocidad, preferiblemente un camión o un autobús. Alyce trató de imaginarse armándose de tanto valor cuando ni siquiera tenía el coraje suficiente para acercarse a alguien y hablarle de su situación.

Cuando el embarazo estuviera más avanzado y ella más desesperada. Quizá entonces. Tal vez cuando estás desesperada, desquiciada y obsesionada no hace falta tener valor.

Sin duda, Alyce se desquiciará cuando los demás comiencen a notarlo y a sospechar. Cuando su vientre se hinche y la ropa ya no le quepa.

¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Semanas? Una sentencia de muerte: el embarazo crecía como un tumor imparable.

Se cortaría las venas, en las muñecas. Solo necesitaba una navaja o un cuchillo afilado, y el acto podría llevarse a cabo de noche, sin que nadie lo advirtiera si ella lo hacía con cabeza. En una bañera con el grifo abierto, para diluir el flujo de sangre y arrastrarlo al olvido. En uno de los cuartos de baño de la residencia, que era de uso individual, equipado con una bañera y no con una ducha; una habitación que se cerrara con llave, donde nadie pudiera irrumpir, y Alyce pudiera sedarse con aspirinas y sumergirse en el agua caliente y humeante, y cerrar los ojos, negándose a ver, porque era una cobarde y era incapaz de soportar la visión de la sangre en el agua fluyendo por el desagüe. A medida que le fuera latiendo más despacio el corazón con la pérdida de sangre, la invadiría un dulce consuelo al fin… Pero ¿se quitaría la ropa, como si fuera a darse un baño de verdad? ¿O se metería vestida, o medio vestida, con su camisón de franela tal vez? Porque no quería (ay, de ninguna manera) que la encontraran muerta desnuda.

¿Y cómo alcanzaría la *muerte* exactamente? Solo se podía cortar una muñeca con la temblorosa mano derecha, no las dos muñecas. En la muñeca izquierda, o más bien en la cara interna del antebrazo izquierdo, allí tendría que cortar la carne tierna (profunda, rápida e infaliblemente) antes de que el dolor la embargara y se le cayera de las manos la navaja o el cuchillo en el agua y lo salpicara todo…

¿Una sobredosis de pastillas? ¿Qué pastillas? Alyce no tenía

medicinas con receta médica y tendría que comprar las píldoras en una farmacia. ¿Y qué pastillas serían? ¿Somníferos? No tenía la menor idea. Si estuviera en casa, tendría acceso a los medicamentos del botiquín de sus padres: pastillas para la tensión, el corazón, problemas renales o artritis. Pero, si tragaba suficientes píldoras como para suicidarse, ello podría hacerla vomitar, ya que no estaba acostumbrada a tragar pastillas. No tenía ni idea de cómo reaccionaría su estómago. Y, si no vomitaba lo suficiente, se sumergiría en un sudoroso estupor, pero no moriría, y su corazón continuaría latiendo como un metrónomo obstinado hasta que se despertara horas o días más tarde envuelta en sus propios vómitos y excrementos, trasladada en ambulancia a urgencias, donde le practicarían un lavado de estómago, fuera lo que fuera el significado de «lavado». No prometía nada romántico ni digno. La ingresarían para un reconocimiento psiquiátrico, avisarían a sus padres, descubrirían el embarazo, la sacarían de la universidad, posiblemente con daño cerebral, posiblemente en «estado vegetativo»…

Alyce se rio. Eran las tres y veinte de la madrugada y ahí estaba ella de pie en un frío suelo de madera, después de haberse levantado de la cama en la que no había conseguido dormir desde que habían apagado la luz varias horas antes.

Mientras decidía, *maldita sea*, que *no lo haría*.

No se suicidaría; ni siquiera lo intentaría.

Al regresar de las clases matutinas, encontró una nota doblada en el buzón, un mensaje telefónico. Sintió como si se le clavara algo parecido a una esquirla de cristal pensando que era Simon reclamándola a su lado por fin. En realidad, mientras sus ojos parpadeantes apenas se asomaban detrás de un velo de lágrimas, la nota era un mensaje telefónico para ella: «Querida Alyce, llama a este número, por favor. R. B.».

8

Así se decidió su vida.

El don de su vida. O, al menos, eso pensó Alyce en ese momento.

Regresaba a la Casa del Poeta. Tenía el corazón desbocado cuando Roland B___ le abrió la puerta con una reverencia juguetona.

—¡Querida Alyce! Te he echado de menos. Adelante.

Estaba decidido: Alyce trabajaría como ayudante y documentalista de Roland B___ Porque ese sería el título formal de su papel en la vida del poeta y (como ella podría haber anticipado entonces) en su vida póstuma: «ayudante, documentalista».

—Te pagaré, por supuesto, Alyce. No pretendo que renuncies a tu valioso tiempo a cambio de nada.

Y:

—Por favor, llámame Roland, querida. ¿Lo intentarás al menos?

Fue un gesto conmovedor para Alyce que el poeta la perdonara tan fácilmente por la rudeza con la que se había comportado con él. Desestimó su avergonzada disculpa con un gesto de desdén:

—No digas tonterías, querida. De sabios es poner en su sitio a un carcamal cuando se propasa. Es bueno recordármelo.

—Oh, pero, profesor, usted no es «un carcamal».

Las palabras le salieron a Alyce sin pensar. No se imaginaba que fuera a decir nada en absoluto para responder al lamentable comentario del poeta.

Había hablado entre risas, por los nervios. Como Alicia en el mundo del espejo, en el que todas las cosas se invertían hasta volverse cómicas.

Pero comprendió que era cierto. Roland B___, en su soledad y aislamiento. En la universidad era admirado, a menudo lo invitaban a recepciones, almuerzos y cenas, pero iba a todas partes solo y regresaba solo a la Casa del Poeta de ladrillo descolorido. En el dormitorio amueblado con antigüedades, solo en la cama con dosel.

Y Alyce también en su *propia* soledad y aislamiento. Por mucho que se rodeara de otras personas de su edad, enjambres de otros seres humanos en las aceras de la universidad, estaba sola.

Porque Simon Meech no se había puesto en contacto con ella, y en el aula ahora apenas parecía mirar en su dirección y no reparaba en que ella se marchaba nada más terminar la clase.

Todos los colores del salón de la Casa del Poeta le parecían más brillantes, más vivos y hermosos de lo que recordaba. Los cojines de terciopelo carmesí en un sofá de terciopelo gris paloma, un jarrón chino de un intenso color marrón rojizo en el alféizar de la chimenea y los retratos de caballeros del siglo XVIII, de aspecto severo, en las paredes.

¡Qué graciosos eran esos retratos! Como si, muertos y olvidados desde hacía mucho tiempo, interpretaran ahora el papel de antepasados.

—¡Pasa, querida Alyce! Tienes las manos frías. ¿Un poco de té?

La condujo hasta el sobrecalentado interior, donde, sobre el hermoso y viejo piano de cola, un jarrón de cristal con rosas rojas latía con vivos colores… *¿Para mí? Esas rosas son para mí.*

Aquí había alguien que la apreciaba. No la repudiaría ni le haría daño.

Resultaba extraño que, desde la visita anterior de Alyce, hubiera surgido un sentimiento nuevo entre Roland B___ y ella, más ligero, juguetón y (de un modo casi imperceptible) erótico.

Se había atrevido a hablarle con brusquedad al profesor. Le había apartado las manos y se había marchado. Lo había dejado pasmado, al igual que ella se había quedado atónita, y ahora estaban

comenzando de nuevo.

Había comprado en una panadería local unos deliciosos bollos hojaldrados y mantecosos. Los sirvió a su invitada, con té Lapsang en una tetera y unas tazas Wedgwood. Aunque había sido presa de las náuseas solo unas horas antes, ahora Alyce sintió una punzada de hambre lo suficientemente poderosa como para hacerla temblar.

—Se te ve pálida, querida. Ya lo advertí el otro día en nuestra clase. Estabas muy callada mientras los demás charlaban con tanta arrogancia. ¿Te preocupa algo? ¿O es «la carroza alada del tiempo que se acerca»?

Una referencia velada, seguramente a un poema. Pero no un poema que Alyce conociera.

—Pero eres demasiado joven, me parece, para que te mortifique el rápido paso del tiempo como nos ocurre a los demás.

Ante esto, Alyce se rio de nuevo, derramando un poco de té de la delicada taza Wedgwood. Como si el «paso del tiempo» no fuera tan doloroso para ella como una úlcera. Como si rituales como tomar el té importaran cuando unas horas atrás se hallaba agachada sobre un inodoro con arcadas secas.

—Si hay algo en tu vida que te inquieta, espero que puedas confiar en mí, querida. Me doy perfecta cuenta de que a tu edad muchas cosas están indecisas e indefinidas. Recuerda lo que dijo Paul Bowles: «Las cosas no suceden; depende de quién aparezca».

Alyce no tenía ni idea de quién era Paul Bowles, pero, por el tono de voz de Roland B___, supuso que sería algún visionario.

Cuán temblorosa se sentía Alyce, y a la vez qué eufórica, en presencia de este hombre bondadoso. La reluciente coronilla, sobre la que se extendían ralos mechones de cabello cano, livianos como plumas. Los ojos pesados, con pliegues en las comisuras. La sonrisa esperanzada mostraba unos dientes amarillentos. Alyce sintió lo frágil que era su propia compostura, que podía quebrarse con una palabra tierna de este hombre, una caricia.

Pero ¿qué le había preguntado? Hambrienta, había devorado un bollo entero y vaciado su taza de té Lapsang. Todavía le temblaban las manos.

—Bueno, querida. Quizá con el tiempo me gane tu confianza, como amigo. Por tu poesía, creo conocerte, interiormente. Por favor, piensa en mí como el amigo de tu alma.

En una mesa de caoba en la sala de estar había manuscritos, borradores de poemas, y cartas escritas a mano y mecanografiadas. En el suelo, cajas llenas de papeles. Gran parte de aquello era nuevo desde la última visita de Alyce.

—Me han enviado estas cajas para que pueda comenzar a trabajar en mi archivo aquí. ¿Sabes lo que es un archivo, querida?

Alyce pensaba que sí. Solo las personas admirables merecían un archivo.

—Prácticamente toda la vida de un escritor. Pero solo he guardado artículos, documentos, publicaciones, cartas, cientos de cartas. Libros descatalogados, ediciones numeradas. Llevo años demorándolo. Nunca respondía a las peticiones de Harvard, Yale, Columbia, al igual que he ido retrasando la redacción de mi testamento. Es muy difícil, ¿sabes?, para aquellos de nosotros que fantaseamos con vivir para siempre pensar en nosotros mismos como simples mortales, y no digamos póstumos… Pero, si pudieras ayudarme, querida, creo que podría afrontar el reto.

—Por supuesto, profesor. Puedo intentarlo.

De nuevo habló sin pensar. Estaba tan ansiosa por complacer al anciano poeta, tan sola, tan desesperada, que apenas podía contenerse en presencia de alguien tan amable aparentemente.

—Por favor, te lo he dicho, Roland. «Profesor» es para *les autres*.

—Roland.

El nombre sonaba irreal en la voz de Alyce, poco convincente.

—Rol-*land*. Dale una inflexión francesa, *s'll vous plait*.

—Rol-*land*.

Como una niña grande, Alyce se ruborizó de vergüenza.

—Bueno. Eso está mejor, al menos. Mere/'.

Por las ventanas de la sala de estar se veía que la luz del día se iba desvaneciendo rápidamente. En la desportillada tetera Wedgwood, el té Lapsang se enfriaba, olvidado. De buen humor, Roland B___ sirvió un poco de *whisky* en vasos de chupito para su

invitada y para él mismo e insistió en que Alyce bebiera con él:

—Tenemos mucho que celebrar, querida.

Pronto, una fiebre cubrió el rostro del poeta, que reía contento. A última hora de la tarde, cuando Alyce se disponía a regresar a su residencia, Roland B___ comenzó a arrastrar las palabras y su piel colorada con finas arrugas estaba profundamente enrojecida. Fue conmovedor para Alyce ver cómo, en su presencia, el poeta parecía animarse, e incluso resplandecer.

Insistía, por supuesto, en que le pagaría. Le pagaría muy bien. Pero ella no debía contarle a nadie su acuerdo, a ninguno de los compañeros de clase de Alyce en el seminario ni a nadie, por temor a que *les autres* lo malinterpretasen.

No quería que Alyce se marchara. ¡Por favor, no! Aún no.

Alyce intentó explicar entre risas que tenía un toque de queda. Todas las estudiantes femeninas que vivían en residencias universitarias tenían toque de queda a medianoche.

¡Qué absurdo! Alyce debería salir de un sitio tan confinado e irse a vivir sola. Él la ayudaría a pagarlo.

9

¡Qué feliz se sentía Alyce en la Casa del Poeta! Allí no tenía el poder de paralizarla.

Ese interludio de días que se acercaban al solsticio de invierno, cuando Alyce llegaba sin aliento y esperanzada a la residencia de ladrillo rojo entre las cuatro y las cinco de la tarde. Llevaba sus tareas universitarias, antologías y textos que debía leer para los cursos, artículos que tenía que escribir, el cuaderno donde guardaba los borradores de sus poemas, en los intersticios de su labor de ayuda a Roland B___ a organizar el archivo.

—¡Querida, estamos progresando! Estoy orgulloso de nosotros.

Para cuando Alyce llegaba, Roland B___ ya se había tomado un *whisky* o dos, una copa de vino o dos o tres. Se alegraba de verla. Intentaba mantener la dignidad. Le besaba la mano o las manos.

En algún momento entre las ocho y las nueve, cenaban algo juntos, comida que Roland B___ encargaba a uno de los seis restaurantes de la ciudad y que pagaba él.

Para cuando llegaba la comida, Roland ya se había tomado otro *whisky* más o había comenzado otra copa de vino, y Alyce había dejado la mesa del despacho para poner la mesa del comedor con una bonita, aunque desconchada y agrietada, porcelana que había descubierto en un aparador, una cubertería de plata un tanto deslustrada, servilletas de lino blanco y copas de agua de cristal tallado. Candelabros y velas. La comida se la entregaban en envoltorios de poliestireno, que Alyce trasladaba a unas fuentes dispuestas en un horno a ciento noventa grados. El aroma de la

comida calentándose le hacía la boca agua; nunca había tenido un hambre tan voraz.

Ahora los interludios de náuseas habían quedado atrás, en su mayoría. Su centro de gravedad se estaba asentando en la zona de la pelvis, más cerca del suelo.

Alyce acudía a la Casa del Poeta cinco días por semana. Pronto se convirtieron en seis. Y luego en siete. Porque siempre había mucho que hacer y era emocionante; además, Roland B___ le pagaba generosamente, como había prometido, a menudo en billetes de veinte dólares, de forma apresurada, sin apenas preocuparse por contar los billetes, como si pagarle le diera vergüenza, del mismo modo que a Alyce le daba vergüenza *cobrar*.

—No tienes por qué declarar estos ingresos; ya lo sabes, querida —dijo Roland B___ en voz baja—, puesto que yo no pienso hacerlo. Lo que pasa entre nosotros, Hacienda «no tiene por qué saberlo».

Alyce escribió en la robusta y vieja máquina de escribir Remington de Roland B___ copias de poemas, así como numerosos borradores de versos junto con cartas personales de Roland B___ , que él la animaba a criticar e incluso a corregir.

Ella se decía a sí misma: *Estoy haciendo todo esto por él; es mi amigo. Cuanto más haga por él, más amigo mío será*.

Solo cuando abandonaba la sobrecalentada Casa del Poeta y atravesaba el campus cubierto de nieve de regreso a su residencia, que se hallaba a cuatrocientos metros, se apoderaba de ella la realidad, tan discordante como el tañido de una campana.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué debía *hacer*?

En un acto compulsivo, se examinaba la ropa interior, el camisón. Las sábanas. Apenas se acordaba de lo que buscaba (manchas de sangre); apenas se acordaba de lo que era la menstruación, que había comenzado a parecerle algo remoto, como un sueño que se recuerda de forma difusa.

Sí, pero estaba la hinchazón de su tripa. Definitivamente. Podía sentirlo.

Ya no perdía peso por los nervios y las náuseas, sino que engordaba. Dos kilos, tres… Cuatro kilos.

Roland B___ enfatizó lo guapa que estaba Alyce. Qué piel más suave, qué brillo en los ojos… No estaba tan delgada como antes. Desde luego tenía un aspecto más saludable.

—Verás, tú eres *mi* Alicia. Entraste en mi vida cuando necesitaba a una Alicia, como por arte de magia.

Alyce se rio, con cierta vergüenza. ¿Roland B___ hablaba en serio cuando decía esas cosas, o se estaba dejando llevar por la fantasía? ¿Por la poesía?

Se preguntó si, en su vanidad, el anciano poeta podría haber llegado a pensar que su ayudante estudiantil se estaba enamorando de él.

Cada vez le resultaba más difícil a Alyce rechazar educadamente las copas que le ofrecía Roland B___. Quizá se tomaría unos sorbos de vino. Pero *whisky*, no.

Le señalaba con delicadeza:

—¿Sabe, profesor? Soy menor de edad.

Roland B___ protestaba:

—Querida, esta es una residencia privada. Nadie puede entrometerse aquí. El estado no tiene autoridad aquí. Es mi domicilio. —Hacía una pausa, mientras reflexionaba arteramente—: *Nuestro* domicilio. *Nuestro* país de las maravillas. Sin una orden judicial, ningún agente de policía del estado puede cruzar el umbral, y desde luego ningún agente de policía del estado puede detenerme a *mí*.

Poco después, también quiso que Alyce se quedara a dormir.

¿Y qué pensabas, Alyce? ¿Que desaparecería así como así?

Como quien estuviera fascinado por un bulto en un pecho, un tumor creciente. Una especie de parálisis. Dormía como un tronco, sus extremidades parecían sumidas en algo blando, como el barro. Barro caliente.

Recordaba cómo había oído a su madre y a una tía hablar en voz baja de la hija de un amigo, que había tenido un aborto espontáneo a los seis meses de embarazo, cuando nadie, ni siquiera

(supuestamente) la chica, sabía que estaba encinta. Una joven fornida, que vestía camisas holgadas, monos, no muy atractiva (así dijeron; un detalle sin importancia). La familia se había quedado atónita por completo, incrédula y escandalizada. En aquel momento, parecía del todo improbable que la muchacha no supiera que estaba embarazada, pero ahora Alyce lo entendía. Era muy fácil no pensar en *ello*. La ansiedad sobre el futuro era sustituida por una repentina necesidad de siesta.

Un desvanecimiento de ignorancia, el más refrescante de los sueños profundos.

Que de alguna manera desaparecería. Dejaría de existir.

Y te despertarías para descubrir que todo era un mal sueño, como Alicia despertando de su pesadilla.

—Querida, no me queda más remedio que estar fuera el resto de la tarde. ¡Pero me daré prisa en volver, lo prometo!

Resultaba halagador para Alyce que Roland a veces se marchara de la Casa del Poeta mientras ella se quedaba allí. El poeta había llegado a confiar en su ayudante, mostrándole deferencia por su buen juicio o por un displicente deseo de no entrar en detalles. ¡Sí, sí!, esas eran cartas de T. S. Eliot, que era llanamente Tom Eliot para todo aquel que lo conociera, por supuesto, al igual que Robert Lowell era Cal. Alyce tenía razón, unos documentos tan valiosos necesitaban guardarse en carpetas de plástico, pero ¿dónde encontraría archivadores de ese tipo? ¿En la librería universitaria? Un lugar enorme y espantoso, con anaqueles de insípidos éxitos de superventas, austeros libros de texto, camisetas y sudaderas; no se veía capaz de entrar allí una segunda vez…

Por supuesto que adquiriría Alyce las carpetas. Alyce hacía tareas tan mundanas con mayor destreza que Roland B___

A Alyce le resultaba fascinante pasar horas y horas de lectura intensa y exigente descifrando cartas manuscritas de Roland B___, copias de carbón descoloridas delas misivas de Roland B___, manuscritos escritos por el propio poeta y galeradas con anotaciones. Cientos de cartas de personas cuyos nombres eran conocidos y de personas cuyos nombres eran desconocidos. En la década de 1930,

Roland B___ había comenzado a publicar poesía; en 1954, Roland B___ se convirtió en editor de poesía de *The Nation* e intercambiaba correspondencia con docenas de amigos poetas. Se podía ver —Alyce podía ver— cómo el joven y ambicioso poeta se había abierto camino, no de manera infalible, sino errática, al azar, enviando poemas a quienquiera que tuviera a bien recibirlos y ofrecerle comentarios o su publicación, agradecido por la más mínima atención, aliento o aceptación por parte de cualquier editor, como quien escala una pared rocosa y escarpada, y se aferra a superficies resbaladizas.

Con frecuencia, Alyce acercaba cartas a la ventana para leerlas con detenimiento. Para leer la pequeña y enmarañada caligrafía o la desvaída tinta de la máquina de escribir. Una carta de John Crowe Ransom, editor de *Kenyon Review*, en la que elogiaba y aceptaba varios poemas. Una carta breve y garabateada del poeta Delmore Schwartz en la que le agradecía a Roland B___ algún favor. Una carta de Elizabeth Bishop en una hoja con membrete de un hotel, una secuencia de frases atropelladas, quejas lamentables sobre Cal. Esas misivas desprendían un halo de intimidad, intriga y chismes que encandilaba a Alyce, que no tenía nada similar en su vida.

Podría doblar esas cartas con suma facilidad. Algunas de ellas estaban escritas en el delgado papel azul de los aerogramas. Incluso podría deslizarías en su bolso de libros. Roland B___ nunca se enteraría, porque Roland B___ era un guardián muy descuidado de todas sus cosas.

Sobre todo, de las primeras ediciones numeradas del poeta, a las que Roland B___ llamaba librillos, que se amontonaban en cajas sin orden ni concierto.

Una de ellas era *Como un espectro y otros poemas*, publicada en 1936, una hermosa edición impresa en papel blanco, de tapa dura, con cubierta de nácar y con la firma juvenil y grandilocuente de Roland B___ en la portada.

Según figuraba escrito en la página de derechos de autor, solo se habían impreso cincuenta copias. En la caja había tres ejemplares, todos ellos con manchas de humedad y muy deteriorados.

El epígrafe le resultaba familiar:

«Sigilosa, me atormenta, como un espectro».

¿Qué era esto? ¿Un fragmento de *Alicia en el país de las maravillas*? Charles Dodgson echando la vista atrás hacia Alice, de siete años, pletórico de deseo.

Hojeó el pequeño libro con manchas de humedad. Tan solo tenía veinte páginas.

Media docena de poemas de Roland B___ que Alyce no había visto nunca antes y no entendía del todo. Probablemente preteridos ahora por el propio poeta.

Guardó rápidamente en la caja el ejemplar de *Como un espectro*. Incluso aunque su excéntrico empleador nunca llegase a enterarse de que faltaba el libro, incluso aunque a nadie le importase que faltara, con todo y con eso, Alyce no iba a comportarse de manera tan deshonesta. No se sentía capaz de robarlo.

Sería una traición a la cariñosa atención de Roland B___ para con ella. Su deferencia hacia él. Su respeto mutuo, que no se parecía a nada en la vida de Alyce.

—¿Cuál de estos prefieres, Alyce?

El poeta estaba revisando poemas publicados originalmente hacía años, en 1953, para preparar una antología de *Poemas seleccionados*. Con la falta de tacto propia de los jóvenes, Alyce exclamó:

—La versión más vieja. Es mucho más potente.

—¿De veras? ¿La «versión más vieja»?

—Si.

El poema era una inteligente imitación de un soneto de Donne. Al menos, eso sabía Alyce, que solo conocía unos pocos poemas de John Donne. Los ritmos ásperos, el tono masculino. Al agregar más versos, Roland B___ había suavizado el poema.

Su comentario lo sorprendió. Del mismo modo que ella lo había sorprendido, sí, y lo había complacido enormemente cuando entró en la Casa del Poeta con el pequeño anillo de ópalo agrietado en el

dedo meñique de la mano derecha.

¡La mirada en la cara de Roland B___! Radiante como una vela.

«Querida. Me has hecho tan feliz».

Ahora, en cambio, salió de la estancia, no tan feliz.

Lo oyó moverse por la cocina con gran estrépito. Buscando un vaso.

A menudo, Alyce fregaba los platos después de comer. Le gustaba sentir el agua caliente y jabonosa. Si no lo hubiera hecho, el anciano poeta habría dejado los platos sucios en el fregadero, en un charco de agua mugrienta, hasta que viniera la mujer de la limpieza el miércoles por la mañana. Parecía incapaz de fregar ni tan siquiera unas tazas de té o de café. Los vasos de *whisky* y las copas de vino se amontonaban, procedentes de una impresionante reserva de las alacenas de la Casa del Poeta, hasta que Alyce los fregaba y dejaba relucientes en los estantes.

Por supuesto, Roland B___ se estaba sirviendo ahora un trago. Para calmar sus nervios alterados. Regresó, al fin, *whisky* en mano, y, para alivio de Alyce, no había *whisky* para ella.

Aunque le traía un regalo:

—En agradecimiento por tu astuta perspicacia y honestidad, querida Alyce. Un artículo de coleccionista, se supone.

Era un ejemplar de *Como un espectro*, el delgado librillo con cubierta de nácar. Alyce sintió su rostro ruborizarse, como si él hubiera descubierto que era una ladrona.

Pero la cara de Roland B___ estaba vestida con una amplia sonrisa, sin sarcasmo.

Le entregó el pequeño libro con manchas de humedad abierto por la portada: «Para mi querida Alyce, que trae la luz del resplandor a mi vida. Con amor, Roland».

Alyce tomó el libro de las manos de Roland B___ Las lágrimas le brotaron de los ojos. Era imposible no llorar: era tan amable.

—Oh, Alyce, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

Se oyó a sí misma diciéndole, por fin, que estaba embarazada.

Esa palabra, contundente y vergonzosa: «embarazada».

De cuánto tiempo, cuántas semanas exactamente, ella no lo

sabía.

No quería saberlo. No se había permitido saberlo.

Tartamudeaba, sollozaba. Como una niña. Una chica rota. Su compostura se hizo añicos, al igual que podría quebrarse una columna vertebral. Roland B___ intentó consolarla.

Más tarde, Alyce se dio cuenta de que el anciano poeta no se había sorprendido tanto. Debía de saber o de sospechar algo…

Por supuesto, estuvo muy amable con Alyce. Se sentó a su lado en el sofá, cogiéndole las manos para estrecharlas. La dejaba hablar atropelladamente, y la dejaba enmudecer, ahogada por la emoción. Tanta bondad la apabullaba, la destruía. No recordaba la última vez que alguien había sido tan bueno con ella. Que la habían escuchado con tanta compasión.

—Querida. Pobrecita mía. Esto no es una buena noticia para ti, ¿verdad?

No. No era una buena noticia. Alyce se rio, enjugándose las lágrimas.

Él la estaba abrazando. Como la abrazaría un pariente mayor.

Le aseguró que la iba a ayudar. Si ella le dejaba.

En sus brazos, Alyce lloró. Sollozos entrecortados, sin elegancia. Su orgullo se había desvanecido. Estaba expuesta y desamparada. La compostura que había mantenido tan rigurosamente en sus clases, bajo la mirada de los demás, se esfumó. De repente era una criatura embarazada e indefensa.

—Cásate conmigo, querida. Conviérteme en tu esposo. Te cuidaré a ti y a tu bebé. Será «nuestro bebé».

Roland B___ hablaba de forma apresurada, arrastrando las palabras por el *whisky*.

Alyce soltó una risa nerviosa. ¡No, no! No podía.

—Sé que no me amas… aún. Yo puedo amar lo suficiente por los dos. Sabes que tú eres mi *Alicia*.

Alyce quería alejarse. Quería recoger su dignidad, lo que quedaba de su dignidad, y salir huyendo de la Casa del Poeta. Sin embargo, allí estaba ella, frágil y acurrucada en los brazos del poeta. Como al resguardo de un fuerte vendaval. Apenas recordaba cómo

se llamaba el hombre. Sin embargo, su mente pensaba a toda velocidad: *Él me ayudará. Él me ha salvado*.

En la cama con dosel, en el dormitorio en penumbra. Una cama antigua con un colchón duro, que crujía bajo su peso. Era demasiado absurdo, pensó Alyce. ¡Esto no estaba sucediendo! El anciano, con la respiración acelerada, jadeaba como si hubiera subido un tramo de escaleras. La abrazaba con ternura, besándole los labios, el cuello. Unos besos ligeros y esponjosos que se fueron volviendo poco a poco más duros, chupetones que la dejaban sin aliento.

—No. Por favor. Para.

Alyce lo empujó, asustada.

—¡Lo siento!

El anciano amante habría bromeado sobre ello, si hubiera podido.

Aun así, respiraba con dificultad. Pesadamente. Se disculpó para ir al baño, con paso tambaleante.

Entonces llegó un sonido de grifos y tuberías. Alyce se incorporó, bajó las piernas de la cama con un rápido balanceo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba ahí? Se marcharía antes de que él regresara. O… lo esperaría en el salón con el abrigo puesto. Porque sería una grosería, inadmisible por su parte, salir corriendo sin hablar con él.

Le pediría ayuda económica. ¡Por favor, ¿sería tan amable de ayudarla?!

Lo único que quería era volver a su antiguo cuerpo, al cuerpo que había quedado atrás. El cuerpo *no embarazado*. El cuerpo delgado de una chica con caderas estrechas, pechos pequeños y firmes, vientre plano y sin nada dentro de la tripa que la hinchara como un globo.

Qué feliz había sido, en ese cuerpo *no embarazado*. Totalmente ajena a todo e inconsciente. Mientras que ahora…

No tenía dudas, Roland B___ podía ponerla en contacto con alguien que pudiera ayudarla. Roland B___ podría proporcionar el dinero.

Un aborto. Un médico que pudiera practicar un aborto.

Estas contundentes palabras necesitaban ser pronunciadas. Ella, Alyce, tendría que pronunciarlas.

Al cabo de unos minutos, Alyce regresó titubeante al dormitorio. Pero Roland B___ todavía estaba en el cuarto de baño. Algo cayó al suelo de baldosas, con estrépito. Alyce se acercó a la puerta, sin saber qué hacer. No había querido pensar que pudiera pasarle algo al anciano poeta, que su respiración se había vuelto ronca y fatigosa en cuanto la apremió a entrar en el dormitorio y tumbarse en la cama.

Alyce se había resistido como una niña grande. Cedió, pero con frialdad. No le devolvió los besos, salvo débilmente, por una especie de cortesía. Era sorprendente lo fuerte que había resultado para la edad que tenía. Había resultado sorprendentemente pesado. Pero, claro, no era *viejo*. Eso lo sabía.

Tenía el rostro bañado en lágrimas. El cabello le cubría la cara. Por fin se atrevió a llamarle:

—¿R… Roland? ¿Te pasa algo?

¡Cómo se le atragantó el nombre de Roland en la boca! Apenas soportaba articularlo. Le parecía estar fingiendo un papel, pronunciar el nombre en un guión.

Le invadió un pensamiento pavoroso: ¿Estará enfermo? ¿Se estará muriendo? *¿Seré yo testigo de ello?*

Alyce se acercó a la puerta del cuarto de baño. Pegó la oreja.

—¿Hola? ¿Perdona? ¿Estás bien?

En la poesía, cincelas las palabras más bellas del lenguaje. En la vida real, tartamudeas. Nunca es posible hablar con tanta belleza como quisieras.

Al otro lado, una respuesta que no alcanzaba a oír del todo. Quizá fuese una respuesta: «No, sí, estoy bien, vete». O quizá fuese un gemido. Un grito. Una súplica ahogada. «Ayúdame; no estoy bien. No te vayas».

Que el anciano poeta se encontrara mal era un pensamiento aterrador. En el mismo momento de su declaración de amor, cuando deseaba ayudarla, casarse con ella… Alyce llevaba mucho

tiempo sospechando que Roland B___ no estaba del todo bien: lo oía respirar con dificultad y lo veía moverse con una lentitud antinatural a veces. Entonces quería pensar: *Oh, ha estado bebiendo. Es por eso*.

Como ver una pavesa salir volando de una chimenea y caer sobre una alfombra.

Al instante siguiente la chispa puede convertirse en una llama. La llama puede convertirse en fuego.

¿Se está muriendo? No quiere morir solo…

Entonces, de pronto: la puerta se abrió. Roland B___ salió, tratando de sonreír.

Una sonrisa espantosa. La piel blanquecina, como si toda la sangre hubiera sido drenada. Pestañeaba, agitado. La mano apoyada en el pecho.

Alyce le dijo que iba a llamar al servicio de urgencias. No podían esperar más.

Roland protestó que *no*. Aún no. Su corazón le «jugaba malas pasadas», a veces…

No. No esperaría más. Alyce iba a llamar al servicio de urgencias y a salvarle la vida al poeta.

10

—Me está esperando. Me necesita.

En la sala de urgencias, insistía en que sí, era la ayudante de Roland B___, una estudiante de la universidad matriculada en el curso del profesor. Porque no podía decir que era *amiga* del anciano poeta.

Menos aún, que ella era la *Alicia* del poeta. La chica a la que él había propuesto matrimonio.

—Me necesita, me está esperando. Habría ido con él en la ambulancia, pero no había sitio…

Una enfermera acompañó a Alyce a la zona de urgencias. No pudo evitar echar un vistazo al interior de las pequeñas habitaciones con las puertas entreabiertas, temiendo ver qué o quién estaba dentro. Los olores asaltaban sus fosas nasales; sus ojos se anegaron en lágrimas. Pensaba: *Ay, Dios mío, como se muera. Como se haya muerto…*

Apenas podía recordar su propio estado. Lo que crecía y florecía en su vientre. Sus pechos doloridos y extrañamente orondos. Cómo le había confesado al poeta y cómo él le había cogido las manos, su amabilidad. Su deseo de ayudarla.

«… amar lo suficiente por los dos».

La enfermera le entregó algo a Alyce. ¿Qué era? Una media mascarilla de gasa blanca. Enfundó otra media mascarilla en su propia cara. Le explicó a Alyce que, hasta que el análisis de sangre no confirmara que el paciente no tenía una enfermedad contagiosa, debía proceder como si pudiera tener una, y como si el contagio

pudiera propagarse a través de gérmenes o virus por aerosoles.

¿Contagioso? ¿Enfermedad? ¿Era eso posible? Alyce se colocó la mascarilla en el rostro con torpeza y la enfermera la ayudó a ajustarla.

Delante de la puerta de la habitación ocho. Se estaba preparando para afrontar lo que había dentro cuando la enfermera abrió la puerta.

Allí estaba el anciano poeta en la cama, sentado, con el pecho desnudo, semiconsciente, mirando a Alyce y parpadeando como si no pudiera verla con claridad o no la reconociera con la mascarilla. Sin las gafas parecía mucho mayor de lo que en realidad era. Despeinado y angustiado. La coronilla pálida de su cabeza, extrañamente desnuda.

—Ay, querida… ¿Qué te han hecho? —dijo.

Roland B___ sonreía con valentía a su visitante. Ella se acercó con presteza y le tomó la mano. Él tenía los dedos fríos como los de un muerto.

Su primera impresión fue la de una gran conmoción, y a la vez de alivio: Roland estaba vivo; eso era lo importante.

Le agradeció a Alyce que hubiera venido a verle. Le rogó que no lo dejara. ¡Qué deforme parecía el cuerpo de Roland B___ en la cama articulada de hospital! Podría haber sido un enano, con las piernas en escorzo. Alyce nunca había visto al anciano poeta desnudo. Siempre había sido muy formal. En la Casa del Poeta, cuando se quitaba el abrigo de *tweed*, llevaba camisas de manga larga debajo, a menudo jerséis y chalecos. Alyce apenas había pensado en el poeta como en un ser físico.

Hasta que él la instara a entrar en su habitación y en su cama, no había pensado ni una sola vez en él como en un ser sexual. Ese pensamiento le resultaba repugnante.

Ahora, con ojos consternados, Alyce divisaba pliegues de carne en el pecho y el vientre del poeta, del tono de la manteca de cerdo. Hombros encorvados y huesudos. El pecho flácido estaba cubierto de una mata de encrespadas canas, y en medio de estas una docena de electrodos y cables estaban conectados a una máquina. ¿Se

trataba de un electrocardiograma? ¿Le monitoreaban los latidos del corazón? Un gotero le introducía por vía intravenosa líquidos en el brazo derecho: ¿antibióticos?, ¿medicamentos para ralentizar y estabilizar los acelerados latidos cardíacos? El oxígeno fluía hacia las fosas nasales del paciente por unos tubos de plástico. Como un reloj, cada varios minutos se hinchaba un manguito para comprobar la tensión en la parte superior del brazo izquierdo del paciente con un agresivo zumbido, antes de relajarse, como una exhalación. Alyce miraba, fascinada, la pantalla del monitor. Los números no significaban nada para ella: 84, 91,18. Verde, azul, blanco. Durante el transcurso de esa primera visita, Alyce supuso que las cifras que superaban ochenta medían la cantidad de oxígeno del paciente.

Le explicaron que le harían a Roland B___ una tomografía computarizada y un ecocardiograma por la mañana. Le harían más análisis de sangre después de ocho horas de antibióticos. El latido cardiaco acelerado no era una taquicardia, sino una fibrilación, que era algo más grave. Era muy posible que el anciano tuviera una infección vírica, lo que había precipitado el ataque. Era muy posible que sufriera neumonía. Alyce tiró de la mascarilla, que le cubría la boca y la nariz de una manera incómoda.

Le inquietaba mucho cómo estaba tosiendo Roland B___ (¿Tosía cuando estaban en la Casa del Poeta? Creía que no).

—No saben lo que me pasa, me temo —explicó Roland B___ intentando hacer gala de su sempiterna alegría—, pero estoy seguro de que no es nada por lo que haya que preocuparse, querida. Espero que no sea motivo de inquietud para ti.

Alyce insistió en que no estaba preocupada. Aunque se sintiera enferma y desorientada por la angustia.

Se preguntaba si, en su aflicción física, el anciano poeta recordaba lo que ella le había contado. Si recordaba lo que él le había dicho a ella.

«… amar lo suficiente por los dos».

Durante horas esa noche, permaneció sentada al lado de Roland B___ en la pequeña habitación, la mayor parte del tiempo cogiéndole la mano.

Incluso cuando se quedó dormido, pestañeando y con los labios temblorosos, siguió sujetándole la mano.

A las once y media de la noche, cuando las urgencias se cerraban a las visitas, a Alyce le dijeron que podía retirarse la mascarilla. Los análisis de sangre habían determinado que el paciente no tenía una enfermedad transmisible.

Se quitó la maldita mascarilla, que la enfermera le indicó debía tirar a un contenedor con la etiqueta de «RESIDUOS MÉDICOS».

Se desprendió de la mascarilla para que Roland B___ pudiera verla mejor e identificarla sin equivocarse:

—Mi querida… Alyce.

—Sí…, Alyce…

—Se te ve muy pálida, querida. ¡Por favor, no te preocupes! Ya me siento mucho mejor, solo con saber que has estado aquí y que nosotros… hemos… resolveremos los asuntos entre nosotros en cuanto regrese a casa. ¿Verdad, querida? ¿Tal y como lo hablamos?

Sí…, Sí.

—Dame un beso de buenas noches, querida. Ya no soy contagioso. ¿Y prometes que vendrás a verme mañana por la mañana?

Alyce lo prometió. Qué agotada estaba, y de qué modo quería escapar del hombre enfermo para sumergirse en el sueño en su propia cama.

Pero Roland la miraba con ojos parpadeantes y desamparados sin sus gafas. El manguito de la tensión volvió a cobrar vida, apretando la parte superior del brazo como si fuera una regañina.

Bajando la voz, Roland B___ preguntó, ansioso:

—¿Aún eres, quiero decir, no eres mi esposa? Creo que… ¿aún no? No.

¿Estaba de broma? Alyce quería pensar que sí.

El paciente de la habitación ocho no ha sobrevivido a la noche. No teníamos un número de teléfono al que llamar y lamentamos

Informarle…

En realidad, cuando Alyce volvió a la sala de urgencias a la mañana siguiente, temblando de miedo, se le informó de que Roland B___ había sido trasladado de la zona de urgencias a una habitación de la quinta planta. Los latidos del corazón se habían estabilizado. Su estado había «mejorado mucho». Sin embargo, seguramente debería permanecer ingresado en el hospital varios días más para someterse a otras pruebas. Aliviada, Alyce le compró un pequeño ramo de flores frescas de la tienda de regalos del hospital. Fue alentador ver cómo se le iluminó la cara cuando la vio a ella con las flores de un amarillo chillón en la mano.

—¡Querida! Has vuelto. Gracias.

Se inclinó sobre la cama del hospital para darle un beso en la mejilla. Se resistió al impulso de cerrar los ojos en un delirio de alivio. *Está vivo. ¡Vivo! Eso es lo que importa*.

Apenas había pegado ojo la noche anterior. Revivía una y otra vez el susto del desfallecimiento del poeta, incluso cuando él había prometido protegerla.

Se casaría con ella, y tendrían un hijo juntos…

Lo tenía muy claro ahora. Nada importaba más que Roland B___ Ella tenía que estar con él, junto a su cama. Porque él no tenía a nadie más que a Alyce, a quien amaba y había prometido proteger.

Había dejado de pensar en el otro. En el hombre que la había dejado embarazada y ahora la rechazaba. Ni siquiera lo odiaba, a él, que le había hecho tanto daño.

Roland no le había preguntado a Alyce sobre el padre del bebé que estaba esperando. Alyce pareció comprender que no lo haría. Solo le dijo en voz baja y con discreción, para que nadie le oyera:

—¿Y tú, querida? ¿Estás bien, también?

—¡Sí! Oh, sí.

Era un alivio para Alyce. Roland B___ parecía haber mejorado mucho desde la noche anterior. Todavía inhalaba oxígeno por unos tubitos en sus fosas nasales, pero los números del monitor eran más altos, por encima de noventa. Del gotero seguían fluyendo en sus venas los líquidos intravenosos, pero ya presentaba un color más

cálido, y los ojos le brillaban con mayor viveza. Con jocosa alegría, mostró a su visita sus pobres brazos magullados, de los que le habían extraído «litros de sangre».

Como ayudante de Roland B___, Alyce tenía mucho que hacer. Debía avisar a sus parientes más cercanos, cuyos nombres él le había proporcionado; debía notificar al Departamento de Inglés que posponía el seminario hasta la siguiente semana. Alyce no quería decirle: «¿Pero estás seguro, Roland? ¿Una semana?».

A todas luces, padecía una afección cardiaca grave. Aun así, existía la posibilidad de que tuviera una infección, ya que presentaba una leve fiebre. Aunque estaba ansioso por que le dieran de alta del hospital, se fatigaba fácilmente y varias veces se quedó dormido mientras hablaba con Alyce; una vez mientras le explicaba lo que debía decir a sus familiares, para mantenerlos informados, pero a la vez para disuadirlos de que fueran a verle.

Resultó que los familiares de Roland B___, que vivían en las afueras de Boston, no tenían mucho interés en visitarle. Hablando por teléfono con Alyce mostraron sorpresa, inquietud y preocupación, pero no dijeron nada de ir a verlo al hospital. («¿Está Roland fuera de urgencias? ¿No está en cuidados intensivos? ¡Qué alivio!»). Alyce quería preguntar con sarcasmo por qué no iban a hacerle una visita ahora, antes de que pudiera volver a cuidados intensivos de nuevo. ¿No sería eso más sensato?

Roland había comentado que aún no quería hablar con sus familiares. Tampoco ellos habían mostrado muchas ganas de hablar con él.

A menudo, cuando Roland dormía, se despertaba desorientado, asustado. Una enfermera sugirió a Alyce que permaneciera cerca de él, para tranquilizarlo:

—Los pacientes mayores necesitan sentirse seguros de que no los han abandonado.

«¡Abandonado!». Alyce estaba decidida a que eso no sucediera.

Si perdía más de unas pocas clases, suspendería el curso, le habían advertido a Alyce. Tendría que solicitar unas prórrogas a través de la oficina del decano, e incluso entonces esas solicitudes

podrían serle denegadas.

Pero Roland dependía de ella para las tareas que no podía hacer desde su cama de hospital. Cartas que debía escribir, o creía que debía escribir, que dictaba a Alyce, quien obedientemente las tecleaba en la Remington en la Casa del Poeta, se las llevaba después para su visto bueno, las metía en un sobre y las enviaba por correo. Había llamadas telefónicas que Roland no se animaba a hacer, que Alyce debía hacer por él; había llegado a odiar el teléfono porque ya nadie hablaba lo bastante alto o claro. Desde el susto de su desfallecimiento y hospitalización, Roland parecía decidido a mostrar lo alerta, enérgico y asertivo que estaba, lo *bien* que se encontraba, aunque seguía siendo un paciente de hospital conectado a monitores al lado de la cama, y dependía de Alyce o de una enfermera para ayudarlo a llegar tambaleante al cuarto de baño cuando lo necesitaba.

Había insistido en que le quitaran la maldita sonda del pene. ¡Se acabó! El orgullo de un hombre no permitía semejante ofensa.

Sobre todo, Roland quería mostrar a Alyce que había recuperado la vitalidad y el buen humor. Quería que el personal sanitario viera, que su médico viera, la mejoría que estaba experimentando, para que le dieran de alta lo antes posible.

Alyce quería dejar caer a Roland que ella podía pasar menos horas en el hospital para regresar así a sus clases y ponerse al día con su trabajo. Para poder escribir su propia poesía de nuevo, y leérsela a él.

Pero no lograba articular esas palabras: «Necesito más tiempo para mí, Roland. Me temo que voy a suspender el curso…».

Se sentiría dolido, lo sabía. Desde el colapso se había vuelto extremadamente sensible, receloso y con la piel muy fina. Si Alyce llegaba apenas unos minutos tarde al hospital, preguntaba dónde había estado; si se quedaba dormido y se despertaba sobresaltado, sin saber al principio dónde estaba, podía mirarla casi con hostilidad, como si no la reconociera.

Pero después, cuando ella pronunciaba su nombre, era maravilloso ver el gesto en su cara al reconocerla nuevamente:

—¡Querida! Querida Alyce. Eres tú, ¿verdad?

—Sí. Por supuesto.

—Te quiero, Alyce. Tú lo sabes, espero.

Alyce sentía mucha vergüenza. No alcanzaba a responder: «Sí. Lo sé».

—Cuando me den el alta, que será el próximo lunes según acaban de informarme, haremos nuestros planes, querida. Nosotros… tenemos… muchos… planes… que hacer…

Se refería al embarazo, suponía Alyce. Sin embargo, no era capaz de nombrarlo del todo.

Poco después de la cena, Roland se durmió con un libro en la mano, que Alyce le retiró de entre los dedos con cuidado y dejó a un lado, con un marcapáginas para señalar el punto donde se había quedado. Se agachó y depositó un beso en la frente del poeta, con sus leves arrugas, que notó frías en sus labios; oyó su respiración poco profunda pero regular, tan reconfortante para ella como podría ser la de un bebé. El amor por el hombre inundó su corazón, pero qué molesto, justo cuando apagaba la intensa luz del techo, disponiéndose a marcharse del hospital esa noche, una enfermera joven entró en la habitación y la volvió a encender, despertando sin contemplaciones a Roland, que parpadeó, agitado y confuso.

Alyce observó cómo la enfermera buscaba con el dedo una vena en su brazo derecho, que ya estaba descolorida.

—¡Tenga cuidado! —soltó Alyce con brusquedad. Ese tono tan áspero era algo nuevo en ella. Como si ya se hubiera convertido en la joven esposa del poeta, destinada a sobrevivirle y a criar sola a su hijo, la albacea literaria del consagrado poeta cuya vida permanecería estrechamente ligada a la suya.

Después, dio un beso de buenas noches al poeta por segunda vez y apagó la luz del techo, también por segunda vez. Afuera, en el pasillo, la enfermera la estaba esperando con una sonrisa inquisitiva.

—¿Es su abuelo? Alguien comentó que es un profesor famoso.

Había sido el tercer día completo de Roland en el hospital, a menos que fuera el cuarto.

11

Cuando llegó a casa tarde del hospital, en el buzón de Alyce esperaba una nota doblada con el conciso mensaje «Por favor, llámame. S».

Agarró con fuerza la nota, con el corazón desbocado. La invadió una oleada de sensaciones, de temor y aprensión y, sin embargo, por un momento sintió que iba a desmayarse de tanta emoción. Tuvo que apoyarse en la pared, con la cabeza agachada, como haría un animal herido, sin saber qué le había sucedido.

No. Vete al carajo. Es demasiado tarde, te odio.

Y, sin embargo, no supo decir que no.

Le pedía a Alyce que se reuniera con él a la noche siguiente en un restaurante griego a cierta distancia de la universidad, un lugar al que nunca la había llevado, con poca luz, casi desierto, donde era improbable que nadie de la universidad los viera juntos.

Se había enterado, le soltó Simon, a bocajarro y sin preámbulo, de dos cosas sobre el poeta visitante Roland B___: el hombre estaba en el hospital, y Alyce, una de sus alumnas, lo visitaba a diario.

Alyce asintió de forma evasiva.

—¿Y por qué harías algo así?

—¿Por qué?… Soy su ayudante.

—¿Su ayudante? ¿Desde cuándo?

—Y su documentalista.

—¿Su documentalista?

Simon miró a Alyce con incredulidad.

—Eres estudiante universitaria; no sabes nada sobre archivos ni bibliotecas. ¿Por qué te iba a contratar?

La cara de Alyce ardía de resentimiento y malestar. Esa misma pregunta también se la había hecho ella más de una vez.

—¿Conocías a ese Roland B___ antes? —preguntó Simon.

—Antes…

—Cuando tú… cuando nosotros… cuando nos conocimos…

—Te lo dije: es profesor mío.

—Quiero decir: ¿eras su ayudante entonces?, ¿su documentalista? Yo no tenía la impresión…

Alyce nunca había visto a Simon Meech tan desazonado. Ya no era tan elocuente ahora, sus maneras no parecían serenas y frías como cuando se hallaba delante de un auditorio. Cuando, en el restaurante, ella se acercó a la mesa donde estaba sentado Simon con un vaso ante él, vio cómo la recorría con los ojos con un gesto casi de sorpresa, como si hubiera olvidado, o hubiera querido olvidar, el aspecto que tenía. Daba la impresión de que él ni siquiera se había afeitado ese día, o se había afeitado sin esmero.

Habían transcurrido cinco semanas desde la última vez que Simon se había llevado a Alyce a su apartamento. Cinco semanas desde que había hablado con ella. En ese tiempo, ella había faltado a varias clases de Filosofía y no había entregado un trabajo. Él podría haberse preocupado por ella, su salud, su bienestar, lo que le estuviera sucediendo en la vida, pero en su rostro fruncido Alyce comprendió que su preocupación no era por ella, sino por sí mismo.

Se acercó un camarero. Simon sacudió la cabeza, irascible, sin mirar al hombre, como indicándole: «Váyase. Esta es una conversación privada».

—¿Cuándo empezaste a quedar con ese Roland B___ fuera de clase? Eso es lo que te estoy preguntando.

—¿Por qué me estás interrogando, Simon? ¿Qué más te da?

Incluso la manera en que ella pronunciaba su nombre: «Simón». Le resultaba sorprendente, ya que ella apenas se había atrevido a llamarlo por su nombre anteriormente.

—Vámonos de aquí. Será mejor que hablemos en un lugar privado.

—¿En tu apartamento? No.

—No, allí no. Tengo un coche…

Simon casi le estaba implorando. Ella se preguntó qué sabía o podía adivinar.

Cuánto le costaba a él hablar. Y qué asombroso le resultaba a Alyce oír al hombre pronunciar palabras con las que ella podría haber fantaseado semanas atrás, cuando él le importaba de verdad.

Acercó la mano hacia la de Alyce. La estrechó. Como pocas veces había hecho cuando se hallaban a solas. Con voz vacilante, balbuceó lo mucho que la había echado de menos. Había pensado que era más sensato, por ella, por los dos, dejar de verse, pero…:

—Quería llamarte. No sabía muy bien qué hacer, Alyce.

Pero ¿acaso la amaba Simon? Rápidamente, en su estado de aturdimiento, Alyce se imaginó que estaba escuchando la palabra «amor».

Miró fijamente sus manos. Le entraron unas ganas locas de retirar su mano de la de Simon. Sin embargo, él la estaba agarrando con fuerza. Tal y como Roland B___ la había sujetado a veces, como si estuviera desesperado.

¡Menuda farsa era todo aquello! Que le dijera ahora a Alyce lo mucho que la echaba de menos, cuando ella ya no le echaba de menos a él.

—No pensaba que yo te importara, Simon. Ni siquiera pensaba que te gustara.

Habló casi con rencor, con un tono infantil. Esas horas de dolor, vergüenza y desesperanza, cuando ella de verdad había deseado morir, dejar de existir sin el esfuerzo y el dolor del suicidio: el hombre debía pagar por todo aquello.

—Eso es una tontería. Seguro que se me notaba: que sentía algo especial por ti. No estoy acostumbrado a abrirme en canal como lo hacen los poetas.

«Poetas». La palabra sonaba a burla en la boca de Simon. A Alyce le extrañó que recordara que ella era poeta, o esperaba serlo.

Afortunadamente, nunca se había atrevido a enseñarle ninguno de sus poemas (de amor), ni Simon había reclamado leer ninguno.

Tenía que marcharse, le dijo Alyce. Debía regresar al hospital. Había pasado allí gran parte del día y solo había vuelto al campus brevemente para recoger el correo de Roland B___ y otras pertenencias…

—¡Por Dios, Alyce! ¿Qué eres para ese hombre? ¿Cuántos años tiene? ¿Setenta? Te está utilizando, explotando.

—No tiene setenta años. Tiene sesenta años… apenas.

—¡Chorradas! Estás haciendo todo esto por despecho, para hacerme daño.

Simon habló con rabia y resentimiento. Su rostro se iba acalorando como si tuviera fiebre. Aquello era una nueva y áspera familiaridad entre ellos, que a Alyce le habría parecido asombrosa de haber tenido más tiempo para contemplarla.

Repuso con terquedad:

—Está solo. No tiene a nadie más.

—¡Por supuesto que tiene a alguien más! Seguramente tenga una esposa en alguna parte e hijos adultos. Solo se está aprovechando de ti.

Alyce no quería soltarle: «Sí, pero también me quiere. Yo me estoy aprovechando de su amor».

Todo parecía indicar que no iban a comer juntos en el restaurante griego. Un camarero permanecía pendiente de la mesa, aunque Simon lo ignoraba, cada vez más distraído.

Ni una comanda, ni siquiera bebidas. A menos que Simon hubiera tomado algo antes de que llegara Alyce.

Comenzó a suplicarle. Le pidió perdón. Estaba muy arrepentido por su poco juicio. ¿Lo perdonaría Alyce? ¿Intentaría perdonarlo? ¿Volvería a verlo?

No. Nunca.

¡Adiós!

Se disponía a marcharse, retiró su mano de la suya (sudorosa), y, al sentir lástima por él, el gesto en su rostro delgado y enjuto, su quebrado orgullo de Kinch, Alyce estuvo a punto de regodearse:

«Ahora ya sabes lo que es que te rechacen y te humillen».

Simon le preguntó si podía llevarla al hospital, al menos. Podrían hablar por el camino. Ella le debía eso, al menos, cabría pensar.

¡Le debía! No.

Al ver el gesto de Alyce, rectificó rápidamente:

—Me refiero a que… como… como hemos significado algo el uno para el otro… Al menos eso creía yo.

Alyce sintió de nuevo una oleada de lástima y compasión por el hombre herido. No pretendía hacerle daño, tal vez. No estaba pensando en ella, sino en sí mismo: no en la debilidad de Alyce, sino en la suya propia.

Simon era un hombre joven: aún no había cumplido los treinta. Debido a que había pasado varios años en el seminario no había acabado de madurar: sabía poco de la plenitud de la vida. Antes de Alyce, no había tenido ninguna amante. Parecía incomodarle tocar y que le tocaran. Sin embargo, Simon era mayor que Alyce Urquhart y le llevaba al menos diez años. Un miembro (masculino) de la facultad de la universidad que mantenía una relación inadecuada con una estudiante universitaria (femenina).

Alyce supuso que tenía en su mano el poder de destrozar su carrera. Si lo denunciaba al decano de estudiantes, si describía cómo la había coaccionado sexualmente, tal y como lo entendía ahora, su timidez y cómo él la había intimidado. *Y el embarazo. ¡Si lo contara!*

Transigió, sí, está bien. Podía llevarla al hospital si quería. Y podían hablar:

—Aunque, sinceramente, no creo que tengamos nada de que hablar, Simon.

Expuso aquello con mucho arrojo. Nunca en la rabiosa desesperación de las semanas anteriores, se habría imaginado Alyce capaz de soltarle tal frase al hombre que la había dejado preñada y la había abandonado.

Estaban de pie junto a la mesa del restaurante. El local estaba casi desierto. Simon parecía a punto de abrazarla, pero titubeó.

De camino al coche por una calle ventosa y azotada por la nieve,

Simon le dio las gracias. Su voz sonaba eufórica y emocionada. Ella había olvidado la estatura del hombre: era unos centímetros más alto que ella. No recordaba la intensidad que él era capaz de mostrar a veces, tan diferente de su elocuencia tranquila y cortante.

Estaba considerando regresar al seminario, dijo Simon. Estaba negociando su contrato en la universidad para el curso siguiente. De hecho, existía la posibilidad de un contrato de tres años o ser profesor titular. Pero ya no estaba seguro de querer la plaza fija ni hacer carrera en la universidad.

—El mundo laico, el mundo civil, es… frágil. Todo parece plano. Descolorido.

Simon habló con una amargura que sonaba un poco a desencanto. Miraba a su alrededor, como si viera en ese mismo lugar, que a Alyce le parecía tan sólido, lo anodino, bidimensional y vacío que era el mundo. Ella intentó ver el mundo como lo veía él, pero no lo logró.

—Es Dios el que se ha esfumado. El sentido de mi vida.

En el coche, mientras él conducía, Alyce se sintió profundamente conmovida de que Simon Meech le hablara de esa manera. Pensando en voz alta. Desnudando su alma.

Las calles habían sido despejadas de nieve hacía poco. El aire gélido no se movía, y lo que Alyce alcanzaba a ver del cielo nocturno aparecía iluminado por una preciosa media luna, pero Simon, al volante del vehículo, que temblaba y se estremecía, no parecía percatarse de ello. Demasiado tarde cayó en la cuenta de que debía de haber estado bebiendo antes de que ella llegara; había pagado la cuenta de forma apresurada al salir del restaurante.

—Creo que puedo recuperarlo. A Él. Si vuelvo a donde estaba antes de salir del seminario. La persona que yo fui.

«Él». Qué manera tan curiosa de referirse a Dios. Como si se tratara de un compañero con el que el seminarista se llevara especialmente bien.

—No todo el mundo quiere vivir en el mundo seglar. Algunos de nosotros demandamos un ambiente diferente.

Alyce se oyó a sí misma murmurar:

—Sí.

Tal vez estaba decepcionada. Simon no la amaba después de todo. No había lugar para el amor terrenal en su corazón monacal.

—Creo que tenemos que hablar, Alyce. Creo que no me lo has contado todo.

Habló con voz tranquila. Pero Alyce percibió la cólera que bullía por debajo.

En lugar de llevar a Alyce directamente al hospital, Simon había tomado un rodeo, que implicaba cruzar un puente sobre un río ancho y oscuro flanqueado por mandíbulas dentadas de hielo.

Alyce protestó débilmente, pero Simon prometió que no la retendría mucho tiempo.

Se alejaban de la ciudad. Hacia el campo. El pie de Simon pisaba el acelerador, errático y agresivo. Alyce permaneció sentada, muy quieta, mirando la carretera que desfilaba a toda velocidad ante sus ojos. Comenzaba a entender que era bastante probable que hubiera cometido un error.

Salir del restaurante con Simon en lugar de marcharse rápidamente. Acompañarlo hasta su coche aparcado en una calle lateral. Subir al coche, en el que nunca había montado antes, por un (vago y pesaroso) deseo de aplacar al hombre al que (la había animado a pensar él) ella había hecho daño.

—Estás embarazada, ¿verdad? Por eso me has estado evitando.

En la oscuridad del campo, le lanzó la pregunta como quien no quiere la cosa, mirándola de reojo, con una sonrisa de satisfacción.

Alyce se quedó atónita, sin palabras. Que Simon le hubiera hecho tal pregunta. Nunca había imaginado que Simon Meech fuera capaz de pronunciar la palabra en voz alta: «embarazada».

—N… no…

—¿Qué quieres decir con no? ¿Que no estás embarazada o que no me has estado evitando?

Alyce mantuvo la mirada clavada en la carretera que seguía desfilando ante sus ojos. Sus pensamientos palpitaban, frenéticos.

No se le ocurría qué responder.

—Bueno, ¿lo estás? Mírame. Contéstame.

—Yo… no estoy…

Se dio cuenta entonces de que no quería que el hombre lo supiera. No este hombre.

No porque fuera a dejar de quererla. Él no la amaba ahora. Sino porque él pudiera querer hacerle daño, como un enemigo.

—¿De cuánto? ¿De cuánto tiempo estás?

Rozaba el escarnio. Estaba furioso. En el restaurante, no había dejado de mirarla de soslayo. Y ahora le clavaba esa mirada de reproche e incredulidad.

El cerebro de Alyce se activó de inmediato. Necesitaba encontrar la manera de responderle y calmarlo. Un hombre enfurecido junto a ella en un vehículo que la arrojaba a toda velocidad hacia el campo nevado.

El pie de Simon pisaba el pedal del acelerador y lo soltaba, lo volvía a pisar y soltar una y otra vez. Le ha preguntado varias veces de cuánto tiempo estaba, de cuánto tiempo estaba «embarazada», y Alyce ha logrado balbucear que no estaba, no estaba «embarazada». Pero seguía preguntándole «de cuánto tiempo» estaba.

No había echado las cuentas. Mientras la duración del embarazo se mantuviera imprecisa, mientras no estuviera apuntada en ningún calendario, no le había parecido del todo real, ni siquiera cuando su vientre había comenzado a hincharse y abultarse. Ni siquiera cuando sus pechos se estaban convirtiendo en los senos más orondos y más suaves de una extraña.

¿Cuántos kilómetros recorrió Simon campo a través, lejos de la ciudad iluminada? Alyce no tenía una idea clara de ello. Veía sus manos en el volante, tan apretadas como dos puños.

Ni siquiera sabía que tuviera coche. Quizá el coche no fuera de Simon, sino uno prestado para la ocasión.

Al fin llegaron a una zona parcialmente despejada de nieve. Largas franjas blancas se amontonaban, dejadas por una pala quitanieves. Parecía un pequeño aparcamiento, un área de descanso con los baños cerrados, al lado de la carretera estatal y con vistas al

río.

¿Había planeado llevarla allí? Alyce se lo estaba preguntando. No le parecía una casualidad que el coche de Simon se hubiera detenido en ese lugar remoto.

Ha traído a otras chicas aquí. Siempre ha sido su intención desde el principio.

Le estaba diciendo a Alyce que sabía cuál era la situación, pero que quería oírlo de su boca. Con sus propias palabras.

—No fue un accidente, ¿verdad? Lo sabías. Lo estabas buscando.

Ella no entendía muy bien de lo que estaba hablando. Pero la ira que rezumaba no daba lugar a dudas.

—¿Fue así? ¿Lo hiciste aposta? ¿Me utilizaste? ¿Para atraparme? ¿O por alguna razón tuya que desconoces, de lo tonta que eres?

Alyce se humedeció los labios. Negarlo, gritar *no*, sería una confirmación de su sospecha, un error.

Ella no le rogaría que la llevara de vuelta a la ciudad. No le suplicaría. Desesperada, calculó lo rápido que debía actuar para salir del coche antes de que fuera demasiado tarde.

—No tengo la intención de dejar que me destroces la vida, Alyce. Nadie va a hacer eso. Si…

Alyce asió el picaporte del coche y logró abrir la puerta antes de que Simon consiguiera detenerla. Sorprendió al hombre, mostrándose veloz y fuerte, apartando su mano nerviosa.

Porque había parecido callada y pasiva. Porque no se había resistido. La había subestimado, no tenía ni idea de lo astuta que era.

Afuera, el aire frío y húmedo le azotaba la cara. Corría, se resbalaba en el pavimento helado mientras el hombre la perseguía, con un paso sorprendentemente rápido, más veloz de lo que Alyce habría pensado nunca que fuera capaz el monacal Kinch. Se acercaba a ella por detrás, desquiciado y maldiciendo, hasta que, de pronto, estuvo lo bastante cerca como para pegarle un puñetazo, un golpe fulminante que la habría derribado si ella no se hubiera movido, agachándose de forma instintiva ante él, en silencio, con los

dientes apretados, a sabiendas de que no debía enfurecerlo más gritando, y no debía malgastar el resuello.

Pero ahora se ha desplomado, cayendo pesadamente sobre el suelo helado. Y el hombre encima de ella, con el rostro lívido y contraído. Sin dejar de darle patadas. Gruñendo y soltando improperios. Mientras ella intenta protegerse la cara y la cabeza. Él le propina más patadas en la espalda, los costados y los muslos. Intenta darle la vuelta para golpearle el vientre. «Zorra. Puta. Lo hiciste a propósito. Te mataré».

La furia del hombre se ha desatado en un santiamén. Como cuando la había tocado por primera vez semanas atrás. Había notado el repentino estallido de deseo en el hombre, como una llamarada recorriéndolos a los dos, ambos indefensos e incapaces de contenerla. Mientras piensa: *Esto no puede estar pasando. Él no me haría… no…*

El hombre solloza con furia. Oh, no era su intención *patearla*.

Es culpa suya, culpa de la mujer. Incita a que sus pies la golpeen. No es culpa de él, sino de ella. Lo convierte en una bestia, cuando es ella, la hembra, quien es la bestia, el ser monstruoso. ¡Cómo podrá perdonarla!

Al ver que Alyce yace muy quieta en una parálisis de terror, deja de propinarle patadas. Agotado y jadeante, se rinde. Pero sin dejar de culparla:

—¡Tú! Esto lo has hecho tú. Maldita sea tu alma de puta; ojalá ardas en el infierno.

Es posible que Simon crea que esté muerta. O no… Simon se seca las lágrimas de los ojos y advierte que ella sigue respirando, aunque a duras penas.

Se aleja de la chica tendida en el suelo, asqueado. Alyce puede oírlo murmurar para sí:

—¡Jesús, María y José!

Es una súplica, la más sucinta oración católica para pedir ayuda y perdón.

Alyce gime, presa del dolor. El hombre ha regresado a su coche. Ahora se marchará y la abandonará en ese lugar helado.

La cabeza le palpita, se le nubla la vista. Más tarde descubrirá que se ha roto el cartílago de la nariz; la sangre fluye mansamente. Muy cerca de su cara, riachuelos de hielo, como venas. La sangre caliente —no caliente, sino tibia— se congelará al entrar en contacto con el hielo si se deja vencer, si permite, como tanto desearía, quedarse dormida.

Tumbada en el suelo, intenta respirar. Yace justo donde él la ha arrojado. Donde él se ha quedado dándole patadas en el vientre y el pecho. Apenas puede respirar del dolor tan fuerte que siente. Tiene las costillas Asuradas, rotas. Enormes moratones en el pecho y el vientre. La cara ensangrentada, la nariz rota. Un diente mellado, aplastado en la encía. Quería matarla, pero no la ha matado. Ha querido matar a lo que sea que esté creciendo dentro de ella, al ser vivo, al *bebé*, pero no lo ha conseguido.

Arruinándole la vida a Simon. El *bebé* es el que le arruinará la vida.

Alyce piensa todas esas cosas. Con calma y casi con frialdad, como si (ya) estuviera flotando a cierta distancia por encima de sus cabezas, observando la abyecta figura tirada en el suelo (la suya) y la figura agachada sobre ella (Simon Meech) y alejándose después.

Sigue tumbada muy quieta, en un artero gesto de desesperación. Con la esperanza de que el hombre se marche y la deje sola. Y con el deseo de que el motor del coche cobre vida con el pie del hombre pisando el acelerador.

Pero entonces oye sus pasos, tambaleantes y erráticos sobre la nieve dura, como los de un hombre ebrio. ¿Regresaba para asesinarla? Para entonces, Alyce ha logrado levantarse del suelo. Se siente mareada. Está de rodillas. Su rostro aturdido está ensangrentado; no es consciente de que tiene cortes en la cara. Ni de que tiene un diente roto en la encía, ya que no siente la mandíbula inferior. Un puñetazo en la cara, el tacón de la bota del hombre en la cara. En *su cara*, que era tan valiosa para ella.

El hombre, enfurecido y fuera de control, vuelve hacia ella. Es el Kinch monacal, no puede evitarlo. Como quien no tiene más remedio que aplastar un escarabajo con el pie, no puede confiar en

que el escarabajo, gravemente herido, expire por su propia voluntad; una cosa repugnante que debe machacar hasta que se desvanezca en el olvido. Y Alyce procura a tientas aferrarse a una roca demasiado grande para su mano, una piedra del tamaño de un puño y cubierta de hielo, mientras el hombre se inclina sobre ella, con la respiración jadeante, para golpearla, agarrarla y cerrar los dedos alrededor de su cuello.

No sabe lo que está haciendo. Tiene los dedos alrededor del cuello de la chica y aprieta y aprieta. No estaba planeado. No estaba premeditado. Casi hay inocencia en todo ello. Pero Alyce le golpea el rostro con la piedra, con furia. De alguna manera esto ha sucedido. Apenas es capaz de sujetar la roca con la mano; sin embargo, Alyce reúne todas sus fuerzas para impactar con la piedra en su cara burlona. En los ojos y el puente de la nariz; nota el chasquido del hueso y siente, o imagina que siente, la sangre húmeda y caliente del hombre chorreando por sus dedos. Por su propio rostro. Lo oye gritar de rabia, incrédulo.

Huye de él, cojeando. Victoriosa.

Victoriosa, lleva su vida como quien llevaría una antorcha, al abrigo del viento. Su vida, y la preciosa vida dentro de ella, como una antorcha, una llama trémula protegida del aire por su cuerpo encogido que huye corriendo.

Y detrás de ella el hombre que la llama. Suplicando:

—¡Aly-ce! ¡Aly-ce! ¿Dónde estás? ¡Vuelve, no hablaba en serio! ¡Aly-ce!

Envalentonada. Cuando, tan solo unos momentos antes, se había sentido débil y paralizada. Débil, como si los tendones de las piernas estuvieran seccionados. Como si las vértebras de la parte superior de su espalda estuvieran rotas. Como si la arteria carótida hubiera sido cercenada por un cuchillo invisible empuñado por la mano del asesino, pero una nueva fuerza fluye en ella. Corre hacia un campo nevado al otro lado del aparcamiento. Hay bancos de gruesa nieve dura. Unos caminos se abren por la nieve, pisoteados por innumerables pies. Pero la superficie de la nieve está helada, es traicionera. Se ha derretido y vuelto a helar. Se ha fundido y congelado de nuevo enseguida. Alyce se desliza colina abajo

hacia un barranco de piedras y rocas. Piensa que oye agua goteando en medio de columnas de hielo.

La voz del hombre se eleva más débil ahora. Un intento de risa:

—¡Aly-ce! ¡Solo estaba bromeando!

Se esconde en el barranco. Un barranco empinado y cubierto de nieve. Pero, bajo la nieve, hay residuos domésticos: sillas rotas, un sofá, una alfombra manchada. Los restos óseos de un pequeño animal: un mapache o un perro. El hombre entrará con el coche en el parque siguiendo el largo y sinuoso camino, llamándola:

—¡Aly-ce! ¡Cariño! ¡Te quiero, solo estaba bromeando! ¡Vuelve!

Ve, o cree ver, los faros del vehículo en la carretera, hasta que al fin las luces se desvanecen y el viento amaina.

Sale del escarpado barranco cubierto de nieve. Se agarra a las rocas con las manos ensangrentadas. Mientras, nieva sin cesar y la temperatura desciende a dieciocho grados bajo cero.

¡Cuánta quietud reina en la nieve que cae mansamente entre las rocas! El anhelo, la tentación de tumbarse y dormir.

Ocho kilómetros hasta la ciudad. Camina, tambaleante, hacia la carretera principal; cojea a lo largo de la calzada con el tráfico de frente. La ciegan los faros, le duelen los ojos donde él le ha dado patadas, puñetazos y más golpes, hasta que finalmente un automovilista se detiene para recogerla.

¿Llama a una ambulancia?… Pero no, Alyce insiste en que no.

Ella va al hospital, no hace falta una ambulancia.

¿Llama a la policía?… Pero no, Alyce insiste en que no.

Un hilo de sangre le cae entre las piernas. No es una sensación de calor, sino de frío. Comienza en la parte alta del vientre; más arriba aún, en la zona del corazón. Entre sus muslos apretados, caen coágulos pegajosos, que ella espera no traspasen su ropa sobre el asiento de vi ni lo del coche del desconocido. Piensa: *Estoy viva. Eso es lo único importante*.

Se siente eufórica al pensar que sí. Eufórica y agradecida al conductor por el viaje. Le dice:

—Gracias. ¡Te lo debemos todo!

En el hospital, es casi medianoche. A esa hora, la entrada principal del edificio se encuentra cerrada, el vestíbulo está a oscuras y debe ingresar por la zona de urgencias, en un lateral del edificio.

A pie, pisa la nieve recién caída. Afortunadamente Alyce lleva botas. Lleva caminando horas, tambaleándose sobre la nieve, que se ha ido acumulando, con un grosor de doce o quince centímetros. Los copos de nieve se derriten según caen en su piel caliente. Se echa a reír, como haría un niño pequeño, al comprobar que detrás de ella no hay huellas en la nieve recién caída que va desde la acera hasta la entrada de urgencias.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? ¡Déjenme pasar, por favor!

Para sorpresa de Alyce, las puertas automáticas se niegan a abrirse. ¿Estarán cerradas desde dentro? Mira por el cristal de la ventana, desconcertada.

Pero sí, está en urgencias. La zona de admisión de urgencias. Donde habían llevado a Roland B___ en una camilla. Una Alyce interior no se había dado cuenta deque lo ha memorizado como quien memoriza un poema, inconscientemente.

Pero al fin se acerca alguien para abrir la puerta. Un sanitario con camisa blanca de nailon y pantalones. Alyce no lleva documentación encima: su bolso con los libros y su cartera se han quedado a kilómetros de allí. Cayeron al suelo en el coche del hombre, o al suelo helado cuando huyó aterrorizada, temiendo por su vida, hasta que la encontró un equipo quitanieves ya por la mañana.

Al principio no quieren admitirla en urgencias, pero luego deciden hacerlo.

Explican a Alyce con cuidado que acceda por una escalera trasera hasta la quinta planta, donde Roland B___ la está esperando.

—¿Eres su… nieta?

—¡Sí! Soy su nieta —responde Alyce, riéndose—. Me está esperando. No se habrá dormido sin mí.

Cuando estaba viva, algo así la habría hecho avergonzarse profundamente. Y la sensación de frío que se escurría entre sus

piernas le habría causado mucho pudor, si alguien la hubiera visto. Ahora, está agradecida de estar ahí. Porque nada más importa, Alyce lo ve claro ahora. El anciano poeta la está esperando. Estarán juntos, él la cuidará y protegerá.

En la quinta planta. Las escaleras la han dejado sin aliento; no hay ascensores a esa hora de la noche. Se ha quedado sin resuello por la premura. El pasillo está desierto. ¿Dónde está el personal de enfermería? Las puertas de varias habitaciones están entreabiertas. Y la puerta de la habitación quinientos veintiséis permanece abierta con un haz de luz cegador en el interior.

—¡Alyce, querida! Cariño mío. ¿Dónde estabas? Mi preciosa chica fantasma, te echaba de menos.

En la mañana del 11 de diciembre de 7972, unos excursionistas hallaron el cuerpo de una joven en un barranco cubierto de nieve, en una zona boscosa del Parque Estatal Tecumseh, ocho kilómetros al norte de Bridgewater. Las primeras hipótesis apuntaban a que la joven había muerto estrangulada, ya que presentaba múltiples magulladuras en el cuello, así como en otras partes del cuerpo, pero el forense del condado de Tecumseh ha dictaminado que la causa principal de la muerte es la hipotermia.

Identificada posteriormente como Alyce Urquhart, de diecinueve años, originaria de Strykersville, Nueva York, estudiante de segundo curso en la universidad, se cree que la víctima fue abandonada inconsciente por su agresor o agresores en un barranco, hasta que murió congelada cuando la temperatura se desplomó hasta alcanzar una mínima de dieciocho grados bajo cero durante la noche.

Si en algún momento han existido huellas de neumáticos en la calzada y en el aparcamiento cerca del barranco, una nevada de doce centímetros las ha borrado.

La joven fallecida estudiaba un grado en la Facultad de Artes y Ciencias de la universidad. Según se ha informado, sus compañeras de la residencia universitaria han quedado

conmocionadas por la noticia de su muerte y han tenido palabras de respeto y admiración hacia ella: se notaba que Alyce era una estudiante muy responsable. Las demás solíamos salir por ahí, pero Alyce nunca. Siempre estaba en la biblioteca. (Al menos, pensábamos que siempre estaba en la biblioteca. La veíamos salir a toda prisa después de clase; decía que iba a estudiar a la biblioteca, donde podía estar tranquila, y no volvía hasta medianoche).

No, Alyce no tenía novio ni un amigo especial. Nunca se la vio en fiestas de estudiantes ni en ningún otro sitio con un chico.

Durante su primer año en la universidad, Alyce Urquhart había obtenido altas calificaciones y aparecía en el cuadro de honor. Sus actuales profesores han testificado que la joven había sido una alumna extraordinaria hasta mediados de noviembre, cuando sin ninguna explicación dejó de asistir a clases de manera regular y de entregar los trabajos. Su profesor de Filosofía, el Dr. Simon Meech, aseguró a la policía que Alyce Urquhart había realizado un trabajo «por lo general muy notable» en su asignatura de Introducción a la Filosofía.

No, no había mantenido ninguna relación personal con la víctima. Solo se había dado cuenta de que ella era uno de sus alumnos cuando leyó el artículo «sobrecogedor y trágico» en la portada del periódico local, comprobó el nombre en su lista de alumnos y descubrió que Alyce Urquhart estaba en esa lista.

El Dr. Meech comenzó a reparar en que la señorita Urquhart faltaba a clase cuando no le entregó un trabajo a principios de diciembre. No le había dado al profesor ninguna explicación, y no hubo ningún contacto entre ellos. «Nuestros estudiantes universitarios son adultos, y los tratamos en consecuencia —explicó el Dr. Meech—. Deben responsabilizarse de asistir a clase y terminar los trabajos de las asignaturas».

Sí. La fallecida había entregado un trabajo de calidad inusual para una estudiante de Filosofía, y sobre todo para una mujer tan joven.

Los agentes de policía de Bridgewater prosiguen con la

investigación del suceso, que ha sido calificado de homicidio. Por el momento, no hay sospechosos. Cualquier persona con información que pudiera resultar útil para el esclarecimiento del caso debe llamar a la comisaría de policía de Bridgewater al 518-330-2293.

MIAO DAO

1

Como un murciélago frenético que se precipita hacia su cara. No consiguió agacharse a tiempo.

Con el mismo cuidado, su madre dijo:

—No tiene nada que ver contigo, Mia.

Y luego hizo una pausa. Tomó una inspiración temblorosa. Porque mamá había estado encerrada en el dormitorio gran parte de la jornada mientras Mia estaba en clase, recluida toda esa tarde lluviosa, bebiendo un vino oscuro que le teñía los dientes y le endulzaba el aliento, y ahora arrastraba las palabras. Mia tenía que inclinarse hacia delante para oírla mientras procuraba, con enorme esfuerzo, no oler el aliento de mamá.

Repetía:

—Nada que ver contigo.

Por lo que Mia pensaba: *Nada. Conmigo*.

La noticia fue impactante. Como caminar sobre un suelo resbaladizo que comenzara a moverse y deslizarse.

Su padre (que había estado fuera doce días, en viaje de negocios, según le habían dicho) se iba de casa de manera definitiva, abandonaba a la familia. *Pero ¿por qué?*

Su madre le respondió con evasivas:

—Tu padre necesita estar solo ahora mismo. Te lo explicará él mismo en persona…

Pero papá no estaba allí para explicarlo. Mia no había visto a su

padre durante casi dos semanas, e incluso entonces, el último día, había llegado tarde a casa del trabajo, había faltado a la cena y había parecido distraído cuando Mia intentó contarle el proyecto que estaba preparando para su clase de ciencias sociales sobre las «tribus indígenas» que una vez habían poblado el valle de Allegheny («¿No deberías estar en la cama, cariño? ¿Qué hora es, maldita sea?»).

Inconfundible mirada de culpa, impaciencia. Los ojos de un hombre que quisiera desesperadamente estar en otro lugar.

«Es muy tarde para que estés levantada, ¿no tienes clase mañana? ¡Seguro que sí!».

Le habría gustado objetar que no era *ninguna niña tonta*. Tenía doce años y era muy madura para su edad. (Lo decía todo el mundo).

Y una chica lista, una de las estudiantes más brillantes y con más talento de séptimo curso, aunque era curioso que Mia, por alguna razón, no había advertido —a menos que sí se hubiera dado cuenta, pero hubiera decidido no reconocerlo— que papá había llevado sus cosas del dormitorio conyugal de la planta de arriba a la «habitación de invitados», en la parte trasera de la casa, que tenía su propia entrada independiente.

¿Cuándo se había mudado papá a la habitación de invitados? Francamente, Mia no habría sabido decirlo.

Como tampoco pareció darse cuenta de que los abrigos y las chaquetas de papá habían ido desapareciendo paulatinamente del armario del vestíbulo. Bueno, era posible que los ojos de Mia hubieran percibido que comenzaba a haber más espacio en el armario, pero su cerebro, no. No exactamente.

—Nos casamos demasiado pronto. Un error.

La madre no pudo evitarlo: esas palabras escaparon de sus labios como murciélagos desquiciados. Incluso mientras sus manos revoloteaban sobre Mia como para protegerla. Para sujetarla con fuerza.

La voz tranquila, sosegada y fría le llegaba a Mia muchas veces: *Tú eres la razón por la que se casaron demasiado pronto. Tú eres el error*.

Tú eres el motivo por el que papá se marcha de casa.

—No pienses en él. Piensa en *nosotros*.

La madre de Mia habló con voz animada y con determinación. Porque había que consolara los niños (los hermanos pequeños de Mia).

Ni Randy ni Kevin parecían entender que papá se había *ido*. Era exasperante que, aunque se les había contado, y el propio papá había tratado de explicárselo, papá no fuera a volver.

Aturdidos, pestañeaban lentamente. Lloriqueaban entre resoplidos e hipidos. Después, berrearon y estallaron en una rabieta. Dieron patadas al sofá. Zapatearon con fuerza en las escaleras.

¡Ay, Mia sentía lástima por los chicos! Pero los evitaba.

Tenía doce años, casi era adulta. (Eso creía). Unos pequeños y maleducados mocosos de seis y cuatro años estaban muy por debajo de su nivel.

Al menos Mia tenía su propia habitación y podía cerrar la puerta (si es que no echaba el pestillo). Randy y Kevin compartían cuarto. A través de la pared podía oírlos parlotear y pelearse sin cesar, como dos pequeños roedores.

—Intenta ser buena con tus hermanos, Mia. La marcha de papá es algo muy duro para ellos.

Mia se puso rígida; se sintió dolida. Pero no protestó. *¿«Duro para ellos»? ¿Y yo qué?* Decidió que nunca más volvería a confiar en su madre. Porque su madre jamás se preocupaba por ella.

Aun así, Mia y su madre preparaban las comidas y las cenas juntas. La cocina era un espacio con mucha luz. Una calidez emanaba de las encimeras de tono calabaza y del suelo de azulejos mexicanos de color teja. La misma calidez se desprendía de las luces del techo. Lustrosas sartenes de cobre en exposición; los caros cuchillos japoneses de su padre. Detrás de las puertas acristaladas de la alacena se veían platos italianos de colores vivos y copas resplandecientes.

—Nos casamos demasiado pronto. Llegaste demasiado pronto.

A menudo la madre hablaba con voz queda. Como si estuviera sola y su hija no estuviera allí, a su lado.

Después, al ver la mirada sobrecogida y triste en los ojos de su

hija, la madre rápidamente rectificaba:

—Por supuesto que no es culpa tuya.

—¿Alguien ha estado tocando mis cuchillos?

La pregunta infundía miedo en el corazón de los niños.

Aunque, desde luego, ninguno de los niños había tocado los caros cuchillos japoneses del padre. (¿Lo había hecho mamá? De ser así, mamá no se habría olvidado de dejar el cuchillo en su sitio, en el soporte magnético).

El año anterior, Mia había comenzado a notar que, a menudo, su padre estaba distraído, inquieto. Apenas llegaba a casa, tenía que hacer una llamada telefónica «urgente»: no podía sentarse a cenar en ese momento. Se quejaba del «desorden» que había en la casa, pero se oponía a que la madre de Mía «tocara sus cosas» ahí donde las había dejado tiradas. Le disgustaba, en especial, que los enseres estuvieran fuera de su sitio en la cocina: podía detectar si uno de sus cuchillos japoneses estaba un poco torcido, aunque solo fuera un poco, ya que aquello podría significar que alguien lo había estado usando sin tener la menor idea de cómo debía utilizarse, poniendo así en peligro la afilada hoja.

A Mia le desagradaba mirar los resplandecientes cuchillos; la afilada hoja parecía dañarle los ojos. Pero hallaba cierto consuelo en los mangos de ébano tallados a la perfección.

Lo máximo a lo que Mia se había atrevido, sin que nadie lo presenciara, era a cerrar el puño sobre el mango de uno de los cuchillos sin sacarlo del soporte magnético. ¡Qué sensación tan extraña!: el ébano tallado se notaba caliente, como si otra persona lo acabara de empuñar.

Cuando el padre de Mia regresó a por el resto de sus pertenencias, se enfureció al descubrir que faltaba uno de los caros cuchillos. Acusó a la madre de Mia de extraviarlo, pero la mujer protestó, alegando que seguramente lo habría perdido él mismo. Así que el padre de Mia se marchó, para siempre, en un estado de ánimo de amargura y animosidad.

Cuando Mia volvió del instituto ese día, lo primero que advirtió fue que los brillantes cuchillos japoneses habían desaparecido de la cocina; el lugar donde solían estar colgados presentaba ahora un terrible vacío.

Mia no era capaz de recordar cuándo supo por primera vez de la existencia de los «gatitos salvajes» del descampado de al lado de su casa. Es posible que oyera a alguien hablar de ellos («los gatitos salvajes que no tienen hogar»).

Más tarde, Mia escucharía el término más preciso: «gatos ferales».

Una colonia de gatos ferales que vivían en la espesa maleza de un solar que parecía no ser de nadie, y al que llamaban el callejón sin salida.

Al principio, no vivían muchos gatos ferales en el callejón sin salida. Con el tiempo, su número fue en aumento.

Se había convertido en el secreto de Mia; se detenía para visitar a los gatos salvajes en su camino a casa cuando volvía del colegio. Porque su padre estaba en contra de los gatos y se mostraba particularmente indignado de que varias personas del vecindario les dieran de comer de manera habitual. Para él eran «gatos callejeros, sucios y que transmitían enfermedades. Podían contraer la rabia. Alguien debía avisar a los del servicio de control de animales para que los atrapasen y les practicaran la eutanasia».

La palabra «eutanasia» le daba escalofríos a Mia. Cuando la oyó por primera vez, no sabía lo que significaba, así que se lo preguntó a su madre, pero pronunció mal la palabra: [auto-asia].

—Ay, Mia. Creo que quieres decir: [euta-nasia].

Su madre se rio de Mia, no con malicia, sino de un modo que la hizo sonrojarse y desear salir corriendo de la habitación. Durante muchos años, tuvo que soportar que sus padres les contaran a sus amigos que Mia, de pequeña, había confundido «eutanasia» con [auto-asia] y lo graciosísimo que era.

No, pensaba Mia. *No tenía ni pizca de gracia*.

Y ahora, en el año en que su padre había abandonado a su familia, Mia tenía la edad suficiente, desde luego, para saber lo que significaba «eutanasia».

Un término elegante para no decir «asesinato». Lo mismo que les gustaría hacerme.

Su padre se oponía a que los «gatos callejeros» entraran en su propiedad, incluso cuando los gatos eran (como bien podía comprobar Mia) preciosos. De un lustroso color negro, de color caramelo o blancos con muchas manchas. Gatos atigrados. Gatos de color gris acero. Un gato atigrado de pelo largo y anaranjado con un precioso rabo en forma de pluma torcida.

Salvo cuando se observaba a los gatos de cerca; entonces, por lo general, ya no parecían tan hermosos: probablemente sus ojos mostraban pegajosas legañas, el pelo aparecía enmarañado y sarnoso, los cuerpos tan famélicos que la forma de las costillas resultaba visible a través del pelaje. Visto a corta distancia, el atigrado anaranjado, que parecía tan feroz desde la ventana de la habitación de Mia, presentaba mordiscos en las orejas y le faltaba un ojo.

—¡Ay! Pobrecito.

En secreto, Mia dejaba comida para estos gatos en la puerta trasera de su casa.

Pero muy pronto la comida acabó devorada por las ardillas.

Los gatos salvajes eran cazadores solitarios. A veces, Mia vislumbraba uno detrás de la casa, casi escondido, al atardecer. Con qué lentitud se movía, agazapado, en tensión, a punto de saltar. Apenas respiraba, observaba Mia.

Si fuera cazadora, pensaba, ella se movería igual por la hierba.

Sin embargo, un instante después, sin ninguna razón aparente que Mia pudiera determinar, el gato salvaje salía disparado hasta desaparecer.

Llamarlo «¡minino, minino, minino!» con voz amistosa no cambiaba nada. Los gatos salvajes no se fiaban de los seres humanos, por lo que no se fiaban tampoco de Mia.

A lo largo del año anterior, su padre había llamado al ayuntamiento para quejarse: ¿por qué pagaban los propietarios de

viviendas unos impuestos exorbitantes si se permitía reproducirse a animales callejeros con enfermedades a treinta metros de una casa como la suya? ¿Por qué no se le permitía disparar con un rifle a los gatos salvajes para proteger su propiedad?

La normativa urbanística prohibía la caza dentro del municipio. Disparar con un arma de fuego era delito.

Su jardín trasero lindaba con el solar abandonado, por lo que los gatos salvajes solían cruzar con cautela su propiedad para ir y venir al descampado. Mia oía a su padre gritar a los gatos: «¡Asquerosas alimañas! ¡Fuera de aquí!».

No era propio del padre de Mia mostrarse tan soliviantado. No solía estar así. Había comenzado un cambio terrible.

Al regresar a casa una noche, doblaron por el camino de entrada; el padre de Mia conducía, la madre viajaba en el asiento del copiloto, y Mia, Randy y Kevin estaban en la parte de atrás. De pronto, su padre aceleró justo cuando una forma blanca y difusa surgió delante del coche. Todos, salvo el padre, gritaron: «¡No! ¡No lo hagas!».

Se produjo un ruido sordo, un maullido estridente, pero, cuando Mia y su madre buscaron al animalillo, no lo encontraron. Tampoco había manchas de sangre en el camino de entrada ni en la hierba.

Ni en los arbustos junto a la casa, ni en el jardín trasero, ni en la zona boscosa al lado de la propiedad: ni rastro del animal.

El padre de Mia insistió en que solo pretendía asustar al maldito bicho, que no lo había golpeado, pero Mia no le creyó y se marchó llorando.

Se arrastró para morir. Solito.

Al padre de Mia le sacaba especialmente de quicio que varios «caritativos metomentodo» del vecindario dejaran comida y agua a los gatos salvajes, lo que, según afirmaba, solo haría que se multiplicaran más rápido y atrajeran a otras alimañas, como las ratas.

El padre salió a investigar. No vio a ningún gato. Pero encontró ollas de aluminio y cuencos de plástico que lanzó de una patada a la maleza.

Bueno, tal vez un fogonazo de gato. Debajo de un montón de restos de árboles que habían formado un refugio natural.

Una vecina, una mujer llamada señora Hansen, llevaba una bolsa de pienso para gatos para poner en las ollas, y, cuando se topó con el padre de Mia, intercambiaron algunas palabras.

El padre de Mia no estaba acostumbrado a que los demás, sobre todo, mujeres, se enfrentaran a él y no le dieran la razón. La señora Hansen no se amedrentó cuando el padre de Mia la reprendió por «asistir e instigar» una lacra pública; cuando levantó la voz, la señora Hansen alzó la suya. Desde la casa de Mia, su madre y ella oían las voces que iban subiendo de tono, disgustadas.

La madre de Mia apuntó, con risa nerviosa:

—¡Menos mal que tu padre no tiene escopeta!

Cuando el hombre regresó a casa, furioso y echando chispas, Mia se escondió en su habitación. No quería oír hablar a su padre con dureza amenazando a los preciosos gatitos callejeros; no quería ver su rostro encendido. Y, sobre todo, no quería oír a su madre dirigiéndose a su padre con voz tranquilizadora, intentando hacerle entraren razón. O a Randy y Kevin diciendo, emocionados, que, si papá les compraba una escopeta de aire comprimido, ellos podrían encargarse de ahuyentar a los gatos en su lugar.

—Gracias, chicos. Tal vez os tome la palabra, algún día.

Pero, finalmente, papá defraudó a los muchachos. Se largó sin tener en cuenta a los gatos salvajes, y, cuando regresaba los sábados (alternos) para llevarse a los niños por el día, nunca preguntaba por los gatos, ni por nada relacionado con la casa que había dejado atrás.

También era un secreto que Mia no compartía con su madre: visitaba la colonia de gatos salvajes. Porque mamá no lo habría aprobado.

Cada vez con más frecuencia, mamá estaba de un humor de perros. Hablaba por teléfono, sollozaba. O se enfadaba de repente sin venir a cuento y colgaba el aparato con brusquedad. Regañaba a los hermanos de Mia, que se pasaban el día peleando, dejaban los

juguetes tirados por cualquier parte y ponían la televisión demasiado alto. Miraba a Mia, que volvía del instituto sospechosamente tarde.

—¿Dónde diablos has estado? ¿Con *quién* andabas por ahí?

Mia se estaba volviendo sigilosa y astuta. Llevaba a los gatos agua y comida del frigorífico, cosas que su madre seguramente no echaría en falta. Un día se atrevió a coger chuletas de cordero del congelador, compradas en un primer momento para su padre y abandonadas en un cajón inferior, y las dejó en el suelo para que se descongelaran. Cuando volvió del instituto horas más tarde, la carne había desaparecido por completo; ni siquiera quedaban los huesos.

Varios gatos miraban a Mia con recelo. Cuanto más observaba ella, más gatos veía, todos a punto de escapar de nuevo entre la maleza al menor movimiento.

—¿Mininos? No tengáis miedo, soy vuestra amiga…

Escondido detrás de la rama de un árbol caído, camuflado entre la hojarasca, estaba el gato atigrado del ojo empañado y las orejas mordidas. Su pelo de color arena estaba revuelto y apelmazado.

¿Por qué íbamos a confiar en ti? No nos fiamos de ti.

De pronto advirtió, a solo unos metros de distancia, un gatito negro y escuálido, agazapado en la hierba, con unos ojos ámbar de llamativa belleza que la observaban con (lo que parecía) una mirada de esperanza, hasta que Mia hizo un movimiento como para acariciarlo y el gato negro se encogió y le mostró los dientes.

—¡Vaya, lo siento! No te iba a hacer daño…

Pero el escuálido gato negro ya no estaba. Los demás desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

El callejón sin salida se estaba convirtiendo en un lugar donde la gente tiraba de todo. Entre la maraña y los escombros se amontonaban viejos periódicos podridos, cajas de cartón repletas de basura, trozos rotos de poliestireno y plástico. A Mia le daba pena que los gatos salvajes tuvieran que formar su hogar en un lugar así, con tan poca protección contra el frío, la lluvia y la nieve.

—Ojalá pudiera llevaros a casa conmigo. A todos…

Al menos, ahora que el padre de Mia ya no estaba, los gatos estarían más a salvo. Mia se aferró a ese pensamiento para

consolarse.

2

—Hola, Tttas.

Se carcajearon como hienas. Poco después de cumplir los trece años, pasaban rozándola en los pasillos del instituto, en las escaleras y en la cafetería en cuanto entraba por la puerta.

En un primer momento, Mia pensó que debía de tratarse de un accidente. Accidentes.

No eran chicos de su curso (que era octavo), sino mayores. Chicos más altos. Chicos cuyos nombres desconocía, cuyos rostros no le resultaban familiares.

—Hola, Tttas. ¿Qué pasa?

En su estado de confusión y vergüenza, Mia no llegaba a comprender lo que los chicos le decían. Al principio estaba demasiado sorprendida para entender que la rozaban y chocaban con ella a propósito. Y estaba esa risita que era como entre risa de hiena y juvenil, disimulada y sofocada.

—Miradla… ¡Tttas! ¿A dónde vas tan deprisa?

Cuando los miró con gesto de asombro, sus acosadores se mostraron encantados. Mientras ella dejaba escapar un destello de dolor, miedo, vergüenza y mortificación, ellos solo se carcajeaban más fuerte. Uno de ellos, el mayor y más alto, se atrevió a darle un codazo a Mia en la parte más blanda del pecho para provocarle un grito de dolor inesperado.

—Lo siento, Tttas.

Eran chicos de noveno curso cuyos nombres Mia desconocía. Corrían por el pasillo de octavo, chocando con otros alumnos y

riéndose a carcajadas mientras se alejaban a toda velocidad.

Mia se apoyó en una hilera de taquillas, encorvada y aturdida. Su corazón latía desbocado; no comprendía lo que acababa de suceder, en solo un santiamén. Su pecho, sus pequeños y mullidos pechos le dolían allí donde la habían golpeado.

¿Por qué los chicos la habían elegido a ella? ¿Podían ver en su rostro que su padre había dejado de quererla?

Se marchó, encogida y con la mirada baja. No lloró, no la primera vez.

Sentía demasiada vergüenza como para plantearse siquiera denunciar a los chicos. Demasiada vergüenza. Mia razonó: *Ello solo hará que me odien más*.

Porque parecía haber cierta rabia en sus rostros cuando se abalanzaban sobre ella. Debían de haber estado esperándola; debían de haber sabido dónde estaría Mia. Había risas y burlas, y algo más que Mia no lograba entender: resentimiento e ira. Pero ¿por qué?, ¿por qué se enfadaban así con *ella*?

Y siempre sucedía tan rápido. Una, dos y hasta tres veces en la misma semana. Los chicos surgían de la nada, entre gritos y carcajadas, chocaban con Mia y se esfumaban.

Otros estudiantes, con los que tropezaban en su prisa por escapar, los increpaban después. Al menos un profesor se dio cuenta de todo, pero no intervino.

Mia se marchaba de ahí aturdida, una y otra vez. Ahora sabía el nombre —el apellido más bien— del chico más ruidoso: Dempster. Recordó cómo otras chicas habían sufrido ese tipo de tormento por parte de muchachos como Dempster en el pasado y ella había procurado no fijarse. Chicas que se escabullían, cohibidas, mientras una pequeña pandilla de chicos las molestaba, se metía con ellas, se reía de ellas y se atrevía a rozarlas al pasar o a empujarlas, mientras que las chicas más pequeñas como Mia evitaban mirar siquiera, con la esperanza de librarse. Y, por supuesto, se *libraron*, en ese momento.

Esa mirada feroz y de reojo que los chicos lanzaban a ciertas chicas, a las que estaban más «desarrolladas». Mia tardó en darse

cuenta de que lo mismo le estaba sucediendo a ella ahora.

Cada vez con más frecuencia, las otras chicas la evitaban. No sus amigas más cercanas, pero otras compañeras sí. Incluso su amiga Janey parecía estar incómoda con Mia, aunque se esforzaba por ir con ella entre clase y clase y a la cafetería, del mismo modo que se acompaña a una muchacha muy joven e ingenua, como para protegerla.

No es que Janey pudiera proteger mucho a Mia si los chicos decidían emprenderla con ella. La propia Janey era objeto de burlas y víctima de bruscos empujones.

Después de una de esas agresiones, cuando los chicos habían surgido de la nada para chocar contra Mia, mofarse de ella y espetarle «¡Tttas!» entre risas sofocadas, Mia se quejó a Janey entre sollozos, mientras conseguían escabullirse:

—¡Los odio! ¿Qué están diciendo? ¿«Tttas…»?

A regañadientes, Janey susurró al oído a Mia:

—Tetas.

Claro. Lo sabías. Deberías haberlo sabido.

No hay palabra más vergonzante que «tetas». Mia sintió que su rostro se encendía de bochorno solo con evocar la palabra.

A menudo los chicos decían palabrotas y exabruptos. «Joder» y «mierda» eran habituales. «Gilipollas» era frecuente. Pero «tetas» era de esa clase de vocablos muy diferente: no era una palabrota ni era una palabra obscena, sino más bien graciosa, para hacer reír a la concurrencia.

«Oye, ¡tetas! Sí, tú».

Quería enviar un mensaje de texto a Janey. ¡Se sentía tan sola!

Solo para decirle… No estaba muy segura de qué.

Los odio. Ojalá se mueran.

¿Dónde estabas después de clase?…

Pero Mia sabía, desde sexto curso, que no podía confiar del todo

en que Janey no intercambiara mensajes de texto o correos electrónicos con otras amigas. Y, últimamente, notaba que hablaban de ella, sentían lástima por ella, pero (tal vez) se estuvieran riendo de ella a sus espaldas.

Tetas.

—¿Mia? Deja que te mire, cariño. Quédate *quieta*.

Esa sonrisa de preocupación. Sopesándola con la mirada.

La madre de Mia no se atrevería a tocarla, ¿verdad que no? ¿No iría a posar la palma de la mano, suavemente, en el pecho de Mia?

No. No se atrevería. Mia se armó de valor. «No. Me. Toques».

Su madre se sorprendió, por lo visto. Como si, en estos últimos meses —todo el año pasado, de hecho—, no se hubiera fijado en Mia, al estar tan distraída con otras vicisitudes de su vida (como madre soltera y divorciada) como para andarse angustiando. (¿Páginas web de citas? ¿Las estaría utilizando? Mia se estremecía al pensar que sí). La mayor parte de la atención de su madre se canalizaba en furia, como una espada láser. «Ese hijo de puta. Ese cabrón. ¡Confiaba en él! Y me engañó, me mintió, sobre el dinero, sobre la casa y sobre esa chica con la que se estaba "viendo"…».

Lo soltó como si nada, sin percatarse en absoluto de lo tensa y quieta que se había quedado Mia.

—En cuanto te quieras dar cuenta, vas a necesitar sujetador. Sí, supongo que sí. Al fin y al cabo, tienes ya trece años.

Sonó como una maldición. «Trece años».

—¿Por qué diablos me miras así? ¿Qué…?

Mia se retorció para liberarse de las manos de su madre. Unas manos flácidas que no eran capaces de sujetarla.

Se había estado preparando todo el día para contarle a su madre lo que pasaba con los chicos en el instituto. Conocía el término exacto: «acoso». Pero ahora, no.

Pensó en cuando era niña y su cuerpo era pequeño y suave como el de una muñeca, con los «pezones» tan diminutos que apenas se notaban; entonces, su papá la amaba. Su padre la había querido

mucho. Y su mamá la había querido mucho más de lo que su madre la quería ahora.

De momento su padre se había «largado». Y la vida de su madre había cambiado.

Los hermanos pequeños de Mia estaban asustados; su madre les gritaba, lo que nunca había hecho antes, y les decía: «Fuera de aquí. Me estáis dando dolor de cabeza». Mia sabía guardar las distancias con su madre cuando estaba enfadada.

Escuchó a su madre mientras hablaba por teléfono: «Estoy tan perturbada y agotada por las mentiras de ese cabrón que no consigo dormir sin somníferos y no puedo soportar el día sin antidepresivos. A veces pienso que lo único… que quiero… es… MORIRME…».

Sí. Debería haberlo sabido. Se observaba en el espejo del cuarto de baño, desnuda (una palabra que odiaba: «desnuda»). Con los ojos entrecerrados se miraba los pechos (otra palabra que odiaba, aunque no tanto como la palabra «tetas»), que iban tomando forma como por voluntad propia y en contra de su voluntad. Rollizos, con la piel suave y blanca. Con especial repugnancia, Mia se detuvo en los pequeños pezones rosados, que sabía destinados a que un bebé los chupara —una idea que la llenaba de consternación y asco.

Tan solo poco tiempo atrás, su pecho había sido delgado y tan plano como el de un niño. Su clavícula todavía era prominente, y su piel, pálida como la cera de una vela blanca, pero no había lugar a dudas de que estaba cogiendo volumen en la tripa y las caderas, en la parte alta de los muslos, y estaba creciendo.

No le importaba lo de crecer a lo *alto*. Ser más alta la protegería de los chicos. Pero engordar era algo a lo que Mia tenía pavor.

Lo peor que alguien podía decir de una chica era que estaba gorda. Peor incluso que llamar a alguien «tetas» era decirle «culo gordo».

Todas las chicas evitaban los alimentos que engordaban, o, al menos, lo intentaban. Todas las chicas que Mia conocía estaban aterradas ante la idea de coger peso. Aun así, había chicas menos

delgadas que otras, y había chicas que francamente tenían sobrepeso. Mia todavía estaba un poco por debajo del peso normal, según las gráficas que había consultado por internet, pero ya no era tan delgada como antes, y no parecía que hubiera nada que pudiera hacer al respecto.

Del mismo modo que no había nada que ella pudiera hacer con los pelos que le salían en las axilas, las piernas y la entrepierna…

Procuraba no comer alimentos que engordaban. Intentaba no comerse todo lo que tenía en el plato y no repetir. ¡Nada de azúcar con los cereales! Nada de cereales recubiertos de azúcar. Nada de leche entera; solo leche desnatada y solo yogures desnatados.

Lo único bueno de que su padre los hubiera abandonado y de que su madre estuviera tan alterada y distraída era que Mia podía saltarse comidas enteras sin que su madre lo advirtiera. Podía pasar un día entero en el instituto sin comer nada en absoluto, bebiendo solo Coca-Cola sin azúcar; pero luego tenía tanta hambre cuando llegaba a casa que no podía dejar de comer.

Ojalá pudiera despertarse en su antiguo cuerpo. Con el pecho plano y las caderas estrechas. Y la piel suave y lampiña como la de una muñeca.

Le aterraba que se enterase su padre. De cualquiera de todas esas cosas.

Sobre todo, de cómo los chicos se metían con ella. Eso la traía por la calle de la amargura.

Ernie Dempster, así se llamaba. Pero había más. Solo la forma en que miraban a Mia a veces, incluso los chicos más agradables. Tal vez fuera un castigo que Mia se merecía. No estaba segura de qué había hecho mal, pero tenía que haber algo.

Era tan ingenua que no se daba cuenta de que los contornos de su cuerpo se le transparentaban a través de la ropa. No era algo a lo que ella siquiera hubiera prestado atención antes.

A Mia le parecía injusto: sus pechos no eran realmente grandes, todavía. Tenían el tamaño de dos manzanas (de tamaño mediano). Y era posible que los chicos la encontraran guapa y «sexi».

Si ese era el caso, no era intencionado. Mia no podía evitar tener

la cara y el cabello que tenía.

Para estar en octavo, quizá estuviera muy «desarrollada» para su edad. ¿Por qué se clavaban en ella los ojos de los chicos?

Le horrorizaba pensar que sus pechos fueran a seguir creciendo hasta el tamaño (tal vez) de los de su madre: grandes, pesados y esponjosos, como la gomaespuma. ¡No! Prefiero morirme.

—Mia, ¿me estás escuchando? ¿Hola?

La madre de Mia chasqueó los dedos en la cara de su hija, exasperada.

¿Qué había estado diciendo mamá? Mia no tenía ni idea.

—Te estaba preguntando…

—¡Ay, déjame en paz!

Salió corriendo a esconderse en su habitación. De repente no podía soportar estar cerca de su madre.

Esperaba que su madre la siguiera y llamara a su puerta. *Oh, cariño, lo siento. No quería decir…*

(Eso parecía suceder a menudo últimamente. La madre de Mia le hablaba con dureza, y Mia se escapaba arriba. Y luego a esto le seguía algún tipo de disculpa).

Pero ahora el teléfono sonaba sin parar. Mia no oyó contestar a su madre, pero el teléfono dejó de sonar y Mia se quedó sola.

Te odio. No quiero convertirme en ti.

No lloraba: ¿de qué le serviría?

Se desvistió para acostarse, los ojos apartados del espejo. Un camisón suelto, como un saco. Y en la cama se acostaba sobre el lado derecho para que sus tiernos y rollizos pechos estuvieran protegidos por sus brazos, doblados como unas alas replegadas. Con la esperanza de soñar con ese otro tiempo perdido.

En la maleza, una forma oscura y peluda. Se mueve tan veloz que apenas es visible.

Pero, si te quedas muy quieto y fijas la mirada lo suficiente, verás emerger a los gatos ferales.

Unos ojos cautelosos, vigilantes y brillantes. Las orejas erguidas,

en alerta.

Aprender a disfrazarse. Camuflarse.

Esconderse a plena vista.

Enseguida, consiguió perfeccionar su estrategia. *¡Esconderse a plena vista!*

En el instituto, hundía los hombros. Los encorvaba para que su pecho fuera cóncavo. Se protegía los pechos con la parte superior de los brazos. Sujetaba los libros contra el pecho siempre que podía, cuando no resultaba extraño, en los pasillos entre clase y clase, que era el momento de mayor peligro, cuando los chicos podían pasar rozándola y chocar contra ella. En vez de llevar la mochila a la espalda, la abrazaba contra el pecho. Como un escudo.

Se acabaron los jerséis. Nada de camisetas. Solo llevaba camisas holgadas como las de los hombres, que no remetía en sus holgados vaqueros. Mejor aún, llevaba una camiseta amplia y, por encima, una camisa holgada. Tal vez, sobre ambas, una chaqueta más holgada aún.

Mia sonrió. El estilo a capas. ¡Qué lista!

No tenía el valor ni el atrevimiento de retar a los chicos con la mirada. Los gatos salvajes enseñaban *a huir, no a pelear*.

Resultó que otras niñas de octavo también comenzaban a «desarrollarse». Un día levantabas la vista, y la mitad de tus amigas tenía *tetas*.

No se trataba solo de madurez física, sino también de comportamiento. De la forma que tenían las chicas (algunas) de mostrarse para que las vieran y las admiraran.

Se pintaban los labios e incluso los ojos. Vestían con ropa llamativa.

Mia no tenía ninguna gana de llamar la atención. Y ni hablar de pintarse los labios. No solo vestía prendas holgadas, sino que estas solían ser de colores apagados y opacos: caqui y marrón barro. Nada de deportivas de colores vivos con cordones chillones, sino las zapatillas de *running* más corrientes.

A Mia le resultaba increíble que otras chicas, sobre todo, las mayores, de cursos superiores, buscaran la atención de los chicos con tanta ansia. Algunos de esos chicos eran los mismísimos gamberros que habían acosado a Mia. ¿Por qué iba a querer nadie llamar la atención de *ellos*?

Las chicas llevaban pendientes en las orejas, en las cejas, en la nariz y en el labio superior. Parecía como si de la noche a la mañana muchas tuvieran tatuajes. Mechas fosforescentes en el pelo. ¡Faldas cortísimas! Camisetas de tirantes que más bien parecían sujetadores.

Estaban Jacky, Dana y Thalia, de octavo: muchachas que chillaban cuando los chicos se tropezaban con ellas sin querer queriendo. Tonteaban en la cafetería y en el aparcamiento detrás del instituto. Chicas que corrían detrás de los chicos, indignadas, regañándolos y aporreándolos con la mochila. Chicas que se peleaban de verdad con los chicos, propinándoles golpes y bofetadas. Mia se escabullía, sin querer siquiera ser testigo de un comportamiento tan estúpido.

Y luego estaba Janey, que, de entre toda la gente, una tarde se vio envuelta en un enfrentamiento absurdo con un chico de noveno curso llamado Rocco. Y Janey corrió a reunirse con sus amigas, con la cara colorada y los ojos brillando de indignación.

—¡Qué gilipollas! Lo odio.

Pero Janey estaba tan entusiasmada que apenas hablaba de nada más que de Rocco.

Qué patético, pensó Mia.

Y qué sola estaba…

«… gracias por preguntar, pero regular, bastante fatal, a decir verdad, pero no me voy a matar ni voy a hacer ninguna tontería por el estilo, desde luego que no; no le voy a dar el gusto a ese cabrón. En fin, los chicos están bien; quiero pensar que no se dejan engañar por las puñeteras mentiras de su padre, pero al menos mi hija no va a clase vestida como una puta. ¡Al menos, eso no!».

3

—¡Mininos! ¡Mininos, mininos, *mininos*!

Ese era el momento más feliz del día para Mia. Cuando visitaba la colonia de gatos salvajes del solar vacío de al lado de su casa. Había muy pocas cosas en la vida en las que Mia podía confiar como en los gatos callejeros. Por mucho que se escondieran de ella en la maleza, ella sabía que estaban allí.

Y, si esperaba lo suficiente, si se mostraba paciente y silenciosa, algunos se dejaban ver.

Al igual que algunos de sus vecinos, de vez en cuando Mia dejaba comida para los gatos. No importaba cuánta, nunca parecía suficiente. Las pequeñas bandejas de aluminio para pastelitos y los cuencos de agua solían estar vacíos. Mia se figuraba que otros animales también se comían la comida: mapaches, ardillas y roedores.

Había comprado algunos paquetes de comida seca para los gatos, pero eran caros. Para ahorrar dinero, había que comprar pienso para gatos a granel, en grandes bolsas, pero Mia no podía pagarlas. Y, si se llevaba las sobras del frigorífico, su madre podría sospechar.

Se escabullía de casa cuando nadie la veía. Después de clase, justo antes del atardecer, era el mejor momento. No quería que su madre supiera que seguía yendo a ver a los gatos, y tampoco quería que sus hermanos pequeños lo supieran, o la seguirían.

Mia recordó cómo su padre odiaba a los gatos salvajes. Cómo había dicho, medio en broma, medio en serio, que, si tuviera tiempo, les pondría trampas o les echaría veneno. «El único gato bueno es el gato muerto». Mia quería pensar que, en realidad, no lo había dicho en serio.

Para Mia, los gatos salvajes eran reconfortantes. Se mantenían a distancia entre los matorrales, cautos y vigilantes, pero no reaccionaban con un ataque de pánico cuando Mia les hablaba.

Los llamaba «mininos, mininos, mininos» en voz baja para anunciarles que ya estaba allí. A diferencia de los gatos domésticos, los gatos salvajes nunca acuden cuando los llamas, pero con el tiempo, si esperas lo suficiente, algunos pueden asomar la cabeza. O más bien, si esperas lo suficiente, verás gatos en la maleza con ojos precavidos y te darás cuenta de que llevan allí todo el rato.

Si Mia se quedaba muy quieta, paciente y en silencio, los gatos más aventureros se acercaban a los platos de comida que les había dejado y comenzaban a comer con hambre.

¡Qué feliz le hacía todo aquello! Al observar a esas preciosas criaturas se olvidaba del instituto y se olvidaba de su padre. Se olvidaba de las *tetas*.

Una vez, después de clase, un día en que Mia había evitado a sus amigas, o sus amigas la habían evitado a ella, estaba esperando a que aparecieran los gatos salvajes cuando la invadió una sensación de cansancio extremo y se tumbó en el suelo, con la cabeza apoyada en la mochila, y se sumió en un sueño ligero.

Esa tarde de otoño, hacía aproximadamente ocho meses que el padre de Mia había abandonado a su familia. Hacía apenas tres semanas que había conmocionado a Mia y sus hermanos al anunciarles que le habían trasladado a Seattle y que ya no los iba a ver tan a menudo como le gustaría…

No es que viera mucho a Mia. Cada tercer fin de semana, o menos. Ella no lo echaba de menos, la verdad. Le parecía que no. Fue un golpe más duro para los chicos. Echaban de menos a su padre.

A través de los ojos cerrados (al parecer), Mia podía ver a los

gatos salvajes que la observaban desde sus escondrijos. Un elegante gato negro levantó la cabeza para olisquear el aire; un gato atigrado de pelo largo le clavó su ojo bueno. Una sarnosa gata carey con cola torcida. Un gatito chiquitín, con pelaje predominantemente blanco y deslumbrantes ojos verdes.

Mia permaneció tumbada muy quieta en el suelo húmedo, manteniendo los ojos cerrados. Apenas se atrevía a respirar, preguntándose si los gatos entendían que era su amiga y que podían confiar en ella.

Se preguntaba si los gatos se estarían contando unos a otros algo sobre ella y ella no podía oírlos. Su silencio resultaba extraordinario, como un velo capaz de cubrir y proteger. Los ojos centelleantes recorrieron a Mia con recelo y desconfianza. Mia se quedó muy quieta: no pensaba hacer ningún movimiento brusco.

Poco a poco, uno de los gatos se fue acercando a ella. El gato atigrado de espeso pelaje con un ojo bueno y otro malo. A través de sus ojos cerrados, Mia podía ver, o creía que podía ver, al gato mirándola fijamente con su único ojo, tan tostado como el ámbar.

Lentamente, el gato se fue aproximando. Despacio y tenso, como dispuesto a cazar.

Ahora se hallaba tan cerca que Mia podía distinguir los bigotes blancos y tiesos. La cola levantada daba la impresión de estar herida.

No te haré daño. Te quiero.

Por favor, déjame acariciarte…

Entonces, Mia no pudo evitarlo y sus ojos se abrieron por voluntad propia, y descubrió que el corpulento gato atigrado se encontraba a unos centímetros de su cara, agachado, las orejas hacia atrás y mostrando los dientes con un gruñido mudo de advertencia: *¡No! No me toques*.

Mia se sentó, confundida. Un segundo después, el gato salvaje se escabulló y desapareció en la maleza.

Todos los gatos desaparecieron en ese instante. Mia se quedó sola.

Al principio no estaba segura de dónde se encontraba. Temblaba de frío: la ropa se le había empapado en el suelo húmedo donde

había permanecido tendida sobre la hojarasca…

Su mochila seguía en el suelo. Vagamente recordó unas ganas de dormir tan fuertes que no pudo resistirse. ¡Qué extraño era todo! Nunca le había pasado nada semejante.

Sería su secreto; nadie debía saberlo. Sus amigas se burlarían o sentirían lástima de ella. No parecía caerles tan bien últimamente. Ni siquiera a Janey.

Su madre se pondría furiosa; *vaya comportamiento más necio*. A su padre le daría asco y no querría volver a verla nunca más, y ¿quién podría culparlo por ello?

Mia recogió la mochila. Se limpió la ropa húmeda. Parecía que estaba sola en el descampado; sin embargo, percibió unos ojos brillantes sobre ella, invisibles.

—¡Por favor, confiad en mí! Soy vuestra amiga.

Pero era hora de irse. El cielo estaba oscureciendo con nubes de tormenta, y ya se oía un fragor de truenos a lo lejos, como si brotara de las mismas entrañas de la tierra.

Esa noche, ya en la cama, se mantuvo muy quieta, tan inmóvil como había permanecido en secreto en el bosque, con el artero sueño de hacerse pequeña, tan diminuta, escurridiza y astuta como una gata, y de arrastrarse entre los matorrales para esconderse con los gatos salvajes, que eran sus verdaderos amigos y camaradas. La colonia felina era un lugar laberíntico, como el interior de un castillo, un refugio, una madriguera de pequeñas cámaras unidas entre sí por pequeñas puertas, tan cálidas como el interior de un corazón palpitante. Y allí Mia podía dormir plácidamente, ya que no lograba conciliar el sueño en su propia cama. Porque allí podía encogerse hasta formar un ovillo entre los demás, apretarse contra los costados peludos, acurrucarse todos juntos en ese lugar secreto donde había consuelo, molicie y protección, mientras los truenos retumbaban en el cielo a lo lejos.

4

—¿Qué os parece, chicos? ¿Os gusta?

La madre de Mia se había cortado el pelo, peinado y aclarado con un tono dorado que destellaba y resplandecía como un machete. Mia estaba consternada: su madre parecía tan joven.

Tampoco Randy y Kevin sabían qué pensar. Miraban a su madre. ¿Era *mamá* esa mujer glamurosa y sonriente?

Habían transcurrido diez meses desde que el padre los había abandonado. Mia ya no pronunciaba más la palabra «papá». Se dijo que el divorcio era «definitivo». El padre se había mudado a la costa oeste; el contacto entre él y Randy, Kevin y Mia era escaso y variable. La madre de Mia tenía nuevo trabajo (en una inmobiliaria) y coche nuevo (un Prius). Vestía vaqueros de diseño, pantalones de ante ajustados con chaquetas a juego, y botas con mucho tacón. Un forro polar y un bonito abrigo de piel de zorro de imitación. Llevaba el rostro muy maquillado, como la cara de una valla publicitaria. Sus uñas, que solían estar rotas y descuidadas, ahora estaban meticulosamente limadas y pintadas con laca. Había pedido un préstamo para el coche, la ropa y lo que ella llamaba «mantenimiento» (pelo, cara, uñas), pero era dinero prestado por un nuevo amigo, a un interés muy bajo.

Desde hacía poco tiempo, la madre de Mia había comenzado a salir con desconocidos. Mia no podía imaginarse algo más penoso que su madre (que tenía que rondar los cuarenta, al menos) conociendo a hombres en *páginas web de citas*.

Y, de pronto, sucedió:

—¡Chicos, venid aquí! Mia, ¡baja! Me gustaría que conocierais a…

El nombre era extraño; Mia no lo entendió al principio. Más tarde se enteraría de que era Pharis.

Como se enteraría de que Pharis Locke era un supuesto «empresario» y «asesor». Tenía su propia *start-up*, que estaba vinculada de alguna manera a la tecnología informática más avanzada.

¿Cómo se habían conocido? ¡Ay, eso era muy divertido! La madre de Mia rompió a reír al explicar que tenía algo que ver con Match.com y un malentendido sobre una cita para cenar, y Pharis Locke sonrió, le cogió la mano y la besó; y Mia solo pudo fruncir el ceño en un silencio incómodo.

—Algunas cosas parece como si fueran cosa del destino, ¿sabes? El destino.

De repente, la madre de Mia se puso seria. Se limpió los ojos.

—Es cierto, algunas cosas *son* el destino. El universo está predeterminado. Al vivir en el presente, no lo vemos, pero, cuando echamos la vista atrás en nuestra vida, a menudo podemos darnos cuenta. En mi propio caso…

Pharis Locke habló con voz grave de barítono, como un hombre de la televisión. A buen seguro, un hombre con una voz como esa era de fiar.

La cabeza de Pharis Locke era grande, roma y casi calva, salvo por una franja de pelo rizado de color rojo grisáceo en la nuca. Sus ojos eran inusualmente pequeños, muy separados en su cara ancha, como los ojos de un pitbull. Tenía un bigote y una barba rala que le daban un aspecto libertino que no concordaba con su abultada corpulencia. Parecía mayor que el padre de Mia, y ni de lejos era tan guapo, aunque tenía una sonrisa amable.

Mia se esforzaba mucho para que Pharis Locke le cayera bien. Por supuesto, deseaba alegrarse por su madre, ahora que su madre tenía un nuevo amigo, pero su rostro se apartaba de él y su boca se negaba a sonreír.

Encorvado sobre ella mientras mostraba las encías en una ancha

sonrisa, Pharis Locke le preguntó a Mia en qué curso estaba, la pregunta más banal y aburrida que se le podía hacer a cualquiera, pero Mia no puso los ojos en blanco, no se burló ni frunció el ceño, sino que intentó responder con educación, en una voz tan baja que Pharis no la oyó y la madre de Mia tuvo que repetirlo con voz chillona:

—En octavo.

—Ah, octavo. Vaya.

Ante esto, Mia sí puso los ojos en blanco, o casi. (¡No! Mia estaba decidida a portarse muy bien y a no avergonzar a su madre).

—Sí, pasa muy deprisa. El tiempo. Cuando tienes hijos… —La madre de Mia vaciló, no tenía la intención de decir eso exactamente, pero no se le ocurría cómo cambiar de tema— da la impresión de que los niños crecen mientras tú sigues igual… con la misma edad.

—¡Sé a lo que te refieres! Muy cierto.

Mia hizo todo lo posible para evitar reírse en la cara de los adultos. Cada uno intentaba impresionar al otro. ¿Por qué su madre caminaba contoneándose en unas ridículas sandalias de tacón y por qué como se llame iba por ahí con una camisa a rayas púrpura de un tejido satinado y brillante y vaqueros de diseño que le sentaban como un tiro y que parecían recién comprados? Cada palabra que salía de la boca de ambos sonaba falsa e hipócrita.

Más tarde, Mia recordaría cómo los pequeños y arteros ojos de Pharis Locke se clavaron en su cara, sonrientes, mientras su madre hablaba, *como si no estuviera escuchando a su madre en absoluto*. Y, después, esos pequeños y arteros ojos bajaron hacia la camisa (holgada) de Mia, sus piernas (en vaqueros) y las sucias zapatillas deportivas, como si a Pharis le sorprendiera descubrir que Mia estaba en octavo y no en un curso inferior; que tenía al menos doce o trece años, y no era más pequeña. Porque Mia no se vestía como una chica de su edad, ni como una chica en realidad.

Pharis Locke parecía perplejo. Desconcertado.

Aun así, dejó de hacerle preguntas tontas. Como si respetara la frialdad y vergüenza de Mia.

Randy y Kevin también se mostraban tímidos, pero halagados

por el interés masculino y adulto. Hacía mucho tiempo que su padre no les prestaba tanta atención. Pharis Locke parecía totalmente cordial cuando les preguntaba a qué escuela iban y si les gustaba el colegio. ¿En qué curso estaban? ¿Qué querían ser de mayores? Y Pharis Locke parecía escucharlos mientras respondían emocionados.

Mia pensó: *No te lo tragues. Es un farsante. Solo finge preocuparse por nosotros*.

Sin embargo, tenía que reconocer que resultaba conmovedor; los niños estaban tan ansiosos por recibir la atención de un extraño, como una luz cálida y brillante que iluminara sus rostros.

Mientras, la madre de Mia observaba la escena con lágrimas en los ojos. *Qué patético*. Mia no quería pensar en ello.

Cómo se burlaba su padre del nuevo y querido amigo de su madre. Desaprobaba que su madre se viera con un hombre, lo llevara a casa y lo presentara a sus hijos tan poco tiempo después de que el padre de los niños se hubiera marchado.

Era injusto, pero así eran los hombres. Mia empezaba a verlo.

De manera casi inconsciente, había aprendido a complacer y aplacar a su padre para que él le sonriera, la quisiera y no se burlara (nunca) de ella. Pues resultaba muy doloroso ver esa mirada en la cara de su padre, el labio sutilmente levantado, los ojos fríos y mordaces clavados en algún objeto con desdén y reprobación.

Había aprendido a temer los rostros burlones de los chicos. Desviaba la mirada rápidamente hacia otro lado. Sabía que sus ojos no debían encontrarse jamás con los de los chicos.

Cualquier cosa que tuviera que ver con el sexo provocaba estridentes carcajadas en los chicos. Como si el sexo fuera una amenaza para ellos. Cualquier cosa que tuviera que ver con sensibilidad y ternura. *Tetas*.

Aun así, los hermanos de Mia parecían congeniar de maravilla con Pharis Locke. Sus rostros resplandecían mientras escuchaban sus relatos de *rafting* en aguas bravas en Wyoming, ala delta y *puenting* en Australia, montañismo en Perú, caza de alces en Montana, o pesca de tiburones en los Cayos de Florida. A Mia le sacaba de quicio ver con qué entusiasmo sus hermanos se creían esas

patrañas; hasta la madre de Mia parecía dispuesta a pasar por alto la petulancia de aquel individuo.

La madre de Mia, que afirmaba no haberse «dejado engañar por las mentiras de ese cabrón», refiriéndose al padre de Mia, ahora se tragaba todos esos embustes de ese hombre llamado Pharis Locke.

—Algún día, quizá, saldremos todos juntos de aventura. ¿Qué os parecería?

Pharis habló casi en un tono pensativo, mientras se acariciaba la escasa barba grisácea.

Pero Mia ya se estaba escabullendo, escaleras arriba, con la excusa de tener que hacer deberes, sin tener siquiera que murmurar entre dientes: «No cuentes conmigo».

Menuda sorpresa: Pharis Locke no iba a desaparecer.

Quizá no fuera tal sorpresa: a la madre de Mia parecía gustarle tanto Pharis que lo veía varias veces a la semana. No importaba que Mia desconfiara de él: su madre sí que confiaba en él.

«Es muy majo. ¡Todo un caballero!».

«Es mucho mucho más majo que cualquier otro hombre que haya conocido. (Y eso incluye a tú ya sabes quién)».

«Le parecéis todos unos chicos "fantásticos". ¿No es eso maravilloso? Dice que siempre quiso tener hijos. Y ahora puede permitírselos».

Mia sabía que su madre había salido con otros hombres que había conocido por internet y que esas citas no habían terminado tan bien. Pero Pharis Locke era diferente, de alguna manera.

Le repelía pensar en su madre manteniendo relaciones sexuales con un hombre y, más aún, con este tipo, pero Mia empezaba a preguntarse si no se había precipitado a la hora de juzgar a Pharis Locke. Claramente, su madre parecía más feliz desde que había conocido a Pharis, y, al ser más feliz, era más cariñosa con Mia y sus hermanos, eso era un hecho incontestable. Y quizá la madre de Mia se merecía ser feliz, aunque hubiera algo penoso en que esa felicidad se la proporcionara Pharis Locke.

Mia recordaba a su padre interrumpiendo a menudo a su madre, o pisándole la palabra como si no la estuviera oyendo. La mayor parte del tiempo apenas la escuchaba. Pero Pharis Locke sí la escuchaba, y parecía sumamente interesado en todo lo que ella dijera.

«Dice que somos una familia preciosa. Palabras textuales: "preciosa"».

Si no reparabas en sus palabras textuales, pensaba Mia, no resultaba, tal vez, tan patético. Dos adultos que quizá estaban solos, o que, en cualquier caso, no estaban casados y en absoluto eran jóvenes, tratando de, bueno, lo que fuera que estuvieran haciendo.

«Probar suerte con el amor. ¡Una vez más!».

Pharis Locke no solo invitaba a salir a la madre de Mia; a menudo invitaba a toda la familia: a cenar, al cine, al parque de la Isla del Tesoro. Cuando Mia se quedaba en casa, sentía una punzada de celos y envidia. Se preguntaba si la echarían de menos. Deseaba que su madre la llamara al móvil solo para saber cómo estaba, pero su madre no la llamaba, y Mia era demasiado orgullosa como para llamarla ella.

Además, Pharis Locke les traía regalos.

Para los chicos, un videojuego de una nave espacial indicado para niños pequeños: *Astronauta junior*.

Para Mia, un pequeño y precioso medallón con cadena de plata: «de nácar auténtico».

A regañadientes, Mia le dio las gracias a Pharis. A regañadientes, Mia le sonrió.

No es que a ella le pareciera bien el novio de su madre. No le parecía bien. Pero, bueno, si su madre había de tener un amiguita, Pharis Locke no era de lo peor.

—Reza por mí, Mia. Deseo tanto que esto salga bien.

Las palabras brotaron de la boca de su madre con tanto apremio que Mia no pudo fruncir el ceño y alejarse, incómoda.

Porque, tal vez, después de todo, eso era todo lo que Mia quería: que su madre fuera feliz. Que sus hermanos fueran felices. Al menos, no tan infelices como lo habían sido hasta entonces.

5

Y Mia tenía su propio (y secreto) momento de felicidad. Solo que…

Una tarde, a finales de invierno, se apresuró en llegar a la colonia felina después de clase y descubrió con horror que algo había sucedido y todo había cambiado…

Vio, espantada, que la maleza había sido desbrozada. En la tierra donde se había producido un cierto deshielo, había huellas de neumáticos pesados. Las bandejitas de papel de aluminio y los cuencos de plástico estaban aplastados y rotos.

—Ay, no. Ay, *no*.

Mia se quedó petrificada. Incapaz de comprender. ¿Los gatos salvajes se habían marchado?

Era como si le hubieran asestado un mazazo en el pecho. En el lado del corazón. Oyó cómo se le aceleraba la respiración, cada vez más convulsa.

No se lo podía creer. Una enorme flojera invadió su cuerpo. Tuvo miedo de echarse a llorar. Como se pusiera a llorar, a lo mejor no podía parar…

Aquello ya le había sucedido unas cuantas veces. Desde lo de su padre. No a menudo. Y no duraba mucho tiempo. Llorar y venirse abajo. Mia lo tenía todo bajo control. Habitualmente.

Pero ahora. *No*.

Alguien del vecindario debía de haber llamado a los del servicio de control de animales. Alguien como el padre de Mia, que odiaba a los gatos salvajes y quería que los aniquilaran…

Mia se quedó de pie, en estado catatónico, mirando. Al

principio no podía ni respirar. Esperando ¿qué? Un movimiento en medio de la devastación, un destello naranja, negro o blanco, un grito sordo…

Salvo por el trino de los pájaros, todo estaba en silencio. A lo lejos, arriba en el cielo, se oía el zumbido de un avión. Si aguzabas el oído, percibías el murmullo del viento en los árboles.

—¿Mininos? Mininos, mininos…

El descampado cubría una zona de algo más de una hectárea. Gran parte del terreno era intransitable, con una maraña de árboles y maleza. Mia nunca se había aventurado demasiado lejos en el bosque. Se preguntaba si algunos de los gatos se habrían escapado, si habrían huido aterrorizados y ahora estarían escondidos.

El astuto atigrado de pelo largo y con un solo ojo bueno que se había acercado a Mia cuando se había quedado dormida; el elegante gato negro que mantenía las distancias, con cautela, o el esbelto y jaspeado gato blanco de centelleantes ojos verdes: sin duda, uno de ellos se habría ¿escapado? ¿Al menos uno? Mia tenía tantas ganas de creerlo que se puso a temblar ante esa expectativa.

Pero fue terrible comprobar que un vehículo pesado, una excavadora, había entrado en la parcela desde la carretera, apisonando y arrancando arbustos, árboles jóvenes, zarzas y cardos, para crear una especie de carretera rudimentaria, excavando la tierra. Había cierta belleza en la tierra baldía; ahora todo estaba destrozado y feo. Mia sintió una punzada de pura rabia contra los adultos que habían perpetrado semejante atrocidad.

Era tan sumamente injusto, pensó Mia. Tan cruel. Los gatos eran animales preciosos, condenados por el hecho de no tener hogar. No era culpa suya el que vivieran en la naturaleza. El que no tuvieran «casa» ni «dueño».

Casi nunca abandonaban su territorio, salvo de noche. No le hacían ningún daño a nadie. Pocas personas sabían de su existencia. Y, sin embargo…

Mia pensó en cómo, en el mundo hostil del instituto, tal pérdida se ridiculizaría. Ella sería objeto de escarnio. Le aterraba pensar en los rudos muchachos del instituto, que la habrían martirizado si

hubieran descubierto el solar abandonado y la colonia felina y les habrían hecho la vida imposible a los gatos. Al menos eso no había sucedido.

Y, al menos, los chicos habían dejado de meterse con ella. Otras chicas habían llamado su atención, chicas más guapas. Chicas que estaban más «desarrolladas». Mia había aprendido a esconder su cuerpo de la mirada de los depredadores, al igual que los gatos salvajes habían aprendido a ocultarse. Disfraces, camuflaje.

Esconderse a plena vista.

¡Cómo odiaba a los chicos rudos y crueles! Al pensar en ellos, sintió que se le aceleraba el pulso. Con esa sensación de estar atrapada y de ser objeto de burlas. Le habría gustado ser una gatita joven y esbelta, para escapar de sus acosadores…

—¿Mininos? Mininos, mininos…

Los llamó con voz desdichada, como haría una niña pequeña. Pero ahora estaba cansada y se sentía abatida.

Tenía los pies mojados. Había perdido los guantes. Se había pinchado las manos con las espinas y sangraba. Comenzaba a salir vaho de su aliento.

Estaba atardeciendo. No tenía otra opción: debía dejar de buscar. La invadió una sensación de pérdida, un sentimiento de rabia y desesperación.

Y, entonces, divisó (¿qué era?) un pequeño cuerpo oscuro, inmóvil entre las altas hierbas…

Para su horror, era el cuerpo de un gato: un gato muerto.

No se trataba de uno de los gatos salvajes que pudiera reconocer. No le sonaba. Un gato de costado con el cuerpo retorcido, los ojos abiertos, pero que no veían. Un gato de tamaño mediano, de pelo gris y sarnoso con una cola rolliza. Se había arrastrado hasta la maleza para morir, pensó Mia. Tal vez lo había herido la excavadora.

Se le anegaron los ojos en lágrimas, que empezó a derramar, y de pronto estaba llorando.

Odio, odio, odio, odio, odio, odio… a quienquiera que haya hecho esto.

Al salir de la arrasada parcela, Mia se encontró con una mujer mayor con una cazadora con capucha, pantalones y botas, que acababa de llegar. Había sido testigo de la incursión en la colonia felina por parte del servicio de control de animales del ayuntamiento esa misma mañana, le explicó; había estado revisando, cada pocas horas, para cerciorarse de si quedaba algún gato que pudiera rescatar.

Esa mujer tenía que ser Gladys Hansen, una de esas vecinas que habían estado dando de comer a los gatos salvajes durante años y con quien el padre de Mia había tenido un altercado.

Con amargura, la señora Hansen le contó a Mia que otro vecino había llamado al servicio de control de animales del ayuntamiento para organizar una redada en la colonia felina esa misma mañana. Ella había acudido enseguida para tratar de impedirlo, pero había llegado demasiado tarde y, de todos modos, la superaban en número.

—No había nada que yo pudiera hacer salvo gritarles.

Rodearon a los gatos y los fueron atrapando con redes, dijo la señora Hansen. Luego, arrasaron la maleza con la excavadora. Una forma más humana habría sido ponerles trampas, pero eso habría requerido demasiado tiempo. No parecía importarles lo más mínimo si se había escapado algún gato de las redes y estaba escondido, ni si los habían herido o matado.

—¡Y todo en nombre de la «salubridad pública»! El pretexto que aducía el ayuntamiento era el bienestar de los gatos, porque los gatos que viven sueltos en la naturaleza a veces contraen leucemia felina y otras enfermedades. Pero, por supuesto, lo único que van a hacer es sacrificar a los gatos, no van a ayudarlos. Ni siquiera a los cachorros. Es más fácil matarlos a todos y no tomarse la molestia de curar a ninguno. Por regla general, los gatos ferales no pueden ser adoptados, pero los gatitos… —La señora Hansen hizo una pausa, resollando. Tenía lágrimas en los ojos, y a Mia le aterraba ver llorar a una señora mayor—. Esas hermosas criaturitas tienen el mismo derecho a vivir que cualquiera. El mismo derecho a vivir que nosotros.

Mia se despidió con educación. Lo último que quería en ese momento era compadecerse de otra persona.

Al regresar a casa, consiguió evitar a su madre, que estaba hablando animadamente por teléfono. (¿Con Pharis Locke? ¿O hablaba con una amiga acerca de él?). Más tarde, la madre de Mia llamó a la puerta de su habitación para preguntarle qué demonios le pasaba.

—Has asustado a tus hermanos, Mia. Dijeron que daba la impresión de que habías estado llorando.

—Bueno, no estoy llorando. Estoy haciendo los deberes.

Era cierto. Mia estaba tumbada en la cama, con el libro de matemáticas y el cuaderno tirados a su alrededor.

Tenía la boca seca, le latía el corazón con fuerza, lleno de rabia. No había logrado calmar sus pensamientos acelerados desde que había vuelto a casa. ¿Quién se había tomado la molestia de quejarse de los gatos salvajes? ¿Y por qué? ¿Por pura maldad? Su padre estaría contento, si lo llegara a saber.

Mia se quedó de pie mirando por la ventana hacia la creciente oscuridad. Antes, a veces veía fugaces figuras pequeñas en la hierba (¿gatos salvajes?), que aparecían y desaparecían tan de repente que no lo podía asegurar. Pero, ahora, nada.

Al poco tiempo, Pharis Locke llegó a la casa. La voz jocosa y atronadora, que saludaba a la madre de Mia y a Randy y Kevin y agobiaba a Mia, se estaba convirtiendo en algo muy familiar.

«¿Se va a venir a vivir aquí, mamá? Ahora pasa aquí todo el tiempo».

«¡No! Pharis no se va a mudar; aquí no».

Algo en el tono de voz de su madre hizo que Mia no quisiera saber nada más. No, no y *no*.

La cena transcurrió en un estado de abatimiento para Mia. No podía evitar pensar en los gatos salvajes atrapados en las redes. Imaginó el pavor de los felinos. Y, después, la terrible excavadora. El cuerpo destrozado, tan inerte como los escombros.

Le molestaba la efervescencia de Pharis Locke durante la cena, que tanto chocaba con su estado de ánimo. No podía concentrarse

en la conversación, si es que se la podía llamar así. Pharis hablaba y la madre de Mia escuchaba, embelesada. Randy y Kevin escuchaban, embelesados.

Mia se preguntaba qué le pasaba a *ella*. Le dolía pensar que sus hermanos le habían tenido miedo.

Consciente de que Pharis le había hecho una pregunta, respondió con vaguedades: tenía un examen de matemáticas al día siguiente, por lo que estaba distraída pensando en ello.

La mirada amable se volvió hacia Mia. Se detuvo en Mia. La boca sonrió.

Ella era incapaz de responder. Tenía el corazón roto.

—¿Mia? ¿Te pasa algo? —preguntó Pharis con voz suave.

Mia se encogió de hombros.

—*No*.

—Siempre está de mal humor. No pretende ser maleducada. Es el pavo, como se suele decir.

La madre de Mia se rio, para mostrar que no estaba preocupada.

—¡Ah, sí! El pavo. Me acuerdo de cuando tenía la edad de Mia.

Tú nunca tuviste mi edad. Vete de aquí.

Después de la cena, mientras Pharis y los niños veían una cinta de vídeo que Pharis había traído, Mia ayudó a su madre a fregar los platos y recoger la cocina. El soporte magnético donde se exhibían los elegantes cuchillos japoneses del padre de Mia estaba vacío y atrajo la mirada de Mia.

Esperaba que su madre la regañara por haber sido grosera con su invitado, pero solo dijo en voz baja:

—¡Por favor, ¿puedes intentarlo al menos, Mia?! Hazlo por mí. No tienes que quererle.

—¿Quererle? ¿Por qué tendría que quererle? —Mia estaba indignada.

—Si… si Pharis entra en nuestras vidas. De un modo más permanente.

—¿Más permanente? ¿Qué significa eso?

Pero la madre de Mia dio media vuelta. ¿Para evitar echarse a llorar? ¿Para no sonreír?

En cuanto pudo, Mia se escabulló escaleras arriba. Las risas le llegaban desde la planta baja. Risas familiares. Ella no pertenecía a esta familia.

Se sobrentendía que Pharis Locke se quedaba a dormir las noches en que venía a cenar. Parecía que ya nadie se sorprendía. Mia se dio cuenta de que Randy y Kevin no se sentían consternados, sino más bien aliviados. El amigo simpático y rubicundo de su madre no los iba a abandonar esa noche.

Se acostaban juntos. ¡Qué asco!

A Mia le costó concentrarse para hacer los deberes. Le costó dormirse. Cuando la casa estuvo en silencio y las luces apagadas, ya a punto de dar la una de la madrugada, Mia se vistió, encontró una linterna, salió de casa y se dirigió al solar vacío.

Era una temeridad salir en plena noche. ¡Qué estupefacta se quedaría su madre, y cómo se disgustaría! Y se avergonzaría, si Pharis Locke se enterase.

El aire era fresco, frío y húmedo. En el cielo brillaba una luna tenue, como un ojo medio cerrado. Mia sintió una punzada de emoción. Siguió el haz de la linterna. La luz brillante alumbraba las horribles huellas de los neumáticos. Árboles rotos y destrozados. En algún lugar cercano, se oyó el ulular de un búho, un chillido escalofriante y fluctuante que le erizó el vello de la nuca. Persistía un olor penetrante y acre al deshielo de la tierra, a hojarasca y ramas putrefactas. Avanzaba con cuidado, escrutando lo que la linterna iba revelando. Todo tenía un aspecto tan diferente a como se veía a la luz del día: todo el color parecía haberse borrado de golpe. Aparecía ahora un mundo crepuscular de árboles arrancados de cuajo y raíces retorcidas.

Su aliento desprendía un leve vaho; debían de estar bajo cero, pero Mia solo se había puesto unos vaqueros y una chaqueta ligera.

Silencio. El ulular del búho había cesado. Mia se encontraba a cierta distancia de la carretera, en una zona más allá de la devastación.

Entonces oyó un leve maullido, casi inaudible, a tan solo unos metros de distancia. Enseguida se puso alerta, esperanzada. Se

agachó y miró.

—¿Minino? ¿Dónde estás?

A cuatro patas, Mia se arrastró hacia la maleza, mientras empuñaba la linterna con torpeza. Levantó escombros y se quedó pasmada al descubrir bajo el haz de luz a un único gatito pequeño, blanco como un fantasma y con ojos enormes cubiertos de pegajosas legañas. Un gato salvaje adulto habría arqueado la espalda, enseñado los dientes, bufado y huido ante un intruso, pero el pequeño gatito blanco solo miró a Mia y maulló de un modo lastimero. El sonido era algo parecido a [Miao].

—Como mi nombre. Mia.

Mia logró atrapar al gatito, que le bufó en silencio e hizo ademán de arañarla con sus diminutas garras, pero Mia llevaba guantes y manga larga y las pequeñas garras del gatito resultaron del todo inofensivas. Mia se rio, emocionada. El cachorro no pesaba casi nada en su mano: una pelusilla blanca que se retorcía, una cola temblorosa, unos ojos que parecían completamente negros, solo pupila.

El único ser vivo en medio de la tremenda destrucción. ¡Y Mia lo había rescatado!

Se llevaría al pobre gatito con ella a casa; estaba decidido. Ella le salvaría la vida, porque obviamente estaba muerto de hambre, perdido sin su madre.

En cuanto Mia levantó al gatito y lo sujetó junto a su pecho, el animal dejó de luchar, pero continuó soltando un leve quejido mientras Mia volvía a casa con él: *Miao, Miao, Miao*…

—¡Pobrecito! Ahora ya estás a salvo.

6

Esa noche le fue revelado a Mia en un sueño que el verdadero nombre del gatito blanco era *Miao Dao*. Y que no por casualidad Miao Dao se había ido a vivir con Mia y a dormir a su lado en la cama.

La promesa era que, a partir de esa noche, Mia ya no estaría sola. Incluso cuando estuviera lejos de casa y del gatito blanco, el espíritu de Miao Dao la acompañaría, y el recuerdo del pelaje suave, blanco y esponjoso de Miao Dao, su profundo ronroneo y sus ojos centelleantes, como dos canicas negras, permanecerían con ella.

En el instituto, cuando Mia se sentía incómoda, sola o cohibida, solo tenía que pensar en Miao Dao acurrucado junto a ella por la noche, dormidito, apoyado en el brazo o el cuerpo de Mia, o a veces en su almohada, para sentirse segura, a salvo y querida.

Con cierta ingenuidad, Mia había esperado poder mantener al gatito salvaje a escondidas de su madre, pero, por supuesto, al cabo de un par de días, la mujer descubrió al cachorro en la habitación de Mia, donde había colocado unos cuencos con comida y agua y, en un armario, un arenero improvisado con arena mezclada con un poco de tierra. Mia también había intentado limpiar las legañas de los ojos del felino.

—¡Mia! Es uno de esos gatitos salvajes, ¿verdad? ¿Lo has traído a casa?

La madre de Mia estaba más exasperada que enfadada. Había oído hablar de la redada en la colonia felina, explicó. Había oído decir que el servicio de control de animales había llegado muy

temprano por la mañana, antes de que nadie se enterara de lo que estaba sucediendo, para poder limpiar la maleza y llevarse a los gatos sin interferencias.

—¿Los llamaste tú, mamá? —preguntó Mia con un sarcasmo apenas disimulado. Cogió en sus brazos al pequeño gatito blanco para protegerlo de su madre.

—No, no los llamé yo. No me enteré de nada de todo esto hasta más tarde.

Mia se figuró que así era. Su madre no era de la clase de personas que se quejaban al ayuntamiento.

—Pero creo que la redada era necesaria. La población de gatos ferales se estaba disparando. Los gatos salvajes tienen todo tipo de enfermedades que pueden propagar a las mascotas, y tienen una vida corta.

—Este no. Tengo la intención de cuidar de Miao Dao yo misma.

La madre de Mia no la entendió bien:

—¿*Miao* qué?

—Miao Dao. Ese es su nombre. No puedes quitármela; este es su sitio.

La voz de Mia se elevó, tenaz y emocionada. Había decidido que Miao Dao era una hembra.

—Me parece que no, Mia. Estamos en un momento complicado de nuestras vidas…

—Por eso mismo este es su sitio.

—Si tu padre se llega a enterar…

—Bueno, no tiene por qué saberlo. Se ha *marchado*…

Mia habló con un poso de amargura, aunque con cierto aire de satisfacción.

—… y, además, está Pharis…

—¿Qué tiene que ver Pharis con esto? Él no vive en esta casa. No tiene ni voz ni voto sobre mí. Eso es ridículo.

Con arrojo, Mia siguió haciendo frente a su madre. Con la astucia instintiva de una niña de trece años, se dio cuenta de que su madre flaqueaba, atenazada por un sentimiento de culpa; era el

momento en que Mia no debía vacilar.

Al final, la madre cedió. Mia podía quedarse con la gatita, de momento. Siempre y cuando ella la cuidara y se hiciera responsable de ella.

—Por supuesto que cuidaré de Miao Dao. Ya la quiero.

«La quiero» era una expresión tan desafiante. Mia comprobó con satisfacción que su madre torcía el gesto, aunque de manera casi imperceptible.

—Bueno, habrá que llevarla al veterinario. Necesitará alguna que otra vacuna. Tiene una infección en los ojos. Si es hembra, como tú crees, habrá que esterilizarla. —La madre de Mia habló sin convicción, como si pudiera rescindir su permiso en cualquier momento—. Y creo que debería quedarse en el sótano; no en tu habitación. O no solo en tu habitación. Eso no debe de ser sano para ninguna de las dos.

Mia murmuró «de acuerdo». Mientras pensaba: *Miao Dao dormirá conmigo cada puñetera noche. A ver si puedes impedirlo*.

—Bueno. Es un gatito… una gatita muy bonita, a pesar de las legañas que tiene en los ojos. Tan *chiquitína*.

Al principio, la pequeña gatita blanca había tenido miedo de la voz altisonante de la madre, pero comenzó a relajarse en los brazos de Mia, mientras doblaba sus pequeñas garras en el tejido del jersey de Mia, a punto de ronronear. Pero, cuando la madre de Mia extendió la mano para acariciar la suave y esponjosa parte superior de la cabeza de la gatita, Miao Dao le bufó de repente y le dio un golpe en la mano.

—¡Ay! ¿Qué?

La madre de Mia apartó la mano rápidamente.

Mia se rio, la imagen de la pequeña gatita bufando y dando un zarpazo a un ser mucho más grande que ella resultaba graciosa. La cara de susto de su madre resultaba todavía más graciosa.

Las garras de la gatita eran demasiado pequeñas para desgarrar la superficie de la piel de la madre, pero Mia se apresuró a decirle que Miao Dao no lo había hecho con mala intención:

—Es que se pone nerviosa cuando hay cerca cualquier otra

persona que no sea yo.

La madre de Mia parecía disgustada y dolida.

—¡Pues dile a Miao, o como se llame, que está en libertad condicional en esta casa! Tú díselo.

7

Unas semanas más tarde, la madre de Mia y Pharis Locke se casaron.

Fue una ceremonia sencilla e íntima. No en una iglesia, sino en el juzgado local, en el despacho de un juez de paz. Una boda casi secreta, como deseaba la madre de Mia.

—Ahora, chicos, tenéis un nuevo papá. Uno que se preocupa por vosotros de verdad.

¿Era eso cierto? Mia detestaba pensar que *sí*, tal vez. Porque el padre original, papá, se había desvanecido de sus vidas como una de esas puestas de sol que comienzan lentamente, engalanando el cielo con una luz ardiente, pero terminan de sopetón, con un oscurecimiento repentino, hasta *apagarse* del todo.

El padre de Mia siempre prometía tomar un vuelo rumbo al este para pasar un poco de tiempo con sus hijos, a quienes, afirmaba, echaba de menos «con locura». O sugería que los niños tomaran un avión a Seattle para pasar un poco de tiempo con él y su (nueva) esposa. Solo que nunca era el momento adecuado, el momento que «le venía bien a todo el mundo».

(Durante una temporada, Mia había estado siguiendo la cuenta de Facebook de la [nueva] esposa, fascinada por el hecho de que la [nueva] esposa, que tenía un nombre ridículo [«DeeDee»], se parecía a su madre tal y como debió de ser, a juzgar por las fotos, hacía veinte años. Pero luego perdió el interés. DeeDee era demasiado aburrida publicando noticias de su embarazo).

(Y, si DeeDee tenía el bebé, o cuando lo tuviera, ¿se suponía que

ese bebé sería la media hermana o el medio hermano de Mia? Frunció el labio con desdén).

Por muy vergonzoso que pudiera ser tener un medio hermano, lo era todavía más que la madre de Mia se casara de nuevo: Mia no encontraba el valor para contárselo a sus amigas del instituto. Una razón más por la que se estaba distanciando de sus amigas. O tal vez fueran sus amigas las que se estaban distanciando de ella.

¿Para qué las necesitas? No las necesitas. Me tienes a mí.

Calentita, pegada a la pierna de Mia, o a su brazo, acurrucada a veces en la almohada junto a su cabeza, la blanca gatita salvaje dormía todas las noches en la cama de Mia. Se habría sentido sola cuando su madre estuvo fuera de casa, en su luna de miel —una semana en Sarasota, Florida, en el golfo de México—, si no hubiera sido por Miao Dao, que, para consuelo de Mia, ronroneaba incluso cuando dormía.

¿Para qué las necesitas? No las necesitas. Me tienes a mí.

Todo esto sucedía mientras Miao Dao crecía sin parar.

Dos veces al día, a veces incluso más a menudo, Mia se aseguraba de dar de comer a Miao Dao comida para gatos que compraba con el dinero de su paga. En poco tiempo, Miao Dao dejó de ser un cachorro para convertirse en una gata joven, delgada, fina y elegante, con unos ojos precavidos, unas orejas erguidas y una cola que agitaba sin cesar. Tenía el pelo blanco como la nieve, sin una sola mancha, ni una raya, ni un lunar en todo el cuerpo. Al igual que el interior de su boca, las almohadillas de sus patas eran de color rosa pálido. Sus bigotes eran inusualmente largos y rígidos, como los pelitos de sus orejas.

Pronto Miao Dao dejó de usar el arenero del armario de Mia y maullaba para que la dejara salir fuera.

Mia estaba apenada: esperaba que Miao Dao fuera una gata de interiores. Aunque el veterinario que había examinado a Miao Dao le había aconsejado encarecidamente que tratara de contener a la joven e inquieta gata, enseguida se hizo imposible para Mia poder

contenerla.

Optó por una solución intermedia y le puso un collar con una placa identificativa y una campanilla en el cuello, para limitarle la caza. Pero Miao Dao siempre se zafaba del collar, y a veces traía de vuelta a casa, para Mia, pequeñas presas de regalo: ratones y pájaros destrozados, ranas, y una vez incluso una serpiente jarretera herida.

Ahora, a menudo Miao Dao desaparecía, a veces durante horas, y, cada vez que lo hacía, Mia se angustiaba pensando que no regresaría jamás. Pero Miao Dao siempre volvía.

Dormía en el hueco del brazo de Mia. Se acurrucaba junto a ella. El suave ronroneo, proveniente de lo más hondo de la garganta de Miao Dao, resultaba tan reconfortante como una canción de cuna. Pero a veces Mia se despertaba sobresaltada y se encontraba con que la figura cálida y peluda ya no estaba.

La llamaba desde la puerta trasera de la casa: «¡Minina, minina, minina!». Contenía el aliento hasta que aparecía la gata blanca, contoneándose tan pimpante hacia ella.

Se restregaba contra las piernas de Mia. Le daba pequeños cabezazos en las piernas. ¡Ronroneaba!

Mia adoraba a esa distinguida gatita blanca que solo le pertenecía a *ella*. Nunca antes había tenido una mascota, aunque había querido tener una durante años. Su padre bromeaba asegurando que prefería los perros a los gatos, pero que lo mejor era no tener ni una cosa ni la otra. Randy y Kevin habían suplicado tener un cachorro, pero no había manera. «¿A quién le correspondería el trabajo de cuidarlo? Todos sabemos a quién: a M-A-M-Á». La madre de Mia se había reído para suavizar sus propias bruscas palabras.

Mia se daba cuenta de que no parecía que a Miao Dao le atrajera nadie más de la familia. Cuando sus hermanitos vieron a Miao Dao, se acercaron a ella con entusiasmo, pero Miao Dao los rehuyó con frialdad. Por mucho que le suplicaran, la gatita apenas parecía verlos u oírlos.

Pero, si intentaban acorralarla, enseñaba los dientes y les bufaba.

—¡No los arañes, Miao Dao! Son solo niños; no quieren hacerte

daño.

Miao Dao permitía que la madre de Mia le diera de comer, a veces incluso que la acariciara, pero Miao Dao nunca se frotaba contra las piernas de la madre de Mia, ni ronroneaba de forma audible en su presencia. Deliberadamente, Miao Dao evitaba a Pharis Locke, que se agachaba para «hacerle cosquillas» debajo de la barbilla.

—¡Gatito bonito! ¿Cómo te llamas? Miao Doui… —Pharis se rio, como si el nombre le pareciera ridículo, impronunciable, como todo nombre extranjero.

Mia comenzó a notar que, cuando Pharis entraba en casa, Miao Dao se alejaba. Si estaba ronroneando y apoyándose contra la mano de Mia, se quedaba muy quieta ante el sonido de la voz jocosa del hombre: «¡Ho-la! ¡Ya estoy en casa! ¿Dónde está todo el mundo?»; y enseguida desaparecía.

Una vez, Mia vio, o al menos le pareció ver, que su padrastro le daba una pequeña patada a Miao Dao cuando esta pasó junto a él para huir por la puerta. Cuando Mia abrió la boca para protestar, Pharis dijo rápidamente:

—Oye; tan solo estamos jugando Miao Doui y yo.

Poco después de aquel incidente, Miao Dao pasó una noche en la calle. Mia se angustió y la buscó fuera de la casa, llamándola: «¡Minina, minina, minina!». Randy y Kevin ayudaron a Mia a buscar a Miao Dao. La madre se ofreció a llevarla en coche a recorrer el vecindario. Solo el padrastro se mostró indiferente, cuando no irónico.

—Los gatos se escapan, querida Mia. Este era un gato callejero. Los gatos no tienen genes de lealtad en su cuerpo, a diferencia de los perros.

Entre lágrimas, Mia confesó a su madre que pensaba que Pharis había hecho daño a Miao Dao a propósito. Tal vez se la había llevado a algún lugar y la había abandonado en una cuneta. No le extrañaría lo más mínimo. Para vengarse de Miao Dao, porque a la gata no le caía bien él.

—Eso no es verdad, Mia. Pharis no haría algo así. Me ha dicho

que la gata le parece preciosa. Es solo que le gustaría que fuera más amable con él, y eso mismo dice sobre ti.

Otro día más, y otra noche más. Y Miao Dao seguía sin aparecer.

Mia llamó a las puertas de los vecinos. Nadie había visto a un gatito blanco:

—Si era uno de los gatos salvajes, lo más probable es que se escapara. No se pueden domesticar; son salvajes como los chimpancés, y tarde o temprano se vuelven en tu contra.

Mia tuvo que oír educadamente comentarios de esa índole. Se mordía el labio inferior para no llorar. Daba las gracias, y dejaba su nombre y número de teléfono, junto con una foto de Miao Dao mirando a la cámara con los ojos muy abiertos.

Desde luego, es una gata preciosa, decía la gente. Aunque algunos miraban la fotografía con el ceño fruncido.

Porque ¿era normal un gato blanco como la nieve con ojos negros? ¿Los gatos blancos no solían tener los ojos azules o verdes?

Por supuesto, Mia volvió al solar numerosas veces. Aunque a sabiendas de que seguramente sería inútil, caminaba con paso pesado hacia el fondo del terreno y volvía a través de la maleza, mientras suplicaba:

—¡Minina, minina, minina! ¡Miao Dao! Oh, por favor, ven…

Mia sabía que no había nada que hacer. Si Miao Dao prefería vivir en la naturaleza, y no con ella.

Aun así, las feas huellas de los neumáticos permanecían en la tierra. Un revoltijo de árboles y arbustos arrancados de raíz. Un caos de escombros provocados por las tormentas y la basura. Incluso el olor era penetrante y desagradable. Un hedor agrio, a podrido, bajo los pies. Los preciosos gatos salvajes habían desaparecido.

A Mia le habría gustado hacerse un ovillo y acostarse junto a los gatos salvajes, como hacía cuando era pequeña. Cuando los gatos salvajes se lo habían permitido. ¿O había soñado Mia que se había acostado con los gatos salvajes, pero en realidad no se había acostado? (¿Se había acostado?).

Mia siguió en el descampado durante una hora o más. No quería

volver a casa. A través de los árboles divisaba ventanas iluminadas a lo lejos. Su propia casa, los hogares de los vecinos. Qué mezquina le parecía la vida humana, qué banal. Su madre y su nuevo padrastro le resultaban totalmente anodinos. A Mia le asustaba la aversión que le provocaban. Porque eran toda la familia que le quedaba, ahora que Miao Dao la había abandonado.

Ojalá pudiera escapar, como lo había hecho Miao Dao… Pero ¿a dónde se había ido Miao Dao? Mia sintió una punzada de pavor al pensar que quizá otra familia había recogido a Miao Dao, otra chica de la edad de Mia, y ahora la gata dormía con esa otra chica en su cama y no con Mia, que tanto la quería.

Se negaba a pensar: *Él la ha matado. La atropelló en plena calle. La envenenó. Porque Miao Dao no lo quiere como se supone que los demás hemos de quererlo*.

8

Poco después de que regresaran de su viaje de luna de miel y poco después de que Pharis Locke se mudara a la casa de la madre de Mia, quedó claro que Pharis Locke era el *amo*.

Por supuesto, nadie lo llamaba así. Ni siquiera Mia.

Aunque se dio cuenta de que, ahora que él y su madre estaban casados, Pharis ya no se mostraba tan (¿se podría decir gracioso?, ¿paciente?, ¿atento?) dispuesto a escuchar como antes.

Un «caballero» fue la palabra que utilizó la madre de Mia.

Porque parecía que, en cualquier discusión, Pharis tenía que salirse siempre con la suya. Fuera cual fuera el asunto.

—Él solo finge que te escucha, mamá. Solo te deja *hablar*.

Por supuesto, el nuevo marido de la madre de Mia no era tan grosero e impaciente con ella como lo había sido el padre de Mia; pero, por otra parte, él solo llevaba siendo su marido unas pocas semanas.

Tampoco mostraba Pharis tanto interés por Randy y Kevin como había mostrado antes. No tenía tiempo de charlar con los chicos y perdía la paciencia cuando los niños reclamaban su atención:

—¿Es que no tenéis deberes que hacer? Seguro que sí.

Reprendía a la madre de Mia por malcriar a sus hijos, y reprendía a los niños por faltarle al respeto a su madre.

Con Mia, se mostraba más circunspecto. Cauto. Percibía el gesto de recelo y desprecio hacia él en la cara de Mia, el intruso de la casa.

—Ahora tienes padrastro, sabes que estás *protegida*. Si alguien te dice algo malo o te hace cualquier cosa, no tienes más que decírmelo, cariño.

A Mia se le puso el vello de punta. «¡Cariño!». Su padre alguna vez la había llamado así; había disfrutado de esa atención de su padre como un gato. Pero no de la de Pharis Locke.

Además, ¿tenía Pharis tanto dinero como se había jactado antes de la boda? Eso no estaba tan claro.

La naturaleza del negocio de Pharis era un misterio, algo incierto. No parecía vender ningún «producto» real, ningún ordenador ni ningún dispositivo electrónico que se pudiera ver. No parecía ser dueño de un edificio, una fábrica, ni siquiera unas oficinas; había estado trabajando desde su apartamento de un rascacielos, que había vendido después. De una manera un tanto imprecisa, había hablado de ganancias y pérdidas. Fluctuaciones del mercado. Sin embargo, él era, o había sido, dueño de una empresa, ya que Mia había visto una carta dirigida a Pharis Locke Asesores, S. A., pero no tenía ni idea de lo que era eso. Y, además, ¿qué quería decir «asesores»? ¿No podía ser asesor cualquiera, sobre cualquier tema?

Cuando Mia le preguntó a su madre sobre Pharis Locke Asesores, S. A., su madre le respondió malhumorada que no era asunto suyo. Mia tuvo la impresión de que su madre no sabía mucho más que Mia.

Era cierto que Pharis Locke parecía tener dinero. Alardeaba de haber vendido el apartamento por más dinero del que valía la casa (de cuatro dormitorios) de la madre de Mia. Pagó los préstamos que la madre de Mia había pedido durante los meses del divorcio, así como los gastos de todos los trámites legales.

¡Qué agradecida había estado la madre de Mia por la generosidad mostrada por Pharis! Mia se preguntaba si su madre no habría confundido la gratitud con amor.

9

Los odio, los odio, los odio.

Al acecho de una nueva chica a la salida de clase. Dempster y otros dos o tres chicos más. Apareció una joven que no era Mia, pero debía de saber que ellos estaban allí y los evitó; y entonces llegó Mia, tan ingenua e inconsciente, y ni siquiera su ropa holgada consiguió librarla de las burlas y los comentarios groseros. Presa del pánico, Mia echó a correr. Los chicos soltaron una carcajada, fingieron perseguirla, pero enseguida perdieron el interés.

De camino a casa, se tapó las orejas con las manos. Cómo detestaba Mia esas risas de asno… Tenía que estar agradecida, encima, de que no la hubieran emprendido a empellones con ella ni manoseado, como habían hecho en el pasado. Agradecida de que otras chicas «más sexis» llamaran más su atención.

Si se lo contara a su madre, posiblemente fuera a buscarla en coche al instituto. Pero era probable que su madre también insistiera en hablar con el director, y le harían preguntas, y Mia se vería obligada a contar que no sabía quiénes eran los chicos ni cómo se llamaban, porque, si se chivaba, si pronunciaba el nombre de «Ernie Dempster», solo iba a ser peor para ella. Estaba segura.

Mia estuvo a punto de contárselo a Pharis. «Padrastro». «Protegerte».

Pero no, no era buena idea. Cualquier cosa que Mia hiciera solo la comprometería de una manera como no quería verse comprometida. Además, el «padrastro» podría ofrecerse para ir a recogerla a la salida de clase, y eso era algo que ella no quería.

Mia se sentía desgraciada, echaba de menos a Miao Dao. Habían transcurrido varias semanas desde que la preciosa gatita blanca se había esfumado.

La madre de Mia se ofreció a ir con ella al refugio de animales para adoptar otro gato, pero Mia se negó, indignada.

—Solo quiero a Miao Dao. Te lo dije: la quiero.

—Pero, Mia, se ha ido. Hemos mirado por todas partes…

—A lo mejor vuelve. Sabe dónde vivimos.

Si el padrastro hubiera estado escuchando, quizá habría dicho con ese tono suyo insufrible:

—Los gatos se escapan, Mia. Así son los gatos. Sobre todo, los gatos salvajes.

Lo decía con la intención de consolar a Mía, pero la verdad era que la sacaba de quicio.

«Así son los muy capullos. ¡Tú lo has dicho!».

Por la noche, Mia se despertó tras un sueño agitado con una sensación de soledad. Los chicos que se metían con ella la perseguían. Desesperada, quería esconderse, hacerse pequeñita y meterse en… (¿dónde?)… la maleza, la colonia felina arrasada.

Con la respiración entrecortada, Mia alargó la mano en la cama, a su lado, en busca de Miao Dao y se despertó abatida. Miao Dao no estaba.

Pero había otro sueño que tenía Mia a veces, un sueño bonito en el que Miao Dao llegaba en silencio para dormir en el hueco de su brazo, junto a su corazón.

Y luego, el sueño más palpable, en el que se ahogaba bajo el peso de Miao Dao trepando encima de su pecho. Ya no era la gatita blanca y delgada, sino una gata musculosa y adulta con patas enormes y orejas muy erguidas, como las de un zorro. Los ojos negros y brillantes. ¡Y qué ronroneo! Un rumor sordo, grave y gutural, como el de una pantera.

¿Pensabas que te abandonaría? Yo nunca te dejaría. Ten fe.

Mia se despertó con un sobresalto. Se quedó sentada en la cama, confusa y emocionada, pero, al igual que en la otra ocasión, Miao Dao no estaba.

Aun así, en la cama de Mia, en el aire que envolvía la cama, flotaba un olor a tierra mojada, hojarasca y hierba, y a algo oscuro y viscoso, como la sangre.

10

—Está bien, cariño: llámame papá.

Sonreía. Enseñaba los dientes húmedos. No añadió: «Por favor».

Sus ojos se detenían en ella. Cuando Mia se sentía triste, como para consolarla.

No es que Mia le devolviera la sonrisa o se quedara delante de él para que siguiera examinándola mucho tiempo. No.

Sin embargo: la forma en que él le sonreía mientras sus hermanos charlaban. Para subrayar el *tú y yo* y no los chicos, que no se enteraban de nada.

La forma en que le guiñaba un ojo, un guiño pícaro, un guiño a medias, mientras la madre de Mia hablaba con una voz alegre y superficial a la que ni el padrastro ni Mia prestaban la menor atención.

—¿Dónde está tu medallón, cariño? ¿El que te regalé? ¿Cómo es que nunca te lo pones? ¿Se te ha perdido?

El padrastro fingió hacer pucheros.

Mia protestó: no había perdido el medallón. Simplemente no solía llevar collares. El rostro sonrojado, con una sensación de desconcierto: ¿la estaba llamando *cariño* ahora?

Como la llamaba su padre, pero no durante mucho tiempo.

«Cielo». «Cariño». Era una tonta, incluso patética, pero Mia se sentía reconfortada por esos apelativos. Comenzaba a comprender por qué su madre se había enamorado de Pharis Locke, con esos

modales tan cariñosos.

Después de esto, Mia se acordó de llevar el medallón en aquellos momentos y sitios en que Pharis probablemente se daría cuenta. En realidad, se había sentido algo dolida de que su padrastro hubiera pensado que podría haberlo perdido.

—Qué preciosidad… —murmuró para que solo Mia pudiera escucharlo. Aunque Mia fingió no haberlo oído.

¿Preciosidad el collar o… Mia?

En el instituto tenía que estar vigilante. Porque, cuando se reprendía a sí misma —*son imaginaciones tuyas, no seas ridícula, no te están mirando*—, a menudo se equivocaba y, de hecho, los gamberros sí la estaban mirando.

También en la calle. En el centro comercial. Sobre todo, si iba sola. No con otras chicas cuyas risas, ropa y maquillaje llamaban la atención de los curiosos, ya que a las otras chicas no les importaba demasiado, e incluso parecían disfrutarlo, recreándose en la mirada de desconocidos (hombres). (Aunque las amigas de Mia podían sorprenderse y ofenderse si un tipo o varios tipos les decían algo verdaderamente grosero, escabroso y obsceno. De pronto, tanta atención ya no era tan bien recibida).

Pero, cuando Mia estaba sola, no tenía protección. Esa sensación de ojos que la recorrían de arriba abajo. Que se pegaban a ella como una lapa. A pesar de que seguía llevando camisetas y jerséis holgados. No vaqueros ajustados como las otras chicas. No.

Como si los chicos fueran capaces de ver a través del disfraz de Mia. Su desesperanza. Al igual que los depredadores pueden oler el rastro de un animal herido, que cojea solo un poco.

Intentaba animarse: *No pretenden nada. No es nada personal.*

Era su cuerpo lo que les interesaba. No la propia Mia. Y, por lo tanto, no era algo *personal*.

¡Solo que hoy le gritan! «¡Mi-a! ¡Miii-aaaa!».

Saben perfectamente quién es. La están esperando a *ella*.

Incómoda, avergonzada. Camina deprisa con los hombros

caídos, cabizbaja. El corazón le late desbocado; siente que está a punto de desfallecer.

Toma un atajo a través de un callejón. Corre a ciegas, se tambalea.

Después, en una intersección, termina cruzando la calle sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha, ansiosa por escapar de los chicos. Llega el sonido de una bocina, muy fuerte, cerca: Mia entra en pánico, se queda paralizada. «¡Mira por dónde vas!», una voz impaciente (masculina). Mia logra alcanzar la acera antes de sufrir un fuerte mareo.

Se agarra a una barandilla. Es muy importante no desmayarse y caerse. Se le acelera la respiración, jadea, no tiene la menor idea de dónde está, ni la hora que es, ni quién la persigue, ni por qué está tan asustada, ni tampoco por qué el miedo ha comenzado a disminuir, como un torniquete que se va aflojando despacio.

Se dirige a su casa, donde, esa noche, en su cama, la está esperando Miao Dao.

11

A la mañana siguiente, corrió la noticia como la pólvora: un muchacho del barrio de noveno curso había fallecido tras lo que calificaban como una brutal paliza.

El cuerpo fue encontrado de madrugada entre unos contenedores de basura en un callejón cerca de su centro educativo. Tenía heridas en la cabeza, cortes profundos en el cuero cabelludo, le habían rajado el cuello con violencia con algún objeto punzante o un cuchillo de sierra. Se creía que la víctima, de quince años, se había desangrado mientras intentaba desesperadamente arrastrarse bocabajo fuera del callejón hasta la calle, que se encontraba a unos seis metros de distancia.

Como un fuego incontrolado, la noticia se propagó por todo el instituto. Al enterarse, Mia se quedó tan petrificada como los demás. Tuvo que preguntar varias veces: *¿Quién era?* Nadie de su clase. Se llamaba Dempster.

—¡Oh, Dios mío! ¿Quién ha sido?

—¿Cómo sucedió? ¿Cuándo?

—¿Qué hacía Ernie allí, en el callejón?

Mientras los demás se quedaban pasmados ante la noticia, consternados, sobrecogidos, sacudiendo la cabeza con asombro, Mia colgó su chaqueta en la taquilla, en silencio. Sin preguntar nada a nadie.

Después, en su primera clase, recordó la grata sorpresa de la gatita blanca acurrucada a su lado por la noche. Qué contenta se había puesto Mia de que Miao Dao hubiera regresado, con el hocico

mojado, oliendo a algo húmedo y terroso.

Sin ninguna razón aparente, Mia sonrió.

—¿Conocías a ese chico, Mia? —El padrastro de Mia frunció el ceño ante los espeluznantes titulares de la portada del periódico.

Mia negó con la cabeza, *no*.

—Al parecer, casi lo decapitaron. ¡Dios Santo!

La madre se acercó para inclinarse sobre el padrastro de Mia de un modo que molestó a esta: apoyó los brazos en los hombros del marido y la barbilla en su cabeza. Mia advirtió que el padrastro no le prestaba mucha atención y seguía leyendo.

—Ernest Dempster, quince años. De noveno curso. No estaba en tu clase, ¿eh?

Mia negó con la cabeza, *no*.

—¿Pertenecía a alguna banda juvenil? Quizá fuera eso.

—¡Aquí no hay bandas en los colegios!

—Mia, ¿a que no hay bandas en el cole? ¿Ni en el instituto?

Mia negó con la cabeza, *no*.

—Quizá fuera un pervertido. Se llevó al chico y le rajó el cuello. Tiene que ser algo así de enfermizo.

Buscó a Mia con la mirada. Pero Mia se había esfumado de la cocina, tan sigilosa como un espectro.

12

Para su catorce cumpleaños, recibió una pulsera de plata con la palabra «Mia» grabada en ella.

Una tarta de cumpleaños. Catorce velas. Tuvo que soplarlas todas, cerrando los ojos del esfuerzo.

Mamá tenía buena intención. (Mamá siempre tenía buena intención). Una tarta de chocolate, con un glaseado de chocolate y dulce de leche, que era, al menos solía ser, el glaseado favorito de Mia.

Unas copas de vino para la madre y el padrastro de Mia en la cena. Rellenaban las copas. Los adultos y los hermanos de Mia le cantaron el «Cumpleaños feliz», y Mia se sonrojó con timidez, presa de una especie de alborozo avergonzado.

La pulsera era un regalo conjunto, explicó la madre de Mia. Pharis y ella la habían elegido juntos.

Mia pensó: *Papá no se habría molestado. Papá no habría tenido tiempo.*

Había estado temiendo el cumpleaños durante semanas. Deseaba poder habérselo saltado.

El último cumpleaños en que fue feliz se remontaba a cuando cumplió doce años. Ojalá se pudiera detener el tiempo. Si su padre regresara ahora, al ver a Mia más alta, mayor y lo que mamá llamaba «rellenita arriba», estaría asqueado.

El padrastro apremió a Mia para que tomara media copa de vino.

No quería, pero siempre tenía que ceder. Pharis seguía insistiendo y era más fácil ceder que decir no una y otra vez; Pharis nunca aceptaba un no por respuesta. Mia frunció el ceño en un primer instante al probar el sabor fuerte y ácido del vino, pero el segundo sorbo fue más fácil, y su lengua pareció entrar en calor con una sensación vibrante.

Un calor agradable le bajó por la garganta y el pecho.

Se puso la pulsera de plata. Pharis la instó a que diera las gracias, a que diera las gracias con un beso, riéndose conforme Mia se encogía. La abrazó por la cintura para que no tuviera escapatoria posible.

Mia se rio, incómoda. Un beso caliente con sabor a vino, un beso aplastado en su mejilla, que se deslizaba a trompicones hacia su boca. *Su boca*.

Se quedó tan sorprendida que no lo rechazó. Simplemente se quedó allí paralizada. Si su gruesa lengua hubiera intentado entrar en su boca (no había entrado), ella habría sido incapaz de impedirlo, y de alguna manera (ella lo supo) él debió de darse cuenta.

La madre de Mia jugueteaba con Kevin. Los rehuía con la mirada.

La mano que se deslizaba por sus caderas. Liviana, como una caricia, nada pesada. De hecho, ¿la había *tocado* su padrastro de verdad? Le pasó como con el beso. No estaba segura.

Había electricidad en ese roce. El vello se le erizó en los brazos y en la nuca.

Tristeza. Resignación. Repentino ataque de risa.

Ira: papá la había abandonado, al *padrastro*.

—¿Mia? ¿A dónde vas corriendo así?

A ninguna parte. Arriba. Deberes.

Miao Dao.

Mia está atónita. Demasiado sorprendida al principio como para sentirse molesta.

Acaba de entrar en el cuarto baño, se dispone a cerrar la puerta

cuando, perpleja, advierte que alguien está intentando abrir la puerta, no con fuerza, pero sí con firmeza. La puerta choca contra su brazo. En el resquicio, la cara rubicunda y congestionada:

—Oye. Lo siento.

Está borracho. Se ríe. No puede ser un accidente, piensa Mia. El padrastro debe de haber estado pendiente del momento en que ella entraba en el cuarto de baño en el pasillo de la planta de arriba, cerca de su habitación. Debe de haberse movido con rapidez, para no darle tiempo a cerrar la puerta, y mucho menos a echar el cerrojo.

—¿Qué… quieres? Vete…

Mia tiene la boca seca. El corazón le martillea en el pecho. Cuando sale, suele llevar ropa holgada, pero a veces en casa el padrastro la ha visto solo con una camiseta y pantalones vaqueros, o en pantalón corto. Se le formaban arrugas en la comisura de los ojos y la recorría con la mirada como una hilera de hormigas.

No hay una razón plausible para que Pharis Locke utilice ese cuarto de baño cuando tiene uno integrado al dormitorio de matrimonio que comparte con la madre de Mia y que no utiliza ninguno de los niños.

De hecho, Mia nunca ha visto a Pharis Locke usar este cuarto de baño.

Mia está nerviosa. Algo ha cambiado en su relación después de ese beso aplastado en la boca de Mia la noche de su catorce cumpleaños.

Lo que Mia recordó después es la gruesa lengua intentando penetrar en su boca a la fuerza. En aquel momento, ella estaba demasiado desconcertada para saber lo que estaba sucediendo.

Presa del pánico, Mia había apretado las mandíbulas con fuerza. Había apretado los dientes. Una mezcla de miedo, incredulidad e indignación… *Pero mi madre estaba a un metro de distancia. Mi madre estaba allí mismo. Él no habría hecho algo así delante de mama…*

Sin embargo: se puede palpar un cambio. Él ha cambiado.

Finales de invierno, los aleros gotean. Soplan rachas de viento, la nieve se derrite. Manchas repentinas de sol. Una sensación de furia y desasosiego. Graznidos de pájaros de primavera.

Mia vuelve a casa después del entrenamiento de *hockey* sobre hierba. Mia se quita la camisa que lleva sobre la camiseta. Mia en pantalones cortos.

Él la ha visto, el padrastro. Por el rabillo del ojo.

Por las noches a la hora de la cena. Hay algo diferente. El padrastro bebe más de lo que solía beber, sobre todo cerveza. A menudo, no mira a Mia adrede. Cuando antes se dirigía a Mia, hablaba y reía, como hacía con los chicos. Ahora, *no-mira*.

Aunque, cuando lo hace, le pregunta por la pulsera de plata. («¿Por qué no la llevas puesta, Mia? No la habrás perdido, ¿verdad?»). Su tono es a la vez autoritario y melancólico. El acosador es siempre el que ha sido *herido*.

La madre de Mia le insiste en que se ponga la pulsera y el medallón. Al menos cuando el padrastro esté delante.

Mia objeta: ella no se pone joyas, no suele hacerlo. Menos aún, una pulsera de plata que tintinea cuando escribe en el ordenador.

—Por favor —ruega la madre de Mia—. *Inténtalo*, por favor.

Él es tu marido. No el mío.

Mia no sabe si sentir alivio, contrariedad o preocupación, o… malestar. La repentina transformación del padrastro. Tan rápido como una persiana que baja de golpe. Incluso cuando Mia se acuerda de ponerse la pulsera, o el medallón, Pharis mantiene los ojos apartados de ella y dirige su atención hacia Kevin y Randy, quienes compiten entre sí para impresionarlo. Cuando no puede evitar reconocer la presencia de Mia, la trata con exagerada educación. («¿Puedes pasarme la sal, Mia, por favor? ¡Gracias!»).

Mia se pregunta si su madre advierte esta excesiva cortesía, pero concluye que no, que su madre no se da cuenta.

Para ser madre con un nuevo marido, piensa Mia, debes aprender a *no fijarte* demasiado.

Mia se queda patidifusa cuando su madre sale de la habitación y el padrastro vuelve su mirada voraz sobre ella, a toda prisa, como un perro al que acaban de soltar de una perrera.

Los chicos no importan. Los chicos no reparan en cómo el padrastro de pronto sonríe a Mia. Se mesa la barba de ese modo que

Mia odia, como si se acariciara a sí mismo. La punta de la lengua gruesa y rosa brilla entre sus labios.

Pequeña guarro. Seguro que lo eres. ¡Te crees que no te conozco!

Mia se queda de piedra. Desvía la mirada, con el rostro encendido.

Y esa noche, en el pasillo de arriba. Delante de la puerta del cuarto de baño de Mia.

La piel del hombre parece más gruesa. Más congestionada. La nariz hinchada, repleta de capilares rotos que Mia no ha notado antes.

El padrastro murmura una disculpa que no suena muy creíble.

—Oye. Ya te dije que lo sentía. No seas tan tiquismiquis, Mi-a.

Se retira al dormitorio de matrimonio, en la otra punta del pasillo. Mia se apoya en la puerta para mantenerla cerrada. Está temblando. No da crédito.

Cuando termina en el cuarto de baño, Mia se apresura a volver a su habitación y cierra la puerta. Pero no hay cerrojo. Piensa: *Tal vez fuera un accidente. No entraría en esta habitación…* No con su madre en casa.

Mia arrastra una silla hasta la puerta y la coloca de modo que la puerta no se pueda abrir. Cada noche deja su ventana abierta unos centímetros. Incluso cuando hace frío. Porque, cuando se va a la cama, si se queda muy quieta, al cabo de un rato, es posible que Miao Dao acuda a su lado.

Con sigilo. Por la ventana. No todas las noches, no la mayoría de las noches, pero Miao Dao solo acude de noche y solo cuando Mia permanece muy quieta debajo de las sábanas respirando con calma y de manera regular.

¡Su secreto! Valioso.

La hermosa gata salvaje blanca utiliza sus afiladas garras para trepar por un árbol junto a la casa y saltar desde una rama hasta el alféizar de la ventana de Mia. Agacha la cabeza, se cuela por el resquicio de la ventana y entra en la habitación.

Con un pequeño y sordo maullido, «¡miao!», la gata blanca salta sobre la cama. Se introduce debajo de las sábanas y se ovilla contra

el cuerpo de Mia. Su ronroneo es atronador. En el hueco bajo el brazo de Mia, el cálido aliento de Miao Dao, el consuelo de su suave y espeso pelo, su corazón que late con fuerza.

Mia huele el aroma agridulce de la sangre húmeda en el aliento del felino, porque (por supuesto) Miao Dao es una cazadora.

Se queda dormida con el profundo y gutural ronroneo que se acompasa al ritmo cardiaco de Mia.

A veces Mia se pregunta: *¿Es esta la Miao Dao que rescaté cuando era solo un cachorro?*

Apenas ha transcurrido un año, y Miao Dao es ya una gata grande, todavía ágil, pero robusta y musculosa, que pesa al menos nueve kilos. No queda nada de cachorro en los ojos oscuros y brillantes, los dientes afilados y centelleantes y las garras aceradas. Mia está casi por pensar que esta hermosa criatura blanca no es la Miao Dao primigenia, sino otra que ha ocupado su sitio.

Tu padrastro asesinó al cachorrillo. Lo aplastó hasta matarlo con los pies. Tú lo sabes, o deberías saberlo. He sido elegida para ocupar su lugar. A mí no me matará.

13

En las escaleras. Arriba, en el pasillo, donde parece estar siempre al acecho.

Cuando pasa delante de Mia, cuando pasa muy cerca de Mia, finge que no le importa si ella percibe su respiración acelerada, mientras la mano se rezaga en su espalda: ¡apenas un roce! En la parte baja de la espalda de Mia, un roce fantasma. Mia se encoge de miedo, ve esa mirada en su rostro (sofocado). Ojos sebosos, como moscas que se posan en algo putrefacto y delicioso.

Logra que ella sienta vergüenza. Simplemente de ser ella misma.

Porque Mia se ha vuelto extrañamente débil y dubitativa. Se repite a sí misma que no le tiene miedo: al *padrastro*. Tiene miedo de su madre.

Miedo por su madre. Miedo de que su madre quede destrozada si Mia le llega a contar lo que está pasando.

Mia ha oído sin querer virulentas palabras entre su madre y su nuevo marido. Y es que el nuevo marido, comienza a descubrir la madre de Mia, no es tan diferente al anterior.

Mia no quiere fijarse. No quiere que le importe. Le importaba demasiado en el pasado y ya no quiere preocuparse ahora.

En los últimos meses, desde la luna de miel en Sarasota, Pharis ya no se esfuerza tanto por complacer a la madre de Mia. Cada vez pasa más tiempo fuera de casa. Su risa es a menudo chirriante y sin gracia. Mia se pregunta si algo va mal en Pharis Locke Asesores, S. A.

Recuerda lo nerviosa que se puso su madre cuando su padre los

abandonó la primera vez. Estaba preocupada por el dinero, por «mantener la casa». Se pregunta si su madre está empezando a tener las mismas preocupaciones de nuevo.

Le gustaría acusar a su madre: *¿Por qué te casaste con él? ¿Por qué metiste a un extraño en nuestro hogar? Y, ahora, ¿es ese extraño dueño de la mitad de la casa?*

Al regresar a casa después de clase, descubre en su habitación, encima de la cama, una revista que parece haber caído sobre la colcha como quien no quiere la cosa. Una revista sensacionalista con una mujer desnuda y unos pechos disparatadamente grandes en la portada: «Bombón picante».

Mia suelta una carcajada: eso es tan… hortera.

Estúpido, tonto. *Asqueroso*.

Aparta la mirada y coge la revista. No la hojea, como seguramente le gustaría al padrastro que hiciera. En cambio, desliza la revista a toda prisa en la mochila. Baja las escaleras, se asegura de que su madre no se dé cuenta de hacia dónde se dirige y tira la revista en el gran contenedor de basura verde que hay en una esquina del garaje.

No el contenedor de reciclaje para revistas y papel. Donde alguien podría descubrir la revista de un modo u otro.

Otro día, Mia descubre en su libro de matemáticas pequeños dibujos hechos con lápiz rojo. Groseros esbozos de dibujos animados. (¿Un cuerpo femenino? ¿Pechos?). Le asombra que un hombre adulto se esfuerce tanto en acosarla, dedicándole tanto tiempo.

Frota los pequeños dibujos rojos para intentar borrarlos. Rompe las páginas. Al final, Mia garabatea sobre los dibujos con un lápiz rojo propio. Si alguien viera cómo el texto matemático ha sido desfigurado, se quedaría totalmente perplejo.

Pero, después, Pharis guarda las distancias. Evita a Mia. Se pierde la cena con la excusa de una «reunión de negocios».

—¿Dónde está papá? —preguntan los chicos a su madre.

¿Cuándo han comenzado sus hermanos a llamarle «papá»?, se pregunta Mia.

Ella le tiene y no le tiene miedo. Lo único que tiene que hacer es gritar. Lo único que tiene que hacer es salir corriendo. Lo único que tiene que hacer es confesarle a su madre cómo la está acosando.

Esa mirada de ansia enfermiza. Resentimiento e ira soterrada.

Los labios flácidos. La sonrisa húmeda. La sonrisa carnívora.

En el pasillo de arriba, donde de repente aparece… de nuevo. Se le abre la camisa, dejando al descubierto un vientre abultado y voluminoso, cubierto de canas. Vello enmarañado en el pecho y pezones como pequeños botones.

¡Pezones masculinos! Mia quiere reírse a carcajadas.

Y, de nuevo, intenta abrir la puerta del cuarto de baño. Cuando Mia habría jurado que Pharis no estaba en casa.

—¡Vete! ¡Déjame en paz! Te odio.

Con la cara congestionada, el padrastro murmura una disculpa patética: «Lo siento». Retrocede con torpeza, sospechando que ha ido demasiado lejos esta vez.

También Mia ha ido demasiado lejos, más allá de un punto de no retorno. En lugar de retraerse, como hacía en el pasado, esta vez le ha espetado: «Te odio».

Necesita un alivio; Mia sale corriendo de casa. Cruza el patio trasero hasta las sombras, en la linde de la propiedad.

Hasta el bosque contiguo donde una vez vivieron los gatos salvajes.

—¿Miao Dao? ¿Estás aquí? Minina, minina…

Llama con voz esperanzada y suplicante.

Se halla ante un paisaje devastado. Cubierto de maleza incluso allí donde la excavadora arrasó árboles y matorrales; ahora se acumula la basura en el descampado: periódicos tumefactos, botellas de refrescos de plástico y latas.

Mia piensa con amargura: qué pena, arrasaron el hogar de los gatos salvajes para *esto*.

Todo está en silencio. Nadie sabe que Mia está aquí. Si se queda muy quieta y mira con atención, puede ver gatos fantasma entre las sombras, observándola con recelo.

—… Soy vuestra amiga. Os quiero.

La preciosa gata de pelo blanco, del tamaño de un lince, surge de entre la penumbra. Sus patas son enormes y la cola parece un penacho. Los destellantes ojos de mármol negro se clavan en Mia. *Aquí estoy. ¿Creías que te había abandonado?*

Mientras Mia la mira fijamente, Miao Dao se abre paso entre la maleza. Con paso seguro, sin apenas titubear, avanza con la elegancia de un espectro. Mia contiene la respiración y se agacha para acariciar a la gata, pero, justo cuando está a punto de tocar la cabeza de Miao Dao, suena un traqueteo torpe y ruidoso detrás de ella, y, a continuación, una voz atronadora:

—¿Mi-a? Oye, ¿dónde estás?

Pharis Locke la ha seguido hasta su escondrijo secreto.

Está atónita. Resentida. En una fracción de segundo, Miao Dao se desvanece de un salto.

Pharis Locke ha estado bebiendo. Tiene los ojos como hormigas rastreras. ¡Cuánto le aborrece Mia y cuánto le teme! Es un matón; sin embargo, hay algo débil y anhelante en él. Se mesa la barbilla barbuda, tirando de los escasos pelos. Mia lo oye respirar como si le faltara el aire.

—Este es nuestro secreto, ¿eh? Tu madre no sabe a dónde vas todas las noches. Cómo sales a merodear por aquí por la noche. Pero ¿qué demonios haces aquí, Mia? ¿Quedas con algún novio tuyo? ¿Con chicos?

El padrastro lanza una mirada lasciva a Mia. Ha seguido avanzando hacia ella, pero ahora se detiene, sopesando qué hacer. (¿Debería alargar la mano? ¿Tocarla? ¿Agarrarla? Y, si lo hace, ¿qué hará Mia? Sabe lo rápida que es la chica, lo vivos que son los reflejos de una chica de catorce años. Sabe cómo puede volverse en su contra y gritarle: «Te odio». Debe calcular el riesgo de aterrorizarla contra la posibilidad de dominarla. Si lo consigue, cree que Mia dejará de resistirse).

Aunque es muy posible que el (preocupado) padrastro sienta alguna responsabilidad por la hijastra. Es posible que esté realmente desconcertado. Puesto que ¿por qué una chica de catorce años iba a adentrarse en un bosque lleno de maleza? ¿Qué puede atraerla a ese lugar inhóspito lleno de huellas de neumáticos y basura? —Está bien, Mia. Volvamos a casa…

El padrastro habla con un exceso de confianza. Como si estuviera en su derecho. Pero Mia se encoge y se aleja. Murmura que sabe irse a casa sola. ¡Gracias!

Para sorpresa del padrastro, Mia echa a correr, como haría un niño desafiante. Ignora al hombre que la está llamando mientras ella se adentra a toda velocidad en el bosque por el estrecho sendero entre las zarzas. Mia nota un subidón de adrenalina, como si estuviera en el campo de *hockey*, corriendo con el palo agarrado con ambas manos y dejando atrás a una contrincante.

El padrastro se queda rezagado, frustrado y sin aliento. El padrastro ha entrado en el descampado desde la calle y no sabe orientarse por la senda entre las zarzas. Para cuando llega a casa, Mia ya está arriba, en su habitación.

Está pensando: ¿Es culpa mía?

Que Pharis Locke haya cambiado tanto. En este pasado año, desde que se casara con la madre de Mia y se mudara a su casa. Ahora que Mia tiene catorce años y es «mayor»; ya no es una niña.

El hombre se ha vuelto grosero y obstinado. Se rasca con rudeza la zona de la entrepierna, como sin darse cuenta, aunque después lo hace poco a poco, con una inconfundible obscenidad cuando Mia no tiene más remedio que pasar junto a él. Y los gemidos roncos de satisfacción que brotan de su boca para que solo Mia escuche: «¡Pequeña guarra! Mi-a».

Juega con Randy y Kevin. Finge prestar atención al parloteo de los chicos. Hasta que, de repente, aparece en la planta de arriba ante la habitación de Mia, con el cinturón suelto y el pantalón desabrochado. Hace movimientos obscenos con la mano. Mia está

totalmente conmocionada, desprevenida: baja la mirada, incapaz de apartar la vista.

Al principio siente una enorme vergüenza. Después, oye su propia risa. Un resoplido salvaje de risa.

—¿Qué haces? —dice—. Estarás de broma.

Al instante el padrastro detiene los movimientos lascivos. Se aleja de la mirada burlona de Mia, mortificado.

Ha sucedido todo tan rápido. Mia nunca se lo hubiera esperado: un subidón de poder. Que el hombre pueda ser agredido en su fuero interno, en su masculinidad.

Cae en la cuenta: el poder del hombre es intimidar, hacerte sentir vergüenza. Pero tu poder sobre él es el poder de la risa.

Porque (según Mia) es todo muy divertido. El pene del hombre, los muslos flácidos del hombre de mediana edad, la carne rechoncha entre los muslos, blandida como una especie de arma pero que ahora cuelga floja, inerte y derrotada. Para reírse.

Mia cierra la puerta de su habitación de un portazo. No presa del miedo, sino de la risa.

14

¡Mia mala! Tal y como predijo Pharis sombríamente, Mia ha perdido la pulsera de plata con su nombre grabado.

Se lo cuenta a su madre, a regañadientes. Con sentimiento de culpa. Después de que Mia reclutara a Kevin y Randy para que la ayudaran a buscar la pulsera por toda la casa, arriba y abajo, sin suerte.

La madre de Mia está afligida:

—Pero, Mia, ¿cómo diablos has podido perder una pulsera con un cierre como ese?

Mia se encoge de hombros.

—Ni idea.

—¿Te la llevaste al instituto?

Mia se lo piensa.

—No estoy segura.

—Si te la llevaste, podría aparecer en objetos perdidos. ¿Ya has mirado allí?

Mia frunce el ceño.

—Aún no.

—Tu padrastro estará tan… decepcionado. Tan disgustado. Como se entere…

Mia le da la razón.

—Mejor no decírselo.

Otro día. Las dos a solas en la cocina. Como si se le acabara de

ocurrir, la madre de Mia baja la voz para preguntarle a Mia si Pharis la ha «tocado» alguna vez. Mia se queda atónita ante esa pregunta. Sin embargo, no sabe qué responder.

Es consciente de que su madre ha debido de armarse de mucho valor para hacerle una pregunta tan mortificante. Mia atisba el pavor en los ojos de su madre. Niega con la cabeza sin decir nada. *No*.

¿No? ¿No ha tocado a Mia? ¿O amenazado con tocarla?

—N… no.

Aparta la mirada y baja la voz. Mia asegura a su madre que no hay nada que contar.

La madre de Mia insiste, temerosa.

—Mia, ¿estás segura?

Sonrojada por la ira, Mia se ríe.

—Ya te lo he dicho, mamá. *Segurísima*.

Tiene que ser una coincidencia, puesto que la madre y el padre de Mia no mantienen ninguna relación, que su progenitor la llame al día siguiente, la primera llamada suya en semanas, y le pregunte, como quien no quiere la cosa, qué tal se vive con un «nuevo padre». A Mia no se le ocurre qué contestar para no incriminar a su madre o llamar la atención sobre la infelicidad de Mia y empeorar sus vidas. Mia ha comprendido: su padre no quiere (en el fondo) que ella y sus hermanos sean felices sin él en sus vidas. Aunque, por supuesto, el padre de Mia ya no quiere (en el fondo) a los hijos de su primer matrimonio en su vida, porque ahora tiene una «nueva familia»: una nueva esposa y un nuevo bebé (niña). Mia se muerde el labio, sintiendo una punzada de celos, al pensar que su padre tiene una nueva hija que la sustituya.

Sobre todo, el padre de Mia no quiere que su exmujer sea feliz sin él. Todo esto, Mia lo sabe. Le entristece saberlo, pero lo sabe.

Por ello, asegura a su padre que el nuevo papá es «fantástico» y mamá es «mucho más feliz» ahora de lo que nunca ha sido, que recuerde Mia.

Al otro lado del teléfono, silencio. Las palabras de Mia son un

varapalo, un insulto. Con voz tensa, el padre de Mia murmura:

—¡Qué buenas noticias! Genial. Gracias.

Poco después, la conversación termina. Mia tiene una premonición: *Pasará un largo tiempo hasta que vuelva a llamar*.

15

Es asombrosa la animosidad que existe entre Mia y el hombre adulto que figura emparentado con ella legalmente como su *padrastro*.

Resulta estimulante. Es una emoción poderosa, porque sucede a corta distancia, una animadversión más íntima aún que la que Mia experimentaba por los acosadores del instituto. Ya nadie avasalla a Mia en el instituto, desde la muerte del joven Dempster, un suceso que nunca se ha llegado a aclarar del todo.

Le rebanaron el cuello. Como si lo hubieran hecho con un cuchillo enorme y dentado, un instrumento con garras. Nunca fue hallada ningún arma, ni tampoco hubo sospechosos.

En el instituto de Mia, la gente todavía habla en voz baja de esa muerte, del asesinato. Janey, la amiga de Mia, ha oído decir a un amigo de la familia, cuyo cuñado es agente de la policía local, que Ernie Dempster pudo haber estado metido en un asunto de drogas, vendiendo en el instituto, y que fue asesinado como castigo o como advertencia.

—¿No hay ninguna novedad? ¿Sobre el chico al que rajaron el cuello?

A veces Pharis le pregunta a Mia en la comida o en la cena, con voz irónica. La misteriosa e inexplicable muerte parece intrigarlo. Con la madre de Mia, Randy y Kevin mirándola expectantes, Mia informa de que no hay ninguna novedad, al menos que ella sepa.

Pharis chasquea la lengua como si, de alguna manera, la muerte de un compañero de clase de Mia mayor fuera síntoma de algo malo

de verdad en la cultura de la juventud a la que pertenece su obcecada hijastra. (Sí, Pharis ha descubierto que falta la pulsera de plata. Y sí, Pharis ha afirmado que está, sin rodeos ni medias tintas, «cabreado»). Mientras se mesa la estúpida barba rala, tuerce la boca en una mueca y enseña la punta húmeda de su lengua viperina, solo fugazmente, para que nadie más en la mesa la vea, solo Mia.

Culpa mía, piensa Mia. *Pequeña guarra*.

La mirada tensa y ojerosa en el rostro de su madre le recuerda a Mia la mirada tensa y ojerosa en la cara de su madre durante la época del divorcio. Pero ahora la madre de Mia intenta disimularlo con maquillaje, aunque sin mucho éxito.

(¿La madre de Mia estará bebiendo de nuevo? Mia tiene razones para pensar que sí).

(Bebe a escondidas. Pero Mia puede figurárselo).

Si Pharis ha salido, significa que Pharis ha estado bebiendo. Pone un falso pretexto de reuniones de negocios: «conferencias». Mia ha llegado a la conclusión de que Pharis Locke Asesores, S. A., es (principalmente) una empresa *on-line*. No está segura de si tiene una oficina en algún lugar más allá del interior del ordenador de sobremesa de Pharis Locke, que ha instalado ahora en la habitación de invitados de la planta baja, donde antes dormía el padre de Mia.

Sus pasos en las escaleras cuando la casa queda a oscuras. Su presencia al otro lado de la puerta de la habitación de Mia. Como si el hombre estuviera reflexionando, sopesando qué hacer. Lo que está deseando hacerle a ella. Lo que le hará. Cuando pueda. Cuando ella no pueda impedírselo. Pronto.

Mia está completamente despierta, temblando. Ha arrastrado una silla contra la puerta de tal manera que no pueda abrirse.

Comienza a sudar solo de pensar que, si Pharis está lo bastante borracho, se va a resarcir por haberse reído de él. El insulto imperdonable: la risa. Un vapuleo a la masculinidad del hombre, algo imposible de soportar para él.

Si está lo bastante decidido, Pharis conseguirá forzar la puerta.

La silla saldrá despedida. Si está lo bastante enfadado. Ofendido.

Mia puede gritar para pedir ayuda. Por supuesto.

Sin embargo, pedir ayuda a gritos solo sacará de quicio a Pharis. Si acude la madre de Mia, Pharis se pondrá furioso con *ella*.

Aún no les ha puesto la mano encima a ninguna de las dos llevado por la ira o la impaciencia. Tiene (aún) que disciplinar a los chicos, aunque Mia puede ver cómo a veces le apetecería mucho hacerlo, y posiblemente lo haga, pronto.

Es mucho más corpulento que Mia. Mucho más fuerte.

Ha estado bebiendo, lo que le otorga una especie de fuerza. Si quisiera, podría abrirse paso en la habitación y provocar que Mia chille de una manera como nunca ha hecho.

Pequeña guarra. Esto es lo que te gusta.

Los chicos del instituto estaban encantados de que Mia les tuviera pavor. El gesto de euforia de Ernie Dempster. Ella había visto su cara de asombro, salpicada de sangre, los ojos apagándose…

Mia se queda muy quieta en camisón y descalza. Ha dejado la ventana entreabierta, con un resquicio para que pueda pasar Miao Dao. Pero podría ser una de esas noches en que Miao Dao no se desliza a la habitación para dormir junto a Mia, sino que permanece afuera, en el bosque. Si Mia quiere a Miao Dao, es posible que tenga que ir a buscar a la gata al bosque.

Al otro lado de la puerta, Pharis ya no está. Mia está bastante segura de que se ha marchado. ¡Gracias a Dios! Quizá se lo ha imaginado al otro lado de la puerta de su habitación. Se siente mareada, con alivio. Se ríe a carcajadas. Otra noche más, se ha librado del padrastro.

16

Se enfunda un impermeable sobre el camisón y se calza unas zapatillas deportivas. Mia está demasiado exaltada para irse a la cama. El aire en su habitación resulta sofocante.

Se escabulle, sigilosa, de la casa a oscuras. Cruza corriendo el césped entre las matas de hierba mojada hasta el sombrío y boscoso descampado contiguo, donde la esperan Miao Dao y los otros gatos salvajes.

Una noche brumosa. Una noche que parece una gasa. Niebla. Los objetos se funden unos con otros, los límites se difuminan.

Mia está encantada de estar ahí. Puede respirar. Se siente muy feliz. Mia solo quiere acurrucarse allí. Le gustaría menguar hasta un tamaño no mucho mayor que el de Miao Dao. Se esconderá en la maleza, protegida por los gatos salvajes que la quieren y nunca le harán daño.

—¡Oye! ¡Mi-a!

Una risa sofocada, tosca. Unos pasos torpes y tambaleantes en la hojarasca. Un haz de luz de una linterna se agita sobre Mia, cegándola. Intenta taparse los ojos con las manos, provocando risotadas burlonas en su perseguidor. Está desesperada. Pharis la ha seguido hasta este lugar secreto y lo ha profanado.

Está muerta de angustia. Los gatos salvajes huirán ahora. Miao Dao ya no aparecerá, del asco que siente por Pharis Locke. Pharis se mofa de ella, del susto, el miedo y la desazón que observa en su rostro. Pero Pharis también se muestra iracundo y amenazante. Arrastra las palabras con malicia:

—¿A dónde coño vas, Mi-a? ¡Dios! Esto es una selva…

En ese hermoso y tranquilo lugar, la conmoción de la voz del hombre. Sus pesados pasos, su respiración jadeante. La ha seguido hasta ahí…, pero ¿cómo? Ella estaba segura de que él se había ido a la cama, segura de que estaba a salvo de él esa noche.

El hombre no para de reír, con cruel regocijo. Porque, por supuesto, Pharis está borracho. Y está deseando castigarla.

—Pequeña zorra. ¿Qué coño crees que estás haciendo?…

La luz cegadora se clava en el rostro de Mia con rudeza. En su pecho, su vientre. Desciende hasta las ingles. Pharis ahora se halla muy cerca de Mia. Ella parece incapaz de huir de él, presa de la angustia y el arrepentimiento. Ha traicionado a Miao Dao y a los gatos salvajes, ¿verdad? Ha llevado a esta terrible persona hasta su escondrijo.

Pharis agarra a Mia. Ella le aparta la mano, lo cual es un error. Porque Pharis se enfada con mucha facilidad. Es sensible al respeto, a la falta de respeto. Mia gime de dolor; le ha abofeteado con el dorso de la mano, no a propósito… a no ser que sí, que le haya pegado adrede. Su intención es intimidarla, dominarla, aterrorizarla para poder acariciarla con sus manos, arrojarla al suelo pantanoso, abrirse camino entre sus piernas y derrotarla.

—Tú… Joder… *Pequeña guarra*.

De entre las sombras surge un fogonazo blanco. Una criatura de pelo blanco brinca mostrando unos dientes afilados.

Suena un grito ahogado. El hombre intenta apartar con ambas manos al animal feroz que se le ha pegado al cuello. Tiene el tamaño de un gato grande, o un lince, y ruge y gruñe. Mientras Mia mira horrorizada, Miao Dao desciende de los hombros del padrastro de un salto, lo libera dejándolo tambaleante y cegado, con los dedos presionados en el cuello en un esfuerzo inútil por contener la sangre que fluye a borbotones.

Pero el hombre está indefenso. Se desploma. Toda su fuerza se desvanece de su cuerpo. Mia está paralizada. Ve lo que está sucediendo, pero no puede detenerlo: la arteria carótida seccionada, el chorro de sangre oscura.

¿Hay luna? ¿Una luna nublada? La linterna ha caído en la maleza y se ha perdido.

Mia gime de miedo. Se ríe, una carcajada salvaje. Mia reacciona. Se anima a salir corriendo hasta su casa (a oscuras). Ha sido lista, no ha cerrado la casa con llave al salir, sino que ha manipulado la cerradura para que no se echara el cierre al empujar la puerta sigilosamente detrás de ella.

¡Qué quietud reina en el hogar! Como en la casa de un sueño, o en el fondo del mar.

Solo la respiración entrecortada de Mia, el latido de su corazón.

Debe llamar al 911. A emergencias. Una ambulancia…

En la cocina, busca a tientas el teléfono por la pared. Duda en encender las luces del techo. Mia está temblando y gimotea, como haría una niña pequeña, en un estado más allá del pánico, de pura emoción, sensual, casi insoportable…

—Ay, Mia.

Mia no ha hecho nada de ruido, está segura de ello. Sin embargo, su madre se ha despertado y ha bajado hasta la cocina en camisón, como un espectro, pero impávida y decidida. Como si la madre de Mia hubiera sentido un cambio sísmico en la noche. Un estremecimiento en las entrañas de la casa.

La madre de Mia enciende una sola luz brillante encima del fregadero. Esta única iluminación es todo lo que hace falta, porque Mia está delante del fregadero, en trance, con los ojos dilatados, con un impermeable sobre el camisón, dejando correr el agua caliente del grifo, agua casi hirviendo, ansiosa por lavar el afilado cuchillo japonés y eliminar así todas las manchas.

—Dámelo, Mia.

Le quita el cuchillo de las manos. Mia no ha podido limpiarlo por completo. Quedan rastros de sangre en la hoja y en el mango de ébano tallado.

Con destreza, la madre de Mia pasa el cuchillo una o dos veces bajo el chorro de agua, antes de introducirlo en el lavavajiIlas, que está casi lleno de platos y cubiertos. La madre de Mia no tiene ningún problema en pulsar las teclas rápidamente, «HIGIENE PLUS y

ACLARADO EXTRA», y ponerlo en marcha.

Vuelven entonces al piso de arriba a oscuras, a sus respectivas camas. Preparándose para el día siguiente, y el siguiente. En la cocina, todas las superficies están relucientes. Cuando son interrogadas, como por supuesto sucede, no hay mucha información útil que puedan aportar: una sorpresa absoluta; una gran conmoción; sin explicación posible; sí, había estado bebiendo; sí, a menudo estaba fuera de casa hasta altas horas de la madrugada; no, su esposa no sabía nada de sus asuntos financieros; sí, parecía tener «enemigos», la mujer pensaba que podría tratarse de socios del negocio, pero no estaba segura, porque él no compartía esa información con nadie.

No, la hijastra apenas lo conocía.

No hay necesidad ni deseo de que la familia se mude a otra casa. ¿Por qué? Lo que le ha sucedido al padrastro no ha sucedido en la casa.

Lo que le ha sucedido al padrastro no le ha sucedido a *ella*.

Por eso mismo, el sueño de Mia es profundo y sin pesadillas. Por eso mismo, junto a Mia, Miao Dao duerme toda la noche y, por eso mismo, durante todos los años de la adolescencia de Mia, Mia y Miao Dao serán inseparables.

JOYCE CAROL OATES (Lockport, Nueva York 16 de junio de 1938) es una de las escritoras más importantes de la literatura norteamericana del siglo XX y XXI

Carol Oates nació en una granja, siendo la mayor de tres hermanos, uno de los cuales padecía autismo. Su familia inspiró una de sus novelas más célebres, *La hija del sepulturero*. Según ha explicado, el libro que más le marcó en su infancia fue *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. Posteriormente, leería y vería influida por autores como Charlotte Brontë, Emily Brontë, Fiodor Dostoevsky, William Faulkner, Ernest Hemingway o Henry David Thoreau.

Empezó a escribir a los catorce años, cuando su abuela le regaló una máquina de escribir. Fue la primera de su familia en completar los estudios secundarios y en ir a la universidad, la de Syracuse, a la que asistió gracias a una beca. Ya estaba decidida a convertirse en escritora y, mientras estudiaba escribió varias novelas y numerosos cuentos.

Coincidiendo con su graduación, la editorial Vanguard Press aceptó su primer libro de cuentos, *By the North Gate*, publicado en 1963. Cuando estaba finalizando sus estudios, conoció a quien sería su esposo, Raymond J. Smith, que sería profesor de la literatura del

siglo XVIII y editor. Su matrimonio perduró hasta la muerte de él en 2008. Más tarde, en una entrevista confesó que la muerte de su marido le afectó de tal modo que llegó a plantearse seriamente el suicidio. Algún tiempo más tarde, conoció a Charles Gross, profesor del Departamento de Psicología y Neurociencia de Pricenton, con el que se casó y al que también sobrevivió, ya que falleció en 2019.

Impartió clases en Beaumont, Texas, y luego en Detroit. En 1967, debido a la situación de su país por los disturbios raciales y la Guerra de Vietnam, aceptó una oferta para convertirse en profesora de la Universidad de Ontario, en Canadá, donde permanecería hasta 1978. A partir de esa fecha, y hasta su jubilación en 2014, fue profesora de introducción a la escritura creativa en la prestigiosa facultad de Pricenton, en New Jersey.

Carol Oates es una autora extremadamente prolífica, y hasta la fecha ha publicado 58 novelas, además de numerosas obras de teatro, relatos, poesía y ensayos. Entre sus obras podemos destacar *Un libro de mártires americanos, Rey de picas, Una hermosa doncella, Mujer de barro, Carthage o Riesgos de los viajes en el tiempo*.

Varios libros de Carol Oates se han adaptado al cine y televisión. Desde los años ochenta se la considera una firme candidata al Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] *To a Friend Whose Work Has Come to Nothing* (N. de la T.). <<